

OCHO MINUTOS

y otros cuentos

luis carlos muñoz sarmiento

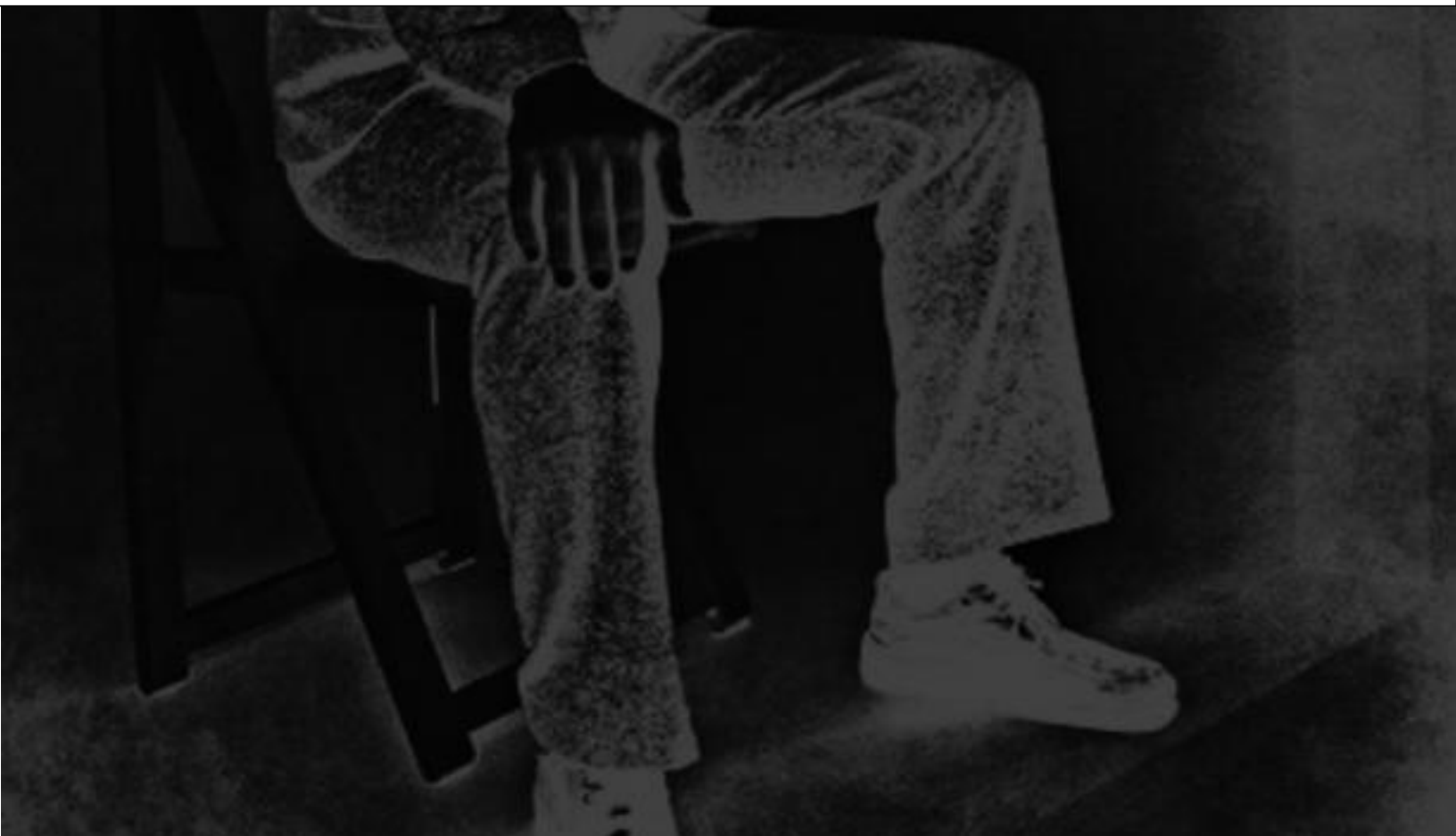




Ocho minutos y otros cuentos



Colección Libros Imposibles



LUIS CARLOS MUÑOZ SARMIENTO
OCHO MINUTOS Y OTROS CUENTOS

Sarmiento Muñoz, Luis Carlos (1957).
Ocho minutos y otros cuento © Luis Carlos Muñoz Sarmiento, 2026,
--1-- ed Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura,
2026.

186 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 64 > <Digital>
1. Cuento colombiano. 2. Literatura colombiana. I. Título.

Primera Edición, 2026

Colección Libros Imposibles #64
© *Ocho minutos y otros cuento*
© Luis Carlos Muñoz Sarmiento

Diseño editorial:
Melyn Aguilar

Capa e serie fotográfica interna:
Floriano Martins

Coordinación editorial:
Juana M. Ramos

Corrección filológica:
El autor



A mis hijos, Santiago & Valentina, perenne fuente de inspiración.

*El realismo no consiste en saber cómo son las cosas verdaderas,
sino en cómo son verdaderamente las cosas.*

JEAN-LUC GODARD

OCHO MINUTOS

Son las 2:55 de la madrugada. El hombre silencioso mira el reloj, no puede dormirse, como es lógico da vueltas en la cama, piensa en llamar al médico pero, de repente, se da cuenta de que otro escritor ya ha contado esto en otro cuento, de manera que pasa a hacerse el loco, como si se pudiera... va a la cocina, intenta calentar una taza de tilo o de manzanilla o de té o de lo que sea, pero sigue sin poder dormirse, aunque sabe que ese mismo día tiene que madrugar, aunque, cómo así madrugar, si no se ha acostado, si se ha acostado pero no ha podido quedarse dormido, si sabe que ahora es presa del insomnio (bueno, piensa él, debería ser *preso*, al fin y al cabo se trata de un capturado por el no sueño), si es consciente de que no puede recurrir a otros trucos para poder dormirse, como tranquilizantes, puesto que a todos ellos se resiste de forma natural y no fingida, siempre ha sido malo para fingir (no por ser poeta es un fingidor) y por eso ha tenido tantos problemas en la vida, por eso está desempleado desde hace tres años, por eso no ha podido quedarse dormido... De manera que reacciona frente a estos pensamientos y aunque cree que ha pasado mucho tiempo, se da cuenta de que apenas un minuto y ve así con nostalgia que son las 2:56 de la madrugada.

En la habitación callada, el hombre joven escribe y mira el reloj y no puede creer que haya pasado tan sólo un minuto, pero de pronto se da cuenta de que así es el tiempo, de que entre más pendiente se halle uno de él, más despacio pasa y al revés: entre menos pendiente, más rápido. Como en aquel cuento de Cortázar que supuestamente constituye un homenaje al saxo alto Charlie Parker, cuando en realidad se trata de una vuelta del autor sobre sí mismo, pero no a manera de trabajo narcisista sino de verdadero auto reconocimiento, de búsqueda de la verdad de sí mismo a través del otro... y es que en ese cuento el autor, aparte de que lleva las iniciales de todos los músicos a los que homenajea, es el que en realidad se mete los baretos que adjudica al idolatrado y por eso se supone que éste es el incapaz de pensar quince minutos en minuto y medio. Pues bien, como ahora le pasa al protagonista de este cuento, en realidad un pretexto del

autor para volver sobre sí mismo... Él cree que el tiempo debe pasar como cuando alguien se mete un baretto, es decir, que se ralentiza o que se detiene, como en el cine, o como en la vida cuando se recurre a las drogas o al alcohol o al amor, sustancias a través de las cuales se produce una suspensión temporal (siempre y cuando el sujeto u objeto de goce sea capaz de proporcionarla), que impida al tiempo pasar tan rápido como normalmente ocurre. Y sin embargo... vuelve a mirar su reloj y con tristeza ve que apenas ha pasado otro minuto, que ahora son las 2:57 de la madrugada.

De pronto, el *joven*, advierte que el verdadero motivo de su preocupación no es el tiempo, que este es apenas una excusa para encubrir la razón de su auténtico extravío, de su vagabundeo sin sentido, de su errancia intensa. Entonces trata de no pensar en lo que se ve obligado a hacerlo, pero descubre así, sin más, que nadie manda en su corazón, que la única razón que lo mantiene así nada tiene que ver con la razón misma, sino con el instinto y así recuerda al cuasi/centenario Sábato, quien en alguno de sus textos (lo ha leído él) dice, cuando haya una disputa entre la razón y el instinto hay que darle la razón al instinto... Pero, paradójicamente, darle la razón al instinto, en ese momento, no significaba nada ni era una posibilidad de escaparse del problema que lo agobiaba: perdón, que lo agobia, porque mientras se escribe este texto, la historia está ocurriendo *en vivo*... (y no *en vivo y en directo* como de forma tonta dicen los periodistas), es decir, está, sencillamente, ocurriendo ante sus narices y él tiene que volver a la realidad, de manera que se reincorpora de nuevo, inquieto se desplaza por la alcoba, espera, como siempre en estos casos, con desespero, mira el reloj una vez más y con fingida sorpresa, en medio de la fría habitación, comprueba lo que a estas alturas el lector ya sabe y es que apenas ha pasado un minuto más y que ahora son las 2:58 de la madrugada. Ahora, lo que el lector no tiene por qué saber es la razón del malestar metafísico del hombre, de su angustia y ese no es otro que porque ella no ha llegado...

Entonces, con una actitud tan patética como la de quien se resiste a aceptar tan poco estimulante situación, para el caso no solo la de un hombre abandonado por su mujer, sino la de un país que no da crédito a lo que ocurre ante sus ojos y por eso a todo aquél que se levanta contra las atrocidades del momento la masa cobarde y gavillera y potencialmente criminal lo considera *un enemigo del pueblo*, el joven se para de su cama preguntándose: la noche, ¿no suele acaso aniquilar lo más frágil de sí misma? Su pregunta queda sin respuesta cuando recuerda al médico Stockmann de un balneario en una pequeña ciudad noruega, que un día nota que algunos turistas de los baños termales se enferman gravemente. Ordena unos exámenes de laboratorio y comprueba que el balneario está contaminado por las alcantarillas del pueblo y por los fétidos residuos de las curtiembres, la otra fuente económica básica de la ciudad. La gente muere de tifo y otras infecciones por bacterias, tras beber sus aguas *medicinales*. El médico se apresura a hacérselo saber al alcalde, para que se corrija el problema. El balneario debe cerrarse dos años para permitir los trabajos de limpieza; además, hay que publicar la verdad en *La voz del pueblo*, para que los visitantes no corran riesgos. El doctor entrega su estudio al periódico. Aunque la razón lo asiste en todo, la sociedad entera se pone en contra del doctor. Los accionistas de los termales, airados, lo acusan de *agitador político*; los trabajadores, temen perder sus puestos y también se levantan contra él. El alcalde sugiere al periódico no incluir el texto del médico y *La voz*... sigue sus instrucciones. El alcalde, por su parte, publica un informe alternativo donde tranquiliza a la opinión y dice que se aplicarán correcciones a un problema menor que como siempre se pretende exagerar con fines maquiavélicos, proselitistas e ideológicos.

Se cita a una reunión y la asamblea de ciudadanos abuchea al médico. La gente vota. Excepto un borracho, todos los demás se ponen contra Stockmann y lo declaran *un enemigo del pueblo*. Lo echan del puesto, el dueño de la casa donde vive le pide desocupar y al galeno solo le queda el recurso al exilio. La mayoría, manipulada por el periódico y por los accionistas del balneario, lo insulta y apedrea, quiebra sus

ventanas, lo expulsa de la comunidad. Es odiado por todos porque se atrevió a pronunciar sobre la podredumbre de la ciudad. He aquí una fábula sobre el lío de decir la verdad en una sociedad descompuesta: los que la dicen escandalizan a la sociedad; alejan a los inversionistas; dañan la imagen del país; hacen perder sus puestos a los trabajadores; son agitadores políticos que buscan el poder y para eso intentan deponer al gobierno legítimo... así sea ilegítimo. Los que dicen la verdad encuentran muy difícil publicarla y los medios que la publican son, también aquí, *apátridas, terroristas, desalmados, fundamentalistas, alcaedosos, enemigos del pueblo.*

Lo que pasa sobre lo que han hecho los paramilitares en estas décadas de crímenes que producen asco, tristeza, rabia, en las que se han encontrado hasta ahora diez mil fosas comunes, se parece mucho a la denuncia de Stockmann. La gente no quiere ni oír la verdad. Quienes denuncian el horror del paramilitarismo, en las encuestas, pierden puntos y tienen pésima imagen; quienes lo minimizan, suben en ellas. El para-presidente sigue intacto, ileso (no inerme, como su protegido *das-parente*) y recibe más apoyo que nunca: en el país, se aclara, no en el exterior, donde siempre es abucheado. El médico, al final, manifiesta su decepción por la democracia entre irónico y serio. También en Colombia, la mayoría va al encuentro de la desdicha con los ojos abiertos o es ciega o indiferente al horror. Los aliados de los asesinos, los tramposos electorales, son reelegidos mientras los congresistas involucrados con la parapolítica, excarcelados sin más. Los encuestados por encargo apoyan los métodos de los paracos. La inversión sube, el desempleo baja, los turistas vuelven al país, el hinchismo futbolero pasa de la calle a la boca del presidente, momentáneo hincha del Cúcuta y ahora de Venezuela, país al que en su discurso mediático invoca tan solo para ganar más adeptos, no porque le guste el deporte o disfrute algo: solo queda callar a los aguafiestas que exageran los *aislados* crímenes de paramilitares y guarimberos y volver a la realidad.

En este momento, el *joven* abandona la situación que atraviesa, olvida el tiempo interior que ha pasado, y cree que la mayoría de la humanidad ama el látigo, tiene sed de líderes que le digan lo que hay que hacer, no quiere pensar por sí misma: solo la mano del tirano, la hace mover en dirección común. La sociedad marcha cuando la dirige un fanático. En la época de Mussolini, Hitler, Franco, Pinochet, Thatcher, Reagan, se construyeron numerosas pistas para aviones y grandes autopistas, los mayores bancos fueron los mejores *colaboradores*, los estadios de fútbol dejaron de ser para los aficionados y pasaron a ser para la gente incómoda, la globalización se disparó y la inflación se detuvo, los libros dejaron de leerse en casa de los presidentes, como ahora con Bush, Blair, Berlusconi, Uribe, Peña Nieto, Santos, Duque, la guerra siguió siendo el mejor negocio, la *supina* perrita faldera inglesa acolitó toda invasión, los equipos de primera bajaron a segunda, para disimular: es más fácil traficar en esta que en aquella. Así es el ser humano. Al que esgrima una verdad contra la mentira oficial, se le señala *enemigo del pueblo*. Y si se va del país o *se enamora con odio* de este y declara lo que ha hecho un escritor cuyo nombre se omite para protegerlo, já, su linchamiento moral queda asegurado. Salud *pues*, partida de pusilánimes, sigan brindando con las pestilentes aguas del balneario en que viven. ¡Eh, Ave María!, y mañana no vayan a decir que no se los advertí y ni piensen manada de ladrones, corruptos, pedófilos, que porque vayan a México me van a encontrar dispuesto a ser sacrificado a nombre de una causa que no es mía, nunca ha sido mía, sino la única y verdadera propiedad colectiva del pueblo colombiano: la de la insolidaridad, la desidia, el medaunculismo, como diría ese inteligente muchacho caleño, cuyo nombre ahora no recuerdo (pero no para protegerlo), a la manera de aquel paraco (de cuyo nombre es mejor no acordarse, piensan sus víctimas) que primero confesó sus más de mil crímenes y luego entró en un deliberado y soporífero Alzheimer, pero que a la larga es una potente aunque dolorosa metáfora de lo que en el fondo es la tristemente famosa y “eficaz” (cuando de pedir en el exterior se trata) ley de justicia y paz, la que sola se ha venido diluyendo, sin necesidad de contar para ello con la oposición, que se ha ido confundiendo con

la clase política a la que en teoría combate: que a su manera ha venido diluyéndose sola...

Entre la vigilia y el sueño y porque ella no ha llegado, en la habitación donde hay un colchón en el suelo, ya no una cama, el hombre reacciona sobresaltado, como quien acaba de salir de una pesadilla que parecía un sueño, y ahora nervioso fuma y espera y escribe y mira el reloj y ve que son las 2:59 de la madrugada. Y mientras que sin cesar su cerebro le susurra al oído que la noche suele aniquilar lo más frágil de sí misma y porque, una vez más, como en un *déjà vu*, se da cuenta de que ella no ha llegado, en la habitación donde hay un bombillo que quema los ojos, trata de abstraerse al poderoso influjo circundante como queriendo dar a entender que provisionalmente puede burlar la situación, para acabar por comprender, en medio del asombro, que lo que creía alejado regresa con renovados bríos, como uno de esos *caballos salvajes* que tanta maravilla le han despertado a través de la vida, como cuando su papá aún vivía y lo llevaba a la finca a montar a *Semíramis* o a *Dominguín*... De manera que en medio de ese asombro que le lleva a pensar en que vivir más de 25 años es deshonesto porque se ha superado esa capacidad, la del asombro, el hombre reingresa en la burbuja de la insoportable pesadez del ser que piensa (y el pensar que piensa le hace pensar: un ignorante puede ser más feliz que un ilustrado) y cae, de nuevo, en cuenta de que el tiempo pasa, lento, porque se está pendiente de él, porque no se puede estar en su ausencia, y entonces, impaciente, frente al bombillo que quema los ojos, se rasca la cabeza y fuma y espera y escribe (como quien ahora escribe) y mira el reloj y ve que son las 3:00 de la madrugada.

Bajo la plancha de concreto y mientras que su corazón le susurra al oído que la noche suele aniquilar lo más frágil de sí misma, que la noche suele sacarse los ojos y porque ella no ha llegado, en la habitación donde muchas veces ha pedido morir, sobre todo a partir del año anterior, el hombre soñoliento oye llover y se rasca la cabeza y fuma y espera y escribe y mira el reloj y se resiste a creer en la hora que es... de manera que rápidamente intenta ir a la cocina a prepararse otra

taza de té o de tilo o, en esta ocasión, más bien de estircnina, para acabar de una vez con tanto desespero, tanta incertidumbre, tanto desasosiego. Pero, entonces, se acuerda de *El libro del desasosiego*, justa o injustamente y se le viene a la cabeza un texto que no recuerda si pertenece al libro que tiene en sus manos o a otro cualquiera de Pessoa o a uno de los de los heterónimos del escritor lusitano pero que, de todas maneras, no importa pues lo que importa es el texto que lo acaba de asaltar y que se sabe de memoria, de manera que deja el libro en el piso de la habitación, ya no en la superficie de la cama ni en la del colchón, y suelta su torrente de conciencia a la manera de Molly Bloom, es decir, en medio de un dolor que conmueve, que disipa toda resistencia:

Autopsicografía

O poeta é un fingidor./ Finge tão completamente/ que chega a fingir que é dor/ a dor que deveras sente.// E os que leem o que escreve,/ na dor lida sentem bem,/ Não as duas que ele teve./ Mas só a que eles não têm.// E assim nas calhas de roda/ gira, a entreter a razão, esse comboio de corda,/ que se llama o coração. "El poeta es un fingidor. / Finge tan completamente/ que llega a fingir que es dolor/ el dolor que de veras siente. // Y los que leen lo que escribe/ en el dolor leído sienten bien/ no los dos que el poeta tuvo/ sino sólo aquel que no tienen. // Y así en los rieles del tranvía/gira, a entretener la razón/ este convoy de cuerda/ que se llama corazón." (Traducción: LCMS)

Al terminar, mira el reloj y para su mayor desencanto ve que son las 3:01 de la madrugada.

Bajo la llovizna trotacalles que nos odia y muere odiándonos, bajo la plancha de concreto sobre la que hay una habitación exactamente igual a la suya, y mientras que su cuerpo le susurra al oído que la noche suele aniquilar lo más frágil de sí misma, que la noche se desangra y porque ella no ha llegado, el hombre recuerda con quién puede estar su mujer y se martiriza pensando, cual si fuera el protagonista de *El infierno*, en manos (es un decir...) de quién se halla la

belleza que de ella lo laceraba... de la misma forma que él la laceraba con sus frases ardientes de sabio desconsuelo, hirientes de perfecto disimulo, cortantes de hipócrita modestia. Situación que nunca lo llevó a hallar una salida satisfactoria para su atormentada existencia y que, por el contrario, lo arrastró de modo implacable cada día al deterioro de una relación cuyas muestras de ruina habían comenzado a insinuarse con la comezón del séptimo año y hay que tener en cuenta que para el momento en que esto ocurre han pasado tres años, suficientes para agotar a cualquiera, generar el odio más acendrado, producir la furia más desmedida. Como la de aquel personaje que, al contrario de muchos que se abandonan a la indiferencia y creen que basta una campaña de la Alcaldía de la capital para recuperarla, decidió en *un día de furia* acabar con todo lo que se interponía entre él y la impotencia para recuperar a su esposa... para a la postre sucumbir en medio de la violencia que él mismo había contribuido a generar.

Pasado el trance, en la habitación condenada al polvo, al olvido y a la ruina, el hombre sin sueño se para y sigue oyendo llover y se rasca la cabeza y fuma y espera y escribe y mira el reloj y ve, esta vez atarácico al presentir el fin cerca, que son las 3:02 de la madrugada.

Bajo la negra eternidad que esta noche se remueve en sueños, bajo la llovizna zarrapastrosa que no hace más que preguntar por sus hijos, bajo la plancha de concreto sobre la que se oye crujir una cama de nuevo y mientras que su voz le susurra al oído que la noche suele aniquilar lo más frágil de sí misma, que la noche suele sacarse los ojos, que la noche se desangra, que la noche jamás despertará, y porque Ella no ha llegado, en la habitación donde no hay nadie, el hombre, viejo, se sienta y se para y oye llover y se rasca la cabeza y deja de fumar y espera y escribe y mira el reloj y ve que son las...

LA CARAMBOLA DE JUSTO

Hubiese pasado sin pena ni gloria por el mundo a no ser por un solo hecho que modificó —es lo menos que se puede decir— la totalidad de su vida...

Desde siempre Justo Pérez había sido un hombre de bien, con toda la inocuidad que dicha expresión tiene. No conoció a su padre por haber nacido exactamente nueve meses después del fallecimiento del esposo de su madre: así, de paso, quedó en tela de juicio la verdadera paternidad. Como fue un asunto que creó en su pueblo grandes controversias, no exentas de maledicencia y de alguna vaga crueldad, esos odiosos cálculos se dejarán de lado. Hay que decir, eso sí, que al niño se le dio el apellido del difunto padre y aun su nombre de pila, lo que tampoco fue suficiente para acallar las voces de la disidencia pueblerina. Todavía no se está de acuerdo en decidir si se le llamó Justo por un homenaje *post mortem* al fallecido o como preconizan algunos, que se basan siempre en la particularidad de la fecha de nacimiento, porque llegó “justo a tiempo” para evitar que la reputación de su madre cayese barranco abajo en aquel infierno de cinco mil almas llamado *El triángulo de los Bermúdez*.

Asistió a la escuela pública para realizar su primaria. Fue primero en su clase por encontrarse entre los más bajos de estatura y adolecer de una precoz miopía que lo obligaba a ubicarse muy cerca del tablero. Nunca sobresalió por su brillantez como estudiante, aunque por su carácter sumiso y propenso a obedecer hasta a las más absurdas bestialidades, se granjeó una muy buena reputación entre los maestros, quienes apelaban a él para conocer nombres, santos y señas de ciertas fechorías cometidas por el alumnado y destinadas al anonimato.

No obstante, sus camaradas no llegaron a detestarlo. Ciertamente recibió su buena dosis de cachetadas de mano abierta, pero, hay que señalar para su honra, jamás una mano cerrada golpeó en su cara. Antes de que el agresor se dispusiese a dar un poco de contraste a tan

pálido rostro —algunos hablaban con virginal ironía de un “blanco teta intenso”— invariablemente Justo exclamaba: “¡No se le pega a un niño con anteojos! ¡Si me pegas le digo al director... le mostraré mis moretones!”

Estas imprecaciones servían para aplacar ánimos y para modificar actitudes. Sus compañeros, sin conocer bien su carácter, lo trataban con una mezcla de compasión y de asco muy difícil de precisar. En todo caso, aunque esta forma de ser visto no lo preservaba de las peores humillaciones morales (o in...) sí lo ponía a salvo de las vapuleadas físicas.

Si bien la escuela primaria no fue un camino de rosas, el colegio secundario fue para Justo un verdadero calvario. En Historia pudo seguir el hilo hasta la “pírrica” victoria de Pirrus II en península itálica, desde luego, no llegando a desentrañar jamás por qué el general, tras la batalla de Ascoli y luego de desoír a su consejero Cineas, dijera que “con otra victoria como esta estoy perdido”. Este escollo de la historia fue siempre para él un misterio tan insondable como el de la Santísima Trinidad, en el plano religioso y vital. Y es que, ¿cómo entender aquello de victoria, después de sufrir tantas pérdidas?

Semejantes crisis místicas se le presentaron, más temprano que tarde, en las otras materias. En Trigonometría, cuyo solo nombre le llenaba de espanto (el seno y el coseno eran para él expresiones soeces), o en Biología, donde cada estudiante debe colaborar con cierta dosis de imaginación para comprender qué es una célula viviente, a Justo, sencillamente, su cuota no le alcanzó. Una especie de pudor impide descubrir, al detalle, cómo fue su desempeño en Física y en Química, por ser territorios más inciertos todavía. Se presentaban en su intelecto, sin duda, como los antiguos geógrafos representaban las áreas desconocidas del mapamundi o el siempre vigente escritor Ribeyro las de la existencia: *Terra incognita*.

Pero todo cuadro tiene sus luces y sus sombras... y este umbroso panorama no carecía de un destello. Esta aurora boreal, esta estrella

guía segura y certera, no era otra que su clase de Contabilidad. Allí Justo tomaba una especie de revancha con sus congéneres y, de modo general, con el caótico e incierto planeta Tierra. ¡Qué placer hubiese sido ver a aquel muchacho llegar a la certidumbre total! El debe y el haber, bellamente redondeados en prolijos números y dando, en la suma de sus respectivas columnas, ¡totales idénticos! Él revisaba sus líneas de cifras y se fascinaba de constatar una y otra vez, esa certeza: la coincidencia del debe y el haber. Desde entonces se forjó una convicción que no le abandonó jamás y que se puede resumir diciendo que lo único útil, como ocupación, era llenar un registro contable. El resto resultaba ser pura palabrería, galimatías metafísico.

Enterrado en su miopía, Justo quedaba satisfecho mas no así el mundo circundante. Después de repetir el primer año coleccionando notas desaprobatorias, sus compañeros de curso, que no habían leído sino apenas oído sobre aquel personaje, comenzaron a llamarle Atila... por lo del “rey de los hunos”, lo que no llegaba a afectarle pues él sí tenía buena ortografía.

Una desgracia, achacable a los programas de estudio, vino a suceder más tarde cuando hubo pasado, por fin, a segundo de bachillerato. Esa pequeña luz que se menciona, ese resplandor que había encontrado en la oscura caverna académica, la asignatura de Contabilidad, vino a apagarse ya que no figuraba en el pensum del año siguiente. Perdido entre el fuego cruzado de Geografía, Química II, Filosofía, Botánica y tantos otros etcéteras, por lo demás absolutamente incomprensibles, sus capacidades sucumbieron. Y es que ¡cómo resistir ante semejante arremetida enciclopédica! Seguro que de tratarse de aquel muchachito alemán Hans Giebenrath, hubiera, sencillamente, terminado *unterm rad*, bajo las ruedas. Pero, por fortuna, su alma pequeña no alcanzaba la talla del suicidio.

Así, debió abandonar el colegio secundario y fue a parar a una academia de secretariado comercial, donde su madre tuvo la sensatez de inscribirlo. Siguió la carrera de Asistente de Contador, en la cual se graduó apenas concluidos tres más que razonables años. Con su

diploma debajo del brazo no solo pudo liberarse de oscuros pensamientos existenciales, sino que se sintió, durante algún tiempo, el hombre más feliz: si tal cosa existiera como *estado* y no como *sentimiento* de afirmación vital.

Desde su pubertad había aprendido a manipular un taco de billar. Al salir de la academia, todos los santos días, Justo jugaba unas cuantas partidas con algunos compañeros de estudio. En este juego de cálculo y de precisión, no tenía que hacer grandes esfuerzos para derrotar a sus rivales, hecho que sucedía —al justo lo que es de Justo— bastante a menudo. Sobre el paño verde esmeralda se notaba su mirada abstraída, a fuerza de lentes, siempre seria, y sus manos algo temblorosas tanto por la excitación que le producía pensar en ganar algo como por la ansiedad que le generaba la espera del desenlace, siempre buscando con denuedo aquel golpe que le permitiera, al tiempo, asegurar la carambola y arrinconar las esferas en una posición ventajosa. Su torso y sus brazos, a veces en las posturas más incómodas, se encaramaban con destreza sobre el tapiz, como una tarántula dispuesta a atacar su presa. Las bolas de billar, planetas de aquel universo finito, se reflejaban expectantes e intensas en sus anteojos hasta que, con un impulso estudiado, deslizaba el taco de un golpe seco para demostrar si había sabido o no arrancar el secreto matemático de la pequeña constelación bicolor. Como cuando al quedar enmesado con su bola del punto y teniendo a la blanca y a la roja cada una en una esquina, conseguía con una certera banda-previa, ajustada al máximo, hacer la carambola. O como cuando la hacía sin buscarla...

El billar fue para siempre su pasatiempo favorito y él, que era tan escéptico, casi como un deber religioso lo practicaba todos los días. Solo cuando el efecto deseado se producía, cuando las bolas respondían a la intención del golpe, Justo tomaba el taco serenamente con las dos manos y respondía con una sonrisa al segundo choque de las bolas, aquel que sentencia la carambola.

Era su única diversión y la única situación en que se le veía sonreír.

En amores juveniles su desempeño no fue destacable. Cuando iba a las fiestas de barrio a menudo era él quien bailaba con la jorobadita del lugar o se sorprendía a sí mismo ya muy tarde cuando constataba que su pareja, muy linda, por cierto, sufría de epilepsia... o, en caso contrario, permanecía la mayor parte del baile en un rincón de la sala ocultando, detrás de charlas en apariencia varoniles, su extrema timidez frente al sexo opuesto.

Fue apenas ya en la veintena —y casi salido de ella— que conoció algo parecido al amor. No es que él fuese insensible a las gracias femeninas; por el contrario, pese a su miopía, estaba muy atento a ellas, solo que... demasiado atento. A la menor insinuación quedaba literalmente petrificado, como atacado al instante por una parálisis facial e incapaz de articular palabra alguna. Pese a todo, y aun cuando se daba por incurable esta rara especie de enfermedad, Justo llegó a casarse.

A quien fue su esposa la conoció en circunstancias muy particulares. Él trabajaba para esa época en la capital, donde los roces con las personas son más frecuentes y variados. En la capital se conoce de todo. Si se quisiera dar una imagen: es como un billar jugado no con tres sino con cinco o siete bolas al tiempo. Imposible que no se den choques fortuitos y azarosos. Trabajaba, se decía, en un negocio de lencería, desde que pudo ejercer como asistente de contador. Llevaba allí los libros y oficiaba de *correvedile* del propietario del negocio, un tal señor Bermúdez, quien no se dejaba ver sino muy de tanto en tanto por la oficina y el salón de ventas. Para ser exactos solo cuando se trataba de sacar liquideces.

En el mismo lugar, atendiendo al público, trabajaba una jovencita a quien llamaban Susana. Era regordeta y, sin ser bonita, por su forma de vestir y de desplazarse —sin ningún tipo de complejos— se podría afirmar, llamativa. Lo era sobre todo para Justo, quien le hacía compañía (y vigilaba, por cuenta del señor Bermúdez) durante unas diez horas diarias. Fue un amor platónico de parte de él, mientras que

ella, de puro aburrida, se mofaba, no siempre de forma sutil, de su tristísima figura.

En los momentos de ocio, que a decir verdad no eran pocos, ella acostumbraba sentarse muy cerca del asistente de contador, casi siempre vestida con una micro minifalda de satín que sin que lo quisieran los demás la hacía ver desnuda, de manera que pasaba a segundo plano la clara intención de poner en evidencia sus bien torneadas piernas.

— ¿No va nunca a bailar, señor Justo? —, le preguntaba echando una mirada cómplice a la cajera, una señora ya pasada en años y sobre todo en kilos.

— No, casi nunca, casi nunca—, reiteraba Justo, despegándose por un momento del libro de cuentas.

— ¿Y por qué, señor Justo? ¡Un joven buen mozo como usted...! ¿Acaso me va a decir que no tiene novia?

— Por el momento, no—, decía él ruborizándose ostensiblemente.

— ¡Qué pecado!, puntualizaba ella, regresando con esta frase al mostrador para desternillarse de risa con la cajera, completamente a sus anchas, hasta que la entrada de algún cliente interrumpía el jolgorio.

Después el juego continuaba de manera casi perpetua pues ella, durante algún tiempo, no dirigía ni la menor mirada o palabra al asistente de contador. Si se trataba de expresar algo —porque alguna vicisitud del trabajo la obligaba a hacerlo— lo decía con un tono tan seco y cortante que a cualquiera hubiera convencido de su enojo. Justo, en esos casos, buscaba motivos para entablar un diálogo, pero Susana se mantenía inflexible. Si él intentaba hallar alguna justificación con la cajera, ésta respondía invariablemente alzando sus hombros. Él terminaba ensimismándose, se torturaba pensando: “¿qué habré hecho mal esta vez?” y, por último, a veces al cabo de largos días, acaba

achicharrándose en su rincón sin alzar la vista un solo instante de las hojas rayadas, en rojo y negro, del libro de registros contables. Justo en esos momentos Susana decidía continuar la tomadura de pelo y volvía a exhibirse, cada vez con mayor desenfado, cerca del asistente de contador. Y otro ciclo comenzaba.

Una hermana de esta muchacha, Elizabeth, más joven aún pues solo contaba con 16 años, tenía un novio. No solo un novio sino además lo que ella llamaba un amigo y la gente un *tinieblo*. De tipo muy deportivo, Elizabeth iba cada día a tomar clases de natación. Su amigo era precisamente el profesor de natación, que le enseñaba a nadar en todos los estilos y ella se esmeraba en aprender. Aprendió tan bien que pronto supo que estaba embarazada y como su amigo era casado tuvo que intentar por otros lados conseguir un candidato a padre. Intentó primero evangelizar a su novio, explicándole el milagro de la concepción de la Virgen, pero éste, carente de la fe necesaria o quizás seguro de que fe es la creencia, solo para él, en una abultada evidencia, desapareció prolijamente. Nunca más se le vio por aquellos lares.

Sus padres y hermanos conocieron la situación y, por algunos días, nadie en la casa cesaba de hablar del problema. Debían hallar una solución a ese problema, más que urgente, urgentísima. Se concluyó que era necesario encontrar a alguien dispuesto a casarse con Elizabeth sin hacer demasiadas preguntas. Susana intervino y, cómo no, si se hubiese tenido que inventar un candidato hecho a la medida para el caso no hubiese sido mejor que nuestro buen Justo Pérez, quien además presentaba la ventaja de estar ya inventado.

Así fue como Justo conoció a Elizabeth, quien comenzó desde entonces, como por azar, a ir a buscar a su hermana a la lencería... y conoció también aquello que llaman amor a primera vista, el matrimonio inmediato y, por fin, cómo nacían los hijos sietemesinos.

Bien entendido, nadie quiso romper aquella magia matrimonial con alguna destemplada confidencia, pero, como contrapartida, todos los familiares de la novia se pusieron de acuerdo para bautizar al recién nacido con el nombre de Justo.

Pasaron los años y el hijo de Justo ya iba a la escuela para aprender desde bien pequeño todo aquello que no le iría a servir estrictamente para nada. El padre, mientras tanto, había tenido un ascenso en la lencería del señor Bermúdez. Había pasado de asistente de contador de segunda a asistente de contador de primera, lo que significaba, siempre ha significado, una responsabilidad mayor en sus tareas más un *pírrico* aumento de sueldo. Cada tarde, como otrora en el colegio y en la academia, Justo iba a jugar unas cuantas partidas de billar.

La joven esposa atendía las tareas del hogar y mal que bien las necesidades de su pequeño. Solía dejarlo sin embargo largos días en la casa de sus padres donde, a hurtadillas, el niño veía a su verdadero padre nadador bajo el inocente apelativo de *tío*.

A Elizabeth se le presentó una oportunidad de aquellas que no se rechazan, sobre todo cuando se sufre del mal de los pequeños rascapapeles, esto es, la exigüidad del sueldo. Por un amigo de su padre consiguió que se le aceptase de forma gratuita en las clases de equitación que un conocido profesor de origen portugués, verdadero maestro con la fusta, impartía en las instalaciones del club hípico de la ciudad, uno de los lugares más reservados. Únicamente debió comprar el equipo, aunque esta sola dispensa fue suficiente para quitar el sueño a Justo por el espacio de dos semanas.

Para cualquiera, la vida de Justo podría resultar aburrida y rutinaria: el trabajo, el billar y la casa. Pero a falta de imaginación le sobraba voluntad. La miopía le impedía ver más allá de sus obligaciones morales y en el mejor de los casos la potencial carambola que se le ofrecía en tapiz verde —que él por daltonismo existencial a veces veía rojo, como el de la mesa de Victor Ziegler en *Ojos bien cerrados*— pero, eso sí, nunca se rehusaba a compartir las relaciones sociales que se le presentaban.

Se puede decir que Justo estaba siempre bien dispuesto para con la vida social y valoraba, sin reparo, a las pocas amistades que a su casa se acercaban o a las que lo acompañaban en sus chicos de billar.

Entre esas amistades le despertaba especial consideración la de quien se hizo amigo del matrimonio, el señor Manoel Cabrão, el profesor de equitación, quien lo iba a buscar a veces a *Los tres amigos*, el bar donde jugaba billar y otras lo esperaba en la casa, luego de las prácticas en el club.

— ¡Buenas tardes, don Justo! ¿Cómo le ha ido hoy en su trabajo?, escuchaba preguntar con acento portugués.

— Muy bien, don Manoel, aquí me ve, llena de cifras la cabeza—, contestaba él con algún humor resignado.

— Dígame mejor usted, ¿qué ha hecho hoy? —, preguntaba dirigiéndose a Manoel.

— ¡Ah! eso es muy aburrido... algunos ejercicios de trote, algo de ejercicio con vallas, pequeños saltos...—, respondía Manoel con desgano.

Luego don Manoel se despedía cortésmente, recogía su fusta y su casquete y descendía los cinco pisos del edificio donde vivían los Pérez.

Elizabeth estaba casi siempre muy cansada y Justo respetaba puntualmente la misma rutina: limpiaba las gafas con alcohol puro, miraba un programa de televisión, cerraba los ventanales de la sala y, por último, se iba a acostar.

Un día, sin embargo, iría a suceder lo que jamás en casi diecisiete años de trabajo: Justo se retiraría de su puesto antes de tiempo. Motivos de fuerza mayor. No quería hacerlo porque además ese día Susana, su cuñada, estaba ausente y él no osaba dejar el negocio tan solo. Pero su

salud no andaba nada bien. Todo el bajo vientre le dolía intensamente, con agudas puntadas. Aquel día su color era tan verde como el de una nevera vieja... Las gotas de sudor que corrían por su frente hacían, bajo el efecto de condensación, que sus lentes se empañaran, dificultando así la lectura de las cifras.

De repente, pensó en cosas horribles. La eventualidad de un accidente no se podía descartar, vale decir uno de un asistente de contador: el equivocarse en algún número. Varias veces reinició la operación de limpiar sus anteojos con una franela que guardaba en el cajón de su escritorio, pero el ciclo fatal de transpiración/condensación/empañamiento volvía a repetirse. Hasta que el solo imaginarse las consecuencias que podía traer un error numérico le hicieron tomar la determinación de llamar al señor Bermúdez para ser autorizado a retirarse.

Una vez lo hizo, se puso en camino a su hogar no sin antes dejar clarísimas instrucciones a la empleada de la caja. Llegó a la puerta de su domicilio y cuando subía las escaleras, una oscura sensación se apoderó de su ser. Subió los últimos escalones, se acordó una vez más de Hesse —... *y solo quien está presto a partir y a peregrinar/ podrá eludir la parálisis que causa la costumbre... apenas hemos ganado intimidad en una morada y en un ambiente/ ya todo empieza a languidecer*— y abrió con sigilo la puerta de su apartamento. Escuchó algo.

Algo así como gritos que venían de su dormitorio. Corrió hacia él. ¡Qué vio allí! ¡Mierda! Algo que sin duda hubiese preferido no ver nunca: estaba don Cabrão, el profesor de equitación, enseñándole a Elizabeth el salto de obstáculos, sin más cabalgadura que la propia mujer, quien briosa y mostrando carácter se debatía debajo de aquel jinete tan emprendedor.

Los tres ya amigos quedaron por un momento suspensos y el silencio de siete segundos —que por la intensidad pareció durar años— atravesó como un rayo el espacio del dormitorio. Allí se veía a

Justo, al pie del marco de la puerta, con el aspecto más penoso que jamás se le hubiese visto: su traje parecía cinco veces más arrugado que de costumbre y su corbata tres veces más larga. Estaba encorvado como el mango de un paraguas y con el sudor que caía a torrentes por su frente y gafas parecía propiamente eso, un paraguas, fantasmal y agónico.

— ¡Justo! ¿Cómo llegas, justo, ahora?, se atrevió a preguntar Elizabeth, presa de los nervios y aún enredada con el equitador.

— ¡Esto no puede ser cierto!, exclamó el marido coronado por el disgusto y por la sorpresa que pese a todo era real. — ¿Y usted (llamándolo por el apellido, en español) qué hace aquí?, preguntó fuera de sus cabales y después de balbucear algunas frases ininteligibles.

A Cabrão le pareció que cualquier respuesta que diese en tal momento hubiera sido más que innecesaria, ante todo imbécil. Se incorporó con total sobriedad e idéntico cinismo (el propio de esos casos) y mal o bien llegó a vestirse, dejando en la carrera una media olvidada. Salió sin prisa, pero también sin pausa de aquel apartamento y comenzó a descender con lentitud las escaleras, considerando si lo que acababa de vivir era un sueño o la pura realidad.

Justo pareció caer en un hueco sin fondo, en una cueva hedionda, en un féretro ardiendo. Sus ojos parecían hundirse en un más allá tenebroso e indescifrable. Todo su cuerpo se quedó helado. Miró el ventanal abierto de la sala.

Elizabeth creyó adivinar sus intenciones. Él estaba evidentemente sin control, sudaba con más intensidad y algunas lágrimas parecían mezclarse con el flujo transpiratorio. Su marido miró un instante hacia el techo, como invocando al dios en el que no creía, como dejando pasar unos momentos indeseados, como revisando una larga columna de números.

Justo volvió a mirar la ventana abierta de par en par. Tuvo un impulso hacia ella, pero su esposa se interpuso en toda su desnudez, tal vez porque llegó a pensar: “Se va a matar... se quiere suicidar y ni siquiera dejó una nota explicando... ¡me van a hacer culpable!” Así que gritó: “¡No, Justo! ¡No hagas tonterías!”

Pero él, después de haber dado un paso atrás, tomó rápido impulso y se abalanzó enceguecido por la insoportable angustia del momento y la miopía de siempre. Tan enceguecido se precipitó hacia el ventanal que no le importó ver a Elizabeth interponerse en su carrera.

En el choque, Elizabeth trastabilló, su pie descalzo resbaló sobre el piso encerado de la sala con tan poca fortuna que, si bien logró frenar a Justo, fue ella quien traspasó el marco de la ventana y luego de algunos manoteos al aire, como intentando abrazar ángeles inexistentes, cayó pesadamente los cinco pisos del edificio.

Justo quedó paralizado. Con la punta del mantel limpió sus lentes y se inclinó para ver la fatídica escena desde la ventana.

Allí se había agolpado un público bastante numeroso, como si se tratara de un estreno de cine, compuesto por vecinas y vecinos del barrio. Un policía hacía gestos ineficaces para alejar del lugar a los curiosos, pero la gente, que tan contadas ocasiones tiene de ver espectáculos sangrientos, sobre todo en un país como este, no hacía ningún caso e incluso se disputaba las primeras filas.

La tragedia no había quedado ahí. Al precipitarse, Elizabeth había caído encima de un señor que salía del edificio y a quien había matado en el acto. A través de sus siete dioptrías Justo lo reconoció también en el acto: la víctima no era otra que el propio Cabrão, quien con su rebenquillo y sus botas quedó, por así decir, estampado contra la acera, unido a la señora Elizabeth, muerta ella, sobre su espalda.

Justo Pérez pensó en los titulares sensacionalistas de la prensa —en instantes vinieron a su cabeza el collar explosivo atribuido a la guerrilla, la masacre por paracos en Mapiripán, el asesinato de seis

niños por el Ejército en Pueblo Rico, para citar solo tres casos de *objetividad* mediática— y en los flashes disparando sobre él. Su foto expuesta, al lado de la de las víctimas, en los diarios más amarillos/rojos/azules de la ciudad. Imaginó las indagatorias, el juicio, las complejas reconstrucciones. Tuvo también una fracción de tiempo para imaginar la sorpresa e incredulidad de Bermúdez, de Susana, en fin, de cuanto cliente hubiese metido los pies en la lencería *El hilo del ángel*. ¿Qué irían a decir sus amigos de billar? Mejor dicho, ¿quién hubiera supuesto algo así? ¡Todo fue tan inesperado, repentino y desproporcionado!

Pese a todo, una extraña serenidad se apoderó de él, semejante a aquella que experimentaba cuando concluía un registro contable perfecto, con el debe y el haber correctos.

Vio entreabierto ese panorama con tranquilidad. Él en el centro de aquellas dos muertes... cuando de pronto un gran estrépito interrumpió su visión. Un grupo de policías había hecho pedazos la puerta del apartamento a balazos.

Justo sonrió.

Los policías le apuntaban con sus armas. Todos a él, solo a él, a Justo Pérez, intimándole a quedarse inmóvil.

MI VECINA DE SUBAYCHOQUE

Mucho gusto, me llamo Indialecio Lévano Agurre. Llegué al campo, querido periodista, hace tres años, casi cuatro, con el ánimo de encontrar tranquilidad, si no paz, algo muy difícil de... como usted sabe por su labor profesional. Pensando que quizás allí es posible encontrar *un lugar en el mundo*, como se titula ese filme en cuya escena final el maestro de escuela prefiere prenderle fuego a toda su producción de lana, antes que dársela al que se la compra al precio que él fija al resto del pueblo. Me fui de la ciudad después de conocer el horror y el vacío en la noche del 14 de julio de... ¿La razón? No me la pregunte, *por favor*. No quiero volver sobre el asunto. Lo que viene no da para tragedias; apenas para su complemento, el humor. No quiero que se ponga a llorar o que nos pongamos a llorar. Más bien que nos riamos, no hay otra salida, de toda esta mierda que nos rodea desde hace 16... y no creo necesario decirle en qué año estamos. Qué no van a decir de nosotros: desde *palomas u obdulios* hasta *coisios, sebas, palacio, varito o chucky* comemierdas. Y tendrían razón, periodista. Pero, no vamos a darles gusto. Tampoco a mi vecina Ingenua Refinada, quien desde aquel 9 de abril cree que nos engañó a mi esposa y a mí durante una diligencia policial a la que recurrí para solucionar un problema con aquélla. Diligencia a la que jamás hubiera recurrido de haber sabido... Y a la que jamás, en lo posible, volveré a recurrir. Nunca olvide que justicia mata verdad. Que mentira es sinónimo de justicia, como lo es de política, aunque no lo crea. Que patrullero muele razón. Pero también que mayor está encima de patrullero. Y mayor debajo de fiscal.

Lo primero, periodista, que quiero que entienda es que, pese a lo que evoca mi nombre, no soy historiador ni el padre putativo de un ex alcalde. Soy un simple desplazado al revés. No porque me hayan sacado de nalgas, del sitio donde vivía, sino porque soy un desplazado de la ciudad al campo y no al revés... Le cuento. Lo que no implica que sea un cuento. Aunque sí, es un cuento. Recuerde que todo relato que se vuelva ficción deja de ser documento, memoria y se vuelve traición

a los hechos, a la historia, a la verdad. Que toda persona que entra en un cuento, se vuelve personaje, fábula, mentira. Así que no espere de todo esto, material para su puta cantera. Y aquí puta significa que el periodismo tiene de común con la prostitución su antigüedad. O, para poner a ambos en presente, su vigencia. Pues bien, o mal, da lo mismo. Resulta que la tal vecina Ingenua desde hacía seis meses venía permitiendo que sus ocho perros y otros callejeros que alimentaba depositaran su mierda frente a nuestra casa y siempre que uno llegaba terminaba pisándola. Para acabar de completar, un día que me vio ahuyentando a uno me dijo que tendría que “tirarle piedritas” también a ella y yo le contesté, como quien le quitaba el aliento: “Ni, aunque usted me eche los perros”. Es que un día me pareció que, en efecto, la viejita me *echaba los perros*, como se dice vulgarmente. Imagínese el problema en que ya me quería meter, sobre todo con mi esposa que no puede ver a nadie más conmigo. Mucho menos a una viejita de 60 y pico de años que me llevaba, uff... Y que, fuera de eso, parecía la mamá de mi esposa, en cuanto a carácter se refiere: dulce, delicada, refinada. Pero esto era solo en apariencia y referido a la viejita, no a mi esposa. Empezando porque la Ingenua era boyaca, lo cual no es poca cosa después de saber en qué se parecen los boyacos a los perros de cacería: ¿no sabe? En que ambos son güevones, orejones y... ¡traicioneros! Así es normal que, contra este sino, la vecina mostrara candor, refinamiento. Es posible que de ahí hubiera sacado su nombre o que este se hubiera desprendido de forma natural: pero no. Nada en ella era natural, todo medido por el más acendrado espíritu zorruno. Y recuerde lo que decía un escritor ruso ya olvidado: “La zorra es el dios de la astucia y de la traición” y “la diosa de los escritores”. Para empezar, nadie sabía si Ingenua era nombre y Refinada apellido o ambos, nombres. Lo cual ponía en duda la reputación de su madre. La de ella, no la suya, periodista. Como si esto fuera poco, la gente le decía Inge y ella sacaba pecho pensando: “Por Ingeniera”. Y era por ingenuera... (El periodista, intrigado, me decía: “Pero, ¿no está llenando mucho su relato de anuncios? Y yo, metafísico, lucubraba: “Vea, no todos estos cabrones son brutos. Algunos hasta se atreven a pensar...”)

Para los negocios, eso sí, no era nada ingenua. Un par de veces nos metió, a mi esposa y a mí, en problemas: primero, con otro vecino al que nos pidió que ayudáramos permitiéndole el paso de sus aguas por nuestra caja y a lo cual accedimos. Luego, ese vecino, al que se le dirá *profesorcito* pues profesor, a secas, es demasiado título para él, nos quiso meter en otro asunto (que ella urdió y al que nos negamos). Más tarde, hurtó arena de nuestra casa, cuando no estábamos, y al día siguiente vino a confesarnos lo que había hecho. Con lo cual empezaba a desdibujarse en mí la idea de un lugar en el mundo posible de hallar en el campo. Se me olvidaba de momento que los habitantes citadinos y rurales son los mismos o, si se prefiere, la misma escoria. Y no me trate de duro, periodista, recuerde que la mierda es blanda: “Mire qué suave viene a depositarse debajo de nosotros/ por qué prodigársela al presidente de los Estados Unidos.../ en realidad qué nos ha hecho ella”, dice el poeta. Y tiene razón, la mierda no tiene la culpa de quienes la encarnan, como tampoco las presidencias de quienes lleguen a ellas, ni los perros de la vecina por dejar la suya al frente de nuestra casa: la única culpable o responsable, según se mire, era Ingenua. Por más refinada que se presentara...

Por último, fue ella misma la que se dio a la tarea de desdibujar su nombre. La historia es muy larga, pero se la voy a resumir, periodista. Para que no vaya a decir usted también que yo hablo mucho... Decidí dejar de hablarle a la vecina porque un día se ofreció a guardarme un par de tejas de zinc que yo ya le había prometido a otro vecino y no me las devolvió. Más tarde me enteré de que ella había decidido regalarle nuestras tejas a un maestro que le estaba haciendo un trabajo en su casa: maestro al que llamaré *Imagínate*, porque a todo el mundo le decía así, aunque no tuviera confianza y luego agregaba, “¿cómo estás?, ¿cómo te ha ido?”. Entonces vino la confusión de Ingenua. Más adelante, en una tarde calurosa salí a buscar a la tienda algo para tomar y por el camino me la encontré. Al verla cargada con unos paquetes pesados, me ofrecí a ayudarla y volví con ella hasta la casa. Me dirigí de nuevo a la tienda. Esa misma tarde, casi noche, se apareció en mi casa y me dijo: “Mire, don Indialecito, traje la bandera de la paz”. Usted ya sabe, periodista, que me llamo casi como el

célebre personaje del que hablé ya, pero lo que me emputa es que me pongan diminutivos... como si a usted le dijera Reinmundito, conociendo su contrastante apellido. Y yo, que aparte de los pares y los diminutivos si hay otra cosa que odio son las banderas, le respondí: “Y, ¿por qué no se la iza en el...?” Pero esto no lo dije, lo pensé, entre globos, como en los cómics, no le iba a responder de forma tan grosera, para evitarle el placer de enrostrarme su refinamiento. Porque sí, la viejita resultó más estirada y tiesa que la cara de Berlusconi. De la manera más sencilla, le contesté algo que en su momento fue irrelevante. Entonces, fue ahí que la vecina se confundió. Creyó que porque le había aceptado su... bandera, era porque había dejado atrás la afrenta de sus perros. No entendía, Ingenua: “Pero, el olor es más fuerte...”, evocaba Charly en esa canción que habla es del dolor. Y aquí dolor y olor, eran la misma cosa. Pero Ingenua no entendía. Fuera de eso, dadas mis ocupaciones, nunca pude, ni quise, aclararle el asunto. Porque llegué a pensar, que quizás un día ella... Pero no, hay personas que nunca cambian, cosas que no cambian con el tiempo, cambios que no llegan a ciertos ámbitos. En suma, la veteranía no es un grado. Más años no significan experiencia. Pero Ingenua creía que 20 años de antigüedad en el lugar, la autorizaban de por sí a hacer lo que le daba la gana.

Así, el día que me pilló tirándole piedras a uno de sus canes vino a vociferar a la ventana de nuestra casa, esta vez apocopando, por la furia: “Don India..., los perros van a seguir cagando en la calle, porque es de todos y además, todos estamos mamados, porque ustedes son malos vecinos”. Solo alcanzó a decir esto porque la saqué más rápido que volador sin palo. Sobre todo, después de que se atrevió a decir que no venía a hablar conmigo sino con “doña Desdé”, mi mona esposa que, como ya adivina, es más celosa que la de Otelo: y no doy más pistas porque entonces se vuelve una tragedia y ya dije que no quiero melodramas ni culebrones: más bien una comedia, no una pesada ópera como *Rigoletto* o *Tosca*. La despaché de un totazo: “Aquí somos dos...” y no añadí su nombre para no sugerir que me burlaba de ella.

El tiempo pasaba y la señora seguía como si nada y sus perros igual hasta que un día, cansado de tanta mierda (literal, no me refiero al país), pensé: “Esta mierda no es mía”. Así que comencé a devolvérsela en *módicas cuotas ocasionales* a Ingenua. De a pocos, como Azarías en *Los santos inocentes* lo hace en la casa señorial, le iba dejando muestras gratis de *cacanina* regadas en cualquier lugar frente a la suya. Hasta que la viejita, sin saber nada ni sospechar de nadie, reaccionó: como por arte de magia, la mierda comenzó a desaparecer del lugar. Y no crea que solo por obra del único fantasma con nombre propio y de verdad. Porque hay fantasmas con nombre, pero no de verdad. Que no pasan de ser fantasmas. Como uno que conocí en Villa de Leyva. Una noche ya lejana, con una novia y cansado de buscar hotel, llegamos a una casa y, siendo casi las doce de la noche, salió un señor bajito en pijama, sin titubear abrió la puerta y a mi pregunta de dónde podríamos encontrar un sitio para dormir, respondió: “Este no es un hostal, pero es su casa”. Atónitos, sin musitar palabra, entramos. Más tarde, ella decidió acostarse en una de las dos camas que el anfitrión nos había preparado. Ya estábamos tomando un vino que yo había sacado del morral, cuando de pronto advertí unos pasos por el hall y pensé que mi novia se había despertado. Pero, no. Cada vez era más fuerte el sonido de los pasos por el corredor. Le pregunté al anfitrión quién era y al asomarme sentí con asombro retumbar nítidos, casi visibles, los pasos en mis oídos. Me quedé helado cuando aquél me respondió: “Tranquilo Lévano, es Jorge Eliécer”, que es como se llamaba el fantasma. Pero, en el caso de Ingenua, se trataba de alguien muy... no voy a decirle quién, para no quitarle el misterio al asunto. Cuando comenzaba a pensar que el fantasma era mi vecina, un día apareció para decirme si quería unos plátanos... y lo que yo quería era que me dejara en paz, no cagaran más sus perros frente a mi casa, me devolviera las latas de zinc. Le dije: “No, gracias, tengo unos sobre la nevera”. Tal vez creyó que la despreciaba. De todas maneras, aproveché su acercamiento para hacerla seguir, le pregunté por las latas, no mencioné lo de los perros ni le advertí que me dejara en paz. Entonces, tal vez volvió a confundirse y pensó que ahora el fantasma era yo... esas cosas, periodista, son más de la vida que de la literatura.

Lo que pasa es que el arte imita a la vida, no al revés, pero para transformarla y crear una segunda realidad, más creíble que la... por fantástica que sea. Y perdone, si no explico acabamos confundidos, más que la vecina conmigo. Se comprometió, pues, a devolverme las latas al término de la distancia, como se dice. Pero, pasaron seis meses y nada. Hasta que arremetió en la ventana para recordar que “¡estamos mamados de ustedes!” Y yo de nuevo impelido a mandarla a comer...: no de sus perros, claro, eso sería demasiado para una viejita tan refinada... que una vez me ofreció vino *Sansón* con anchoas saladas.

El día que llegamos a la diligencia en la Policía del pueblo con ínfulas de metrópoli, por arribismo de su alcalde, Ingenua comenzó a esgrimir su talante zorruno: al dar mi declaración inicial, recurrió a toda suerte de mentiras, conjeturas, especulaciones. En resumen, su accionar parecía un *western mariachi*, o sea, *meros disparates*. Así, a mis cargos por depositar excrementos frente a mi casa, por estar contra las quemas de basura en el lugar, por las amenazas que me hizo a través de mi esposa, hechos que negó, empezó diciendo que “nosotros *también* hemos recibido muchas ofensas”, con lo cual lo que al principio negaba quedaba implícito. Por otro lado, periodista, si bien citó solo un hecho, lo magnificó de tal modo que yo no sabía si cagarme de risa o de rabia, cuando soltó esta perla: “Por ejemplo, un día recogió toda la mierda del lugar y la depositó en nuestra casa”. Y lo que me daba risa, en ese caso, era que tendría que conseguir una volqueta para poder recoger toda la caca de lo que parecía la capital mundial del tango: ya sabe, por Chiquinquirá, porque el transeúnte tiene que hacer expertos pasos de tango para atravesar sus calles plagadas de popó. Lo que, por el contrario, me producía rabia era pensar que de momento me tendría que ahorrar mi verdad pues no olvide que verdad no tiene que ver con... ¿Sabe cuál era la verdad? Un día, después de más de seis meses de ver caer mierda frente a mi casa, sencillamente recogí una *muestra gratis* de la de la vecina, se podría decir, aunque fuera la de sus perros, la envolví en papel periódico, la introduje con cuidado en una bolsa plástica y la deposité a un lado de la puerta de su casa, como lo puede atestiguar el muchacho que al rato salió a verificar su contenido

y comprobó que no era mierda: que era pura verdad. Pero no la cantidad que Ingenua trató de endilgarme frente al patrullero. Luego, con la complicidad de éste, pasó a señalar mi mal carácter frente a mi esposa, a lo que de inmediato repliqué que se dejara de deposiciones... eso, de suposiciones y de marrullas. Frente a lo cual surgió, con la rapidez de un rayo, el sesgo del patrullero a favor de la vecina y de sus dos hijos, una mujer, maquilladora, y un hombre, músico callejero, lo cual no es motivo de vergüenza: “Bueno, no vamos a convertir esto en una plaza de mercado”, refiriéndose a la Oficina de Atención al Ciudadano. Y yo, mientras, pensaba, lo que después diría: “¿Qué tiene que ver, patrullero [casi digo *marrullero*], mi buen o mal genio con los actos de la vecina? ¿Soy yo el acusado o el que acusa? ¿No vinimos a causa de su comportamiento frente a nosotros y de las amenazas que ahora niega? ¿Por qué no se limita a responder por los cargos que se le hacen y deja de hacer los que no le atañen, descargos que no vienen a colación?” Y cuando mi esposa intervino para confirmar las amenazas que le había hecho en relación conmigo, como un resorte el músico callejero saltó para a su vez amenazarla: “Cuidado con lo que dice porque la puedo demandar por calumnia”. Y yo, una vez más, pensaba lo que luego diría: “Con todo respeto, patrullero, como dicen los campesinos con suma ironía... Tenía entendido que este individuo es músico callejero, lo cual, creo, no es motivo de vergüenza. Lo que sí, es que ahora más parece un matón callejero. Además, ¿con qué derecho viene, como su madre (la de él, patrullero), a proferir amenazas delante suyo, en contra de mi esposa?”. Esto, periodista, causó mella en el ánimo del Gato que *ipso facto* me lanzó una mirada amarilla de bilis que me dejó entre rojo y azul. Para acabar de oscurecer la nube que se cernía sobre mi esposa y yo, cuando a continuación salí a defender la verdad de ella frente a las patrañas de la pandilla convocada, de nuevo se activó el reflejo criminal del músico, esta vez para dirigir a mí su tendencia matonesca: “Si creyó que mi mamá está sola se equivoca. Vuelva a meterse con ella y verá...” y enseguida percibí un casi inaudible *pendejo*, entre signos de admiración. Entonces, ahí sí, se activó en mí no voy a decir que el reflejo criminal, pues lo he anulado (aunque en ese caso quise...), pero sí el furor y ya sin el *con*

todo respeto solté: “Patrullero, creo que me metí en la boca del lobo. ¿De qué sirvió lo que dijimos mi esposa y yo durante cinco semanas previas, para que ahora este sujeto venga a decir lo que quiera y además con su venia?” Cómo se dice..., ya, ya, “y ahí fue Troya”. Quién no hubiera percibido la transformación, no tanto en insecto como Samsa, eso sería demasiado para un *chúcaro*, del Gato: no se puso rojo ni azul, como yo, sino pardo, tanto que me hizo recordar el color de la mierda de los *cancorros* de Ingenua. En adelante fue poco lo que pude añadir.

¿A quién pretendieron engañar la vecina Ingenua y su falso testigo en la diligencia del 9 de abril? ¿A Desdé y a mí? Jaja, no. Al patrullero Gato... ¡con su complicidad! Porque así éste se quitaba de encima a quienes tantas verdades le habíamos dicho durante cinco lunes previos: no olvide, periodista, que nada le molesta más a la autoridad que alguien le enrostre sus errores. Igual que a un presidente le digan que en su país hay un problema social: ¡por eso mataron a Gaitán! Porque el *Negro* le gritó a todos esos blanquitos mestizos, con ínfulas de mexicanos cuando no de gringos o de ingleses, que en Colombia había un problema social. Para los políticos lo más conveniente es hacerle creer a la gente que su país es una pátina. No la mierda que tenemos... le decía yo a mi mona Desdé refiriéndome a la que durante seis meses nos había dejado Inocencia Buengusto, ¿no es lo mismo que Ingenua Re...? Fíjese, cómo las cosas se parecen a las cosas: no hay mucha diferencia entre lo micro y macro de un país, ni entre su gente, sean civiles o autoridades.

Por eso, periodista, lo que en últimas quería decirle al Gato era de dónde Ingenua había sacado su finura, así que añadí: “Me explico, brevemente, como pide: otra vez me invitó a su casa y ¿sabe qué me ofreció? *Black Jack*, con galletas ¡de dulce! No hay derecho: porque así se tiraba las galletas, no piense que el whisky. Y ahora sale con que ella es la víctima y que ‘qué mal gusto hacerme venir a una diligencia de estas, a mí, que en 20 años nadie se metió conmigo’. ¿Con todo respeto, entendió? No, pues, patrullero, solo le faltó decir a esta vieja

cacorra, que los perros eran *nuestros* y que fuimos *nosotros* los que los dejamos cagar frente a *nuestra* casa. Y dígame dónde firmo esta f... eso, la constancia de esta diligencia. Mi esposa y yo no tenemos afán. En cambio, he notado todo el tiempo que la vecina y sus hijos tienen que irse a exhumar el cadáver de su abuela: la de ella... Y gracias por su colaboración. Recuerde, no siempre gana el que en apariencia vence. A veces hay que saber ganar, aunque en apariencia se pierda. Ahora, por fin, entiendo a *Maturranga*: perder es ganar un poco..."

Y pensé, periodista, no dije nada, pensé en globitos, como en los cómics: "¡Hijo de puta!, sí esta vez usted, patrullero, usted". Por eso decidí enviarle una carta a quien estaba por encima del patrullero Gato, el mayor Buey, esposo de la mayor Vaca (de paso noté que la policía estaba llena de animales y eso que no hablo del ESMAD): "No es mi intención, Comandante, que por esta carta se tomen represalias contra ninguna persona, mucho menos contra mi esposa y yo que actuamos dentro de la ley contra personas que se mueven por fuera de ella... Gracias por atender a mi petición para que Subaychoque deje de hacerle honor a su nombre y para que la violencia que ahí se da tienda, si no a desaparecer, al menos a disminuir. Conozco la furia vengadora de quien ojalá no resulte matón... veredal, para que no se ponga bravo por el término que él mismo empleó para referirse a un camino, no a una calle, y que también creyó, ingenuo, como su madre, la de él, que el error era mío y por eso se tomó la atribución extra de sugerir que por qué no nos íbamos del lugar". ¿Qué tal, ah?

Como ve, nunca me vengué de la vecina por lo de la diligencia. No es mi estilo. Mucho menos iba a adoptar el de ella: el matonesco, el del síndrome del capataz, que se instaló en Colombia hace... (en tono de *joesón*): "En el año 2002/ y luego 2010 y 2018 / cuando el tirano llegó/ las calles y los caminos/ de mi pueblo Subaychoque/ de malandros se llenó.../" Así que mi única venganza y mi único perdón consistió en el olvido: porque olvidar también es tener memoria. Con el tiempo ese olvido, por la catarsis, se volvió un cuento que ya estará frente al lector, para que sea el que ahora se ría. Incluso de nosotros. Nos lo

merecemos, también, por... Como mi vecina, que creyó haberse burlado de nosotros. Pobrecita, olvidaba que ignorancia muere frente a conocimiento, rumor frente a escritura, rencor frente a nobleza. Aunque a su vez justicia mate verdad. Y mentira sea sinónimo de justicia, como es de política. Y patrullero muele razón, aunque mayor esté encima de él, y mayor debajo de fiscal.

En vista de que el mayor Buey, consorte de la mayor Vaca, nunca me llamó, recurrí a la Fiscalía. Allí, atendiendo al llamado inconsciente del patrullero Gato, le expuse mi situación al fiscal Byron Gavilán frente a la omisión de la autoridad en materia de verdad, justicia y reparación. Y con esa mezcla de poeta y también de bicho que denotaba su nombre, me respondió: "Señor, escriba un cuento". Y esto ya no es sinónimo de olvido sino de recuerdo, como este de m... Y memoria, de escritura. Con lo cual los rumores de mi vecina se han disipado: a veces pisar mierda trae buena suerte, ¿no, periodista? Así me haya quedado con la sensación de que perdí. Ahora, aunque pudiera no considerarme ganador, siento que ese 9 de abril sí obtuve una victoria: confirmé la percepción que desde hacía meses tenía de mi vecina, a la que ya le había dicho: "El problema, señora, es que ya no confío en su palabra..." Creo, desde ahí se sintió *finada*, sin el *Re...* Así, al adagio *la zorra es la diosa de los escritores*, se puede agregar que a menudo puede hallarse entre los personajes de uno de ellos; y no necesariamente porque sea una diosa. Cuando tras tanto disparate me aprestaba a concluir, y dije que no hay un lugar en el mundo dónde descansar en paz, brincó el Gato: "Sí hay uno, el sepulcro": ¿otra amenaza de este hijo de... o metafísica pura?, pensé entre globos, como soñando. Y ante el aserto irrefutable de la ley, pagamos el importe de la negligencia, perdón, de la diligencia... y nos fuimos.

Al terminar Indialecio su relato, el periodista, a nombre de aquél y sabiendo que lo admiraba, se puso en contacto con el escritor gringo más opcionado al Nobel y que nunca recibió por anti/sionista. Al poco

tiempo llegó la respuesta del autor de *Nuestra pandilla*: “Apreciado César Mauricio Velásquez: Me sorprendió su relato, al que ubico en el mundo de Swift, lo mismo que en el de la falsa autobiografía o biografía aumentada. Con él se demuestra que la literatura no es un concurso de belleza moral; que su poder procede de la autoridad y la audacia con que se ejecuta la representación; que la verosimilitud que inspira es lo que cuenta. Detrás de todo, veo que del ánimo de venganza se pasa a la sublimación por la catarsis. Al final se nota que lo que comienza como el deseo de asesinar a una viejita a golpes y se convierte (por temor a los efectos) en el intento de matarla con invectivas e insultos, se sublima a conciencia o se socializa en el arte de la sátira. Es la floración imaginativa del impulso primitivo de decapitar a alguien. Con sincera admiración, Philip Roth”.

UNA VÍCTIMA DEL ODIO

No es que Martín Pigrand fuera un cerdo. Más bien, a casi todos les parecía simpático... y hasta interesante. A casi todos, menos a uno: a mí. Habíamos asistido juntos a la primaria y desde entonces comencé a detestarlo. La cosa no fue gratuita sino obra de una animosidad bien ganada: era el primero en la clase y yo el segundo. Si la simple idea de que alguien estuviera un minuto sobre mi desempeño como estudiante (asunto al cual dedicaba mis mayores y mejores energías) podía ser suficiente para envenenarme la existencia, nadie puede imaginar lo que fueron aquellos siete años. En los que Pigrand —su apellido provenía del condado inglés de North Yorkshire, lo que no debe sorprender— me superó sin misericordia en todas y cada una de las materias. Suficientes para inflamar la inquina de cualquiera.

Pero lo más insoportable no estaba en el tiempo y ni siquiera en el hecho frío y hasta neutro de la supremacía. Lo peor era observar que él, aparentemente, no realizaba ningún esfuerzo especial para hallarse en posición de preeminencia y en cambio yo... no escatimaba trabajo ni horas de estudio para llegar a superarlo algún día. Todos mis desvelos produjeron míseros resultados y a la postre, puede creerse, fueron inútiles.

Para cualquiera que sepa leer las miradas —y en el lugar donde actualmente estoy, ¡vaya si se aprende! — sería fácil descubrir, en las fotos de aquellos años, la diferencia abismal entre Pigrand y yo. Él aparecía siempre con una rutilante sonrisa, un bronceado perfecto, pletórico de vida, con su mirada altiva y despreocupado. El niño que hasta ahí fui yo —como Doinel hasta cuando tras fatigante carrera se detiene frente al mar en un plano congelado que el cine no puede olvidar—, por el contrario, pálido, ojeroso, serio, muerto sin enterrar, cabizbajo y angustiado. Y como si esto fuera poco, apoyando la mirada, cada vez que fuera posible, en el objeto de mi más profunda tirria.

En apariencia éramos amigos o, al menos, buenos camaradas. Así lo creían todos sin excepción, incluso Pigrand. Es decir, nunca le

demostré mis verdaderos sentimientos y aunque él alguna vez pudiera notar un vago asomo de celos en mí, de ningún modo pudo imaginar hasta qué punto lo odié: para dar una idea aproximada, cualquiera diría que, de estar en el mundo del cine, Chabrol se hubiera inspirado en mí o, peor aún, en mis celos, para realizar *El infierno...* Detrás de cada felicitación por sus logros, por delante de los míos sin variar un ápice, para mis adentros pensaba: “¡Ya me las pagarás, cochino!”

Lo perdí de vista durante el bachillerato. Por nada del mundo quise que mi mamá me inscribiera en el mismo colegio en el que lo había hecho mi rival. Todavía creo que fue la mejor decisión. En mi vida esto representó una especie de tregua y me alegraba la idea de que nunca más tuviera que congratular a Martín Pigrand y así, de paso, evitar ver su inevitable sonrisa burlona otra vez. La misma que hacía que mis tripas se revolcaran en un áspero acceso de vómito que en ninguna otra ocasión ocurría: ni siquiera en la más abismal de las proverbiales borracheras de mi amigo Prize Firstman... en caso que de él se tratara.

Distanciado de la agobiadora presencia de Pigrand, pude mostrar mejor mi talento. Destaqué tanto en los estudios, figurando siempre como el mejor estudiante, que los directivos decidieron enviarme como representante del colegio, el celeberrimo *Servants Lyceum*, a un concurso nacional en el que se competiría con los mejores alumnos de otras instituciones. Esta competición abarcaba todas las materias del programa secundario. Va sin decir, me halagó mucho esta distinción que, curiosamente, nunca más se concedería...

El entrenamiento para el certamen bordeó los límites del sadomasoquismo pasoliniano, sin alcanzar, eso sí, el círculo de la sangre ni el de la mierda. Ni más faltaba. Pasé tres meses casi sin hacer otra cosa que estudiar. Sin paja. Aún muy entrada la noche permanecía en el escritorio ejercitando y repasando todos los tópicos que serían tema de evaluación. Nunca había estudiado tanto. Ni siquiera fui de vacaciones aquel año. Tampoco salí, ni una sola vez, con amigas o amigos. Ni un solo día abandoné los libros para dedicarme a cualquier esparcimiento, como mis papás me instaban a

hacerlo preocupados por las secuelas que, sobre mi salud, traería semejante enclaustramiento.

Por fin llegaron las pruebas. Casi todos los temas de la evaluación escrita fueron a mi conveniencia y recuerdo que salí con una satisfacción enorme pues ninguno de ellos representó una posible duda. Solo me quedaba un probable resquemor con una pregunta de educación física en la que se indagaba sobre el número de cambios permitidos no en el fútbol sino en el balonmano: “Vaya preguntica...” me dije y simultáneamente ya le apuntaba con una Magnum 3.57 en su cabeza al profesor que la había elaborado. Mi evaluación oral, en cambio, no tuvo el más mínimo reproche. Los jurados mismos me felicitaron y me dijeron que las respuestas habían sido “magistrales”. Esperé confiado el resultado final.

En un principio, cuando escuché por radio la adjudicación de premios, no lo podía creer: me habían otorgado el segundo premio nacional. No cabía en mi dicha y por un instante anduve por senderos de gloria. Recuerdo que mi mamá me miró con la misma calidez y el mismo despojamiento con que se miran Alvin y Lyle Straight al final de *Una historia sencilla* para luego sentarse y convertirse en una metáfora de lo que un escritor llamó estrellas/hombres y me abrazó, lo mismo que mi papá, siendo él tan poco propenso, aunque no renuente, a los efluvios de la emoción. Pero a los eternos momentos del goce sucedieron los instantes estrepitosos de la desgracia: el primer puesto lo había obtenido Pigrand. Sentí que algo en mi alma se quebraba, como si en segundos se agolparan en mi cabeza todos los detalles del crimen de Fátima en *Plenilunio* o la larga desventura que precedió a la desaparición de mi padre o la inefable tragedia automovilística en que pereció, al lado de otros tres jóvenes, mi sobrino Juan Pablo, de 17 años. Y entonces surgía también en el acto Baudelaire: *...y así el Odio está condenado a la suerte lamentable/ de no poder dormirse jamás bajo la mesa.*

Mucho menos cuando sabía que al otro lado de la mesa se encontraba mi enemigo. Así, mi pasajera alegría se transformó en una rabia sin

límites de espacio, de tiempo, de intensidad. Se engendraba en mí un resentimiento cuya sordera y amargura a nada se podía igualar. Tuve que fingir incluso frente a mis padres, quienes conociendo a Pigrand naturalmente se alegraron también por él. Me encontraba sin remedio, sin más remedio que encubrir mis ánimos atribulados por aquello que sentí como una nueva derrota. Que, además, lo era.

Al día siguiente fui a retirar mi premio, un premio que ahora se me antojaba no de plata sino de lata. En la entrada al edificio estaba apostado Pigrand. Nos hizo señas, cual payaso, cuando aún estábamos a más de cien metros. Seguramente me esperaba. Lo que más me irritó fue verlo bronceado, ameno, sonriente, mientras yo parecía una piltrafa humana recién salida de Auschwitz. Saludó con cortesía a mis papás y conmigo expuso esa sonrisa provocadora de siempre, simulando camaradería y confianza, como tratando de convencerme (¿lográndolo?) de que en asuntos de hipocresía no estaba solo ni quizás era el ganador. Tuve que felicitarlo, también ahí, por haberme vencido: “Ya me las pagarás, cochino”, repetí con el hígado.

El encono hacia Pigrand creció en una especie de montaje paralelo a mi adolescencia. El dato nuevo, el cambio que había descubierto, el paso de la línea de sombra que había hecho a partir del desagradable episodio de la entrega de premios, fue comprobar que ya no me era necesaria su presencia para alimentar mi aversión por él. Dejar de verlo, como ocurrió durante mi carrera universitaria, no fue razón suficiente para dejar de odiarlo. Tenerlo cerca de mí hubiese sido insoportable, pero, para mayor gravedad, su misma ausencia me estimulaba recelos. Solo el despertar a sentimientos mayores, como el amor, podía llegar a distraerme de aquel rencor tesonero.

Ese amor llegó y lo sentí con el empuje arrollador de una fuerza liberadora, no como si apenas lo estuviera conociendo sino como si me acabara de divorciar y al frente apareciera la mujer que volvería a prender de nuevo, y esta vez sí para siempre, el botón de continuidad del amor, tomándolo a este sin complicaciones, más bien con humildad y sabiduría, como la unión de dos soledades que se respetan.

Creí comprender, entonces, que debía olvidar para siempre la existencia de quien empañaba mis mejores momentos y había opacado con su penumbra el lustre de mi juventud. Opté por un renacer al empezar mi noviazgo y actué tal como si Pigrand no estuviese sobre el planeta, pensamiento que me ayudó a ser más bueno —es la palabra— y más tolerante con quien se acercara a mi entorno.

Mi noviazgo con Noemí había comenzado casi sin saberlo. Por costumbre, desde el sexto semestre en la universidad, empezamos a salir juntos los días martes y jueves al terminar las respectivas jornadas. Poco a poco nos fuimos enamorando y no sé muy bien de quien de los dos surgió la idea, pero le pusimos fecha a nuestro matrimonio. Sería para dos meses después de terminar nuestra carrera de Farmacia. Hicimos nuestro compromiso y ambas familias lo vieron con buenos ojos, incluido su severo padre, juez de distrito.

Siempre fuimos, Noemí y yo, muy francos entre sí y jamás —pese a mis celos que traían consigo el apodo camuflado de Orson, pero no por Welles sino por su personaje de *Otelo*—pude comprobar en ella la menor falta a nuestra lealtad de pareja. Aspecto que, de otro lado, me dejaba indiferente porque yo también creía (ya no tanto) que fidelidad y felicidad tan solo se parecen en su escritura. Poco a poco fuimos alistando lo necesario para amoblar y dar colorido al futuro hogar. Las dos familias colaboraban activamente obsequiando cada mes algo útil y bonito para “la casa de los novios”, como los miembros de ellas decían.

Tras una ansiosa espera, llegó el día de recibir los diplomas de egresados. La universidad había organizado para la ocasión, como casi siempre pasa, una fatua ceremonia. Después de los conceptos básicos del rector, que todo el mundo escuchó con estoica cortesía, los decanos de las diversas facultades procederían a entregar los diplomas en orden al mérito de cada estudiante. Para más tarde, en la noche, el fondo de egresados había organizado una fiesta en la que nos reuniríamos todos, junto con los familiares más cercanos.

Mi promedio de notas, en todas las materias, era de 9.6 sobre diez. O sea que el primer puesto, por lo menos en Farmacia, lo tenía asegurado. Noemí tenía un promedio de 9.1 y me seguía en mérito. Por facultades se fueron entregando los diplomas con algunas palabras del decano correspondiente. Desde luego, aunque a nadie, ni siquiera a Noemí, se lo mencioné, estaba receloso de que Martín Pigrand fuese a aparecer por allí. Todo el pasado reapareció furtivo cuando mi imaginación, en una de sus malévolas jugarretas, me hizo creer que aquél estaba allí para superarme otra vez. Fui descubierto por el ojo de la conciencia escrutando los rostros de los compañeros de grado. Me hacía a la idea de encontrar entre ellos a la figura harto conocida. No fue así. Se me anunció como el mejor resultado, recibí el diploma y fui felicitado por la mayoría de los presentes.

Todavía desconozco por qué aquella vez no pude saborear cabalmente mi triunfo. Por el contrario, sentí un vacío muy íntimo e imposible de explicar. Era como la quintaesencia de la decepción. Como si todo hubiese perdido de repente y por completo el sentido. Noemí me preguntó en algún momento qué diablos me pasaba. Decía, y con razón, que teníamos por qué estar felices; sin embargo, me hallaba deprimido, taciturno y como atrapado en un sueño sin salida. En el fondo, hasta lamentaba que Pigrand no estuviese entre los asistentes. De todas maneras, mi inconsciente lo seguiría buscando.

Para la fiesta se había contratado a la orquesta de rock *heavy* *Los Transeúntes Suicidas*, que hacía furor en el medio musical del país, en ese momento dominado por otro grupo de nombre ridículo, *Los Apelotercidos*, al que una revista en afán de cambio *light* había lanzado al estrellato y cuya foto de portada naturalmente mostraba a la voz líder, la *Florecita Rockera*: una mujer extrovertida, de un garbo sin igual, súper chic para vestir y, sobre todo, de una facilidad de expresión que, para infortunio suyo, conocía muchos antecedentes no solo en la farándula sino, lo que ese igual, en el periodismo nacional.

Desde los acordes iniciales, Noemí quedó como hipnotizada por el cantante principal y guitarra líder del conjunto. En un comienzo no le presté atención, pero luego tuve que reconocer que sonaba como bien: “¿¡Bien?!”, expresó Noemí, “¡es excelente!” No la contradije, en principio porque mis conocimientos de música —sobre todo de rock *heavy*— eran (y siguen siendo) prácticamente nulos; pero, había algo que me molestaba y era sin duda verla automáticamente flechada por aquel integrante de la orquesta con pelo al estilo *Punk*, mitad naranja y mitad verde, tatuajes en los brazos, gafas oscuras, cejas depiladas y un escarabajo egipcio incrustado de manera casi surreal en el pecho. Al cabo de unos instantes no me cupo ni la menor duda, era él: Martín Pigrand. Cuando saludó a los asistentes, ya sin sus *ray-ban*, para anunciar un descanso, pude constatarlo.

En el intermedio se acercó adonde nos hallábamos nosotros. A su paso debió firmar al menos treinta autógrafos que las *fans* del grupo, presas de una histeria antigua y copiada, le pedían sin importar de qué forma. Mamá y papá, a pesar del disfraz del personaje, lo saludaron calurosamente. Noemí lo miraba como quien se encuentra a boca de jarro con un marciano. Me saludó con su socarrona manera habitual y, de mi parte, sentí un difuso desconcierto que anclaba su sentido en la sorpresa. De repente, tuve la sensación de que alguien muy concreto venía y pateaba el tablero de ajedrez cuando estaba a punto de ganar la partida de mi vida...

Anunció que su grupo iba a iniciar una gira de un año por Europa, Asia y África. Me preguntó qué iba a hacer yo. Le dije que pondría una droguería en *La Macarena* y que pensaba casarme. Me miró, recuerdo ahora con la instantaneidad del dolor, no sin compasión, me deseó buena suerte y agregó: “Cuando necesite aspirinas u otra cosa, voy a tu droguería, ¿okay?”. Por su modo de decir “otra cosa” lo interpreté, quizás en forma antojadiza, como preservativos y, claro, me molesté. Me pareció grosero y fuera de lugar, pero ni Noemí ni mis papás parecieron darse cuenta en absoluto. Desistí comenzar una

discusión sobre algo que no valía la pena y que no pasaba de ser una impresión.

Al terminar la fiesta, Pigrand se acercó a nosotros, mejor dicho, a Noemí y no a mí para invitarla —si yo quería ir no habría problema, jeje— a otro concierto que *Los Transeúntes Suicidas* ofrecían al día siguiente. Noemí tomó ávida nota del lugar de presentación, del teléfono y dirección de Martín... hasta de los títulos de los discos que habían grabado e irían a grabar en un futuro cercano, remoto y pluscuamperfecto, si un futuro así existiera. Creí que era el momento de preguntarle por sus estudios: me dijo que se había graduado de médico el año anterior. Noemí interrumpió para hacer énfasis en la estupidez de mi pregunta. Siguieron hablando animadamente de rock *heavy* y, esta vez sin tapujos, dejándome fuera de la charla.

A partir de aquella noche Noemí fue otra conmigo. Faltaban apenas 30 días para nuestro casamiento y parecía desentenderse de cualquier preparativo (por Pigrand casi escribo preservativo). No se perdía ni una sola función de *Los Transeúntes*... ¡qué digo!, ni los ensayos del *team*. En mucho tiempo no recordaba haberla visto tan animada y entusiasta con algo. De mi parte, la acompañé una sola vez, pero noté que en aquel ámbito el odio que me inspiraba Pigrand había alcanzado un nivel ya muy difícil de controlar. Los sentimientos de infancia y adolescencia, que creía superados, resurgieron con suprema virulencia. No lo estaban, como no se supera la ausencia de alguien querido alardeando de su carácter prescindible porque ya no está con uno. Tales sentimientos, se habían depurado con lentitud, como el licor de un alambique que trabaja secretamente en pos de una mayor pureza.

Por lo demás, a Noemí le causaba un disgusto tan evidente cualquier referencia a nuestro casorio que opté por comunicarle solo las inquietudes que mis padres y los suyos tenían al respecto: en esos casos, meditaba unos instantes alguna excusa y ¡eureka!, cuando encontraba alguna falsedad convincente, me la explicaba para que yo la transmitiera a los interesados. Mi situación era humillante hasta el

punto de hacerme cómplice en este asunto. ¿Amanuense involuntario? ¿Croupier vergonzante? ¿Especie de Bartleby sin rebeldía? En el fondo, ¿qué era yo en ese panorama? Los propios hechos, como siempre, me lo iban a explicar. El día que me dispuse a hablar muy claramente con ella y presentarle un ultimátum ya que faltaba apenas una semana para nuestro día de boda, encuentro esta carta en el buzón de mi casa:

Querido Abel:

Lamento tener que emplear esta vía para decirte algo tan delicado.

Creo que nuestro pacto de matrimonio va a sufrir una demora. De verdad no es que no te quiera. Simplemente estoy pensando en mí, me doy cuenta de que aún soy muy joven y creo que tengo demasiado por vivir antes de comenzar a criar várices detrás del mostrador de una droguería (la frase es de un común, pero no corriente amigo nuestro).

¡Perdóname, por favor! Y, sobre todo, entiéndeme: no es que ya no quiera casarme, simplemente deseo que posterguemos la ceremonia para dentro de un año. Se me ofrece la posibilidad de hacer un viaje fantástico por los confines del mundo. Además de toda Europa, podría ir a países como China y Japón (¿te imaginas?) e incluso a tierras africanas como Gambia, Senegal y Costa de Marfil. ¡Quisiera tanto que me comprendieras! Siempre te quiero. Simplemente recuerda esta frase de un tema de Los Transeúntes Suicidas: "Matrimonio es largo, vida es corta".

Perdóname. Tuya, Noemí.

Si existió una primera vez para pensar en el asesinato de Martín Pigrand creo fue esta. Con la rapidez de una descarga baterística de Ginger Baker comprendí que Noemí se había ido de gira con *Los Transeúntes...* y más concretamente con Pigrand. Así de simple. Asaz complejo. Decir odio es poco: lo detestaba, lo quería electrocutado con su guitarra, sidoso como Anthony Perkins, leproso y sin la máscara de oro del rey, tan desgraciado y pobre como dicen que murió el papá de

Uribalas y en manos de paracos, no guerrilla, en fin, mil veces muerto como muertos deberían estar los responsables de tantas masacres por vocación, equivocación o simple mala fe. Pero, en ningún caso, la realidad era esa. Tampoco en el mío, desde luego. La realidad concreta era que Pigrand y mi novia viajaban juntos por los confines del mundo.

Me dirigí de inmediato a la casa de los padres de ella.

Como suele suceder en estos casos, la hija los adoctrinó tan bien que no hicieron sino repetirme algunas frases de la carta, la de las raíces, la de la brevedad de la vida y la de la longitud de la pasión. La juventud de la hija parecía ser un hecho que solo ahora se les revelaba. Fui consciente que de nada serviría discutir. A mis padres les anuncié secamente que el compromiso se había quebrado igual que un peroné cuando el infractor era Pimentel...

Mis padres me trataron, aquellas primeras semanas, con conmisericordia. La piedad se reflejaba en sus rostros cada vez que me miraban. Con mis amigos, mejor, con nuestros amigos comunes sucedía algo semejante. La autocensura de ciertas palabras se instaló en el cerebro límbico de mis interlocutores: *Noemí*, por supuesto y en orden de prioridades *boda, viaje*, ciertos países, *concierto, heavy-rock, preservativos* y quién sabe cuántas otras, libradas a la discreción, buena fe y grado de lástima que mi situación despertase en ellos. Un término borré de mi vocabulario: perdón. Soporté todo aquello lo mejor que pude, aunque al instante comprendí que el único modo de librarme de tal oprobio era liquidando a su causante y a su cómplice. Igual que en *la solución*, aun con sus distintos matices, aquí no había otra solución.

Mi rencor se fue puliendo como fina perla en el corazón de una ostra solitaria. Aunque lo disimulase hacia los demás, contaba los días que me faltaban para cobrar mi venganza. Mi única idea era la de acabar de una vez por todas con ese infame que había cercenado mis sueños de seductor. Cual sabio que comprende que no se debe exhibir la desgracia, con nadie me lamenté de mi destino. El tiempo, el hábito y,

sobre todo, la necesidad de recuperar algún sosiego, restablecieron paulatinamente algo que para los demás se parecía a una vida normal, aunque en el fondo se estuviese incubando un asesino.

Al fin había instalado mi droguería. El barrio donde la había logrado ubicar no era de los mejores, aunque en otra época fuera llamado el *Village*: al parecer en las cercanías se reunían traficantes de droga y a juzgar por la cantidad de jeringas que se vendían diariamente en el negocio, se diría que el expendio de heroína estaba realmente muy cerca. Esta situación traía como inconveniente que la policía merodeaba demasiado a menudo por el lugar y no había semana en que no realizara una inspección minuciosa, con orden judicial y todo, en mi local. En realidad, yo no tenía por qué temer y a largo plazo las autoridades terminarían convencidas de que mi droguería era realmente eso. Así y todo, resultaba forzoso cierta ambigua reputación en el entorno, lo que me afectaba en cuestión de afluencia de clientes.

Con la idea de crimen y pensando ya en los detalles de cómo iría a eliminar a Pigrand aproveché una ocasión para comprar un arma. Estaba de atención nocturna en la farmacia, cuando uno de los malandrines del vecindario vino a ofrecer un revólver. No lo dudé un instante, pagué lo justo y él me lo dio envuelto en papel periódico. Era un *Smith & Wesson* calibre 32, cañón recortado, y lucía impecable. Lo guardé en mi casa por temor a tener que dar explicaciones a la policía.

En los diarios se leían, cada tanto, noticias de la gira, poco a poco la fecha de regreso se acercaba y en mí se iba tejiendo la trama de cómo debía proceder para cubrir el homicidio.

Un día se anunció en el periódico la llegada del grupo. Al cabo de una “exitosa gira”, en la que tocaron como teloneros de Sixto Rodríguez, *Los Transeúntes Suicidas* retornaban al país en un vuelo procedente de Ciudad del Cabo. Sin decir nada a nadie, me preparé para ir a recoger a Pigrand y a Noemí al aeropuerto. El secreto de mi éxito se centraba

en poder simular si no simpatía, cuando menos buena disposición y credulidad.

Mi primera impresión al verla de lejos fue fuerte. Se había rapado la cabeza sobre los parietales, dejando al descubierto las sienes; con el resto de cabello sobre la coronilla se había hecho unas muy pequeñas trenzas y, además, varios tatuajes adornaban sus brazos, entre ellos un cupido con un bumerán en sus manos: imagen en la que de inmediato me vi reflejado sin saber muy bien por qué... Estaba vestida de cuero negro, pantalones y chaquetilla sin mangas, con remaches plateados por todas partes y, como sus acompañantes, llevaba gafas *ray-ban* oscuras. Otra novedad: fumaba. Era una muchacha distinta de la que se había ido una vez. En el primer basurero, naturalmente, arrojé las flores que le había comprado: “Mejor que esté bien cambiada”, me dije, “así será más fácil...”

Me apresuré a su encuentro. Aparenté alegría de verlos y los abracé a ambos, aunque algo me rebotó en el estómago cuando tuve que hacerlo con Pigrand. Fui de una gentileza sin antecedentes, me propuse llevarles lo que con evidente ajeteo cargaban: ella dos guitarras *Gibson* en sus estuches y él un maletín de mano. Se despidieron de los otros miembros del grupo y enseguida les ofrecí tomar algo en la cafetería del aeropuerto. Luego iríamos a un restaurante al que los invité a almorzar. Accedieron. En el restaurante pensaba liquidarlos.

Cada tanto acariciaba, entre el bolsillo, el 32 corto y disfrutaba anticipándome a los hechos.

En la cafetería, con calma escuché los relatos de los éxitos musicales en por lo menos trece capitales internacionales. Al parecer todo había sido esplendor y apoteosis, escarchado por miles de anécdotas. Noemí parecía aún más entusiasmada que Pigrand por los *souvenirs* velozmente rememorados. En ciertos puntos de la charla pude advertir que ella lanzaba miradas cómplices a su amigo, como si se

tratara de algo que solo ellos debían conocer. Evité hablar de mí, siendo por completo deferente con los recién llegados. Nadie, desde luego, mencionó el matrimonio, la droguería, los condones, ni nada por el estilo...

Repentinamente, un grupo de policías entró a la cafetería. Pigrand se excusó para ir a comprar cigarrillos, tras palpar con ansiedad sus bolsillos. Noemí no mostraba ganas de quedarse conmigo: “Volvemos enseñuida”, me dijo él, “¿nos cuidas las cosas?” “Vayan tranquilos...”, le respondí.

La cantidad de heroína pura que encontraron dentro de las guitarras y en un doble fondo del maletín, alcanzaba para abastecer a la ciudad por unos tres meses. Y ya se sabe lo que esta había crecido en la última década. También se constató que con el arma que yo llevaba se había matado, un año atrás, a un sargento de la policía, en el barrio *La Macarena*.

Ambos asuntos me redondearon 25 años, aquí, en prisión. Nadie creyó que Pigrand y Noemí hubieran traído la droga. Tenían bien urdidas sus coartadas y el hecho de que el padre de aquella fuese juez reforzó esa incredulidad. El juicio fue agotador por la impotencia de los abogados para justificar mi actuación. El que tratara de inculpar a la feliz pareja, se atribuyó al odio, al rencor, al despecho que, según el fiscal, me dominaba.

Cada rato, por el radio de la cárcel escucho recitales de *Los Transeúntes Suicidas* y, quiéralo o no, tengo que soportarlos. Como el estribillo de una melodía que hace poco grabaron: *Mira qué bueno es disfrutar del sol/ mientras tú masticas tu dosis de rencor...*

¿Cómo hacer para no pensar que no sea una alusión dirigida a mí?!
¿Cómo desandar lo andado? ¿Cómo mierdas dejar de ser una víctima del odio?

EL URBERMITAÑO

A los desplazados que en el mundo son...

—Aló, papá, ¿cómo estás?, ¿cómo sigues? Espero que bien...—Sí, bien, hijo, acá... jodido pero contento.

—Te tengo una buena noticia. Salió en la prensa el anuncio de un concurso de cuento... para que salgas de la olla, papá. Eso sí, hay una condición: la historia tiene que ubicarse en Bogotá... Lo de los premios es una sorpresa: mejor que la sepas cuando te lo ganes, antes para qué. Recuerda al abuelo: no hay que ensillar antes de traer las bestias.

—De acuerdo, hijo, lo mismo digo. Ahora, no importa que el cuento deba suceder en Bogotá. Espero, eso sí, no tenga nada que ver el hecho de que el autor viva fuera de ella. Además, acabo de descubrir una nueva variedad de individuo, lista para las más variadas disciplinas.

Te voy a contar, hijo, la historia de un desplazado. Pero, no la de uno de esos desplazados frente a los cuales no cabría más que guardar silencio, por el respeto que merecen. Por el dolor inefable que arrastran. Por la innumerable tragedia que los consume, que no hay cómo explicarla, que no se explican ni ellos mismos... ¡que alguien debería explicar!

Todo empezó cuando estuve un mes y 22 días por fuera del apartamento de Chapinero Alto, ¿te acuerdas? No, mijo, no te pregunto por el apartamento, sino por el tiempo que estuve fuera de él...

—Papá, claro que me acuerdo, cómo no me voy a acordar si fue cuando dejaste de vernos todo ese tiempo... te esfumaste como Barrabás... (el de Lagerkvist, no otro...)

—Había razones poderosas, hijo. Francamente, me sentía con un aspecto y con un talante no digno de ustedes: como una res marcada al fuego, pero que, además, no pertenecía a nada ni a nadie. Es mejor

evitar detalles patéticos, pero había otra, irrefutable: la de sentirme el ser más desamparado del planeta. Como si fuera un desplazado. El desplazado es habitante de un lugar que, por voluntad ajena, deja de pertenecerle, lo que le genera profundos daños psíquicos y físicos, destruye su mundo doméstico, rompe su cotidianidad, lo hunde en la desazón suprema... Un cero a la izquierda de la economía globalizada que en lugar de él necesita tierra arrasada para los megaproyectos de las transnacionales. Y eso, es lo más grave en estos tiempos en los que el hombre ha vuelto a la caverna e ingresado a una sociedad en la que la nueva catedral es el centro comercial, símbolo de la única razón sagrada que parece asistir a los hombres: el dios dinero...

— Claro, hijo, que me esfumé cual Barrabás y como él anduve, casi dos meses, sin una pieza de ropa para cambiarme, sin saber qué iría a comer cada día, adónde caería en la noche... sin ni siquiera una vieja gorda y fea que me recibiera. Todo por obra y gracia de la persona con la que compartía el apartamento, uno de esos defensores de derechos humanos de una de las tantas ONG, Organismos Neo Gubernamentales, que han invadido al mundo y al país en particular y de paso se han convertido para los gobiernos en muletas de su ineptitud: lo que no quiere decir que no haya ONG serias y responsables. Defensores que, además, se escudan en su figura para aparentar filantropía cuando, a la hora del té, sus esfuerzos resultan inútiles para ocultar su pobre condición humana (y no hablo de los defensores en general ni de todas las ONG ni, mucho menos, de lo que opina el *Mesías* sobre ellas). Condición que desde luego tiene cualquier reaccionario: como ciertos columnistas que llegan a uno y a otro diario.

Bien, entonces sucede que un día, cansado de buscar trabajo, después de varios años de desempleo que hasta hoy se prolongan, regreso al apartamento de aquel mal samaritano y, por lo que le debía del arriendo de tres meses, resulta que había cambiado las guardas, con tan buena suerte que no se enteraron del asunto sino los residentes del conjunto... Nadie de afuera sabía todavía nada. Ni tu hermana, ni tu mamá, menos mal: digo, por tu mamá, para que no tuviera más motivos de alegrarse con mi suerte.

—Perdóname, papá, pero creo que no eres justo... te pareces, ahora, a cualquier crítico: rencoroso y *refoulé*, como diría el querido Pavese.

—Tienes razón, hijo... por eso, pronto dejaré la crítica de cine y me dedicaré a asuntos más serios para que nadie pueda despotricar de tu nunca bien ponderado padre. Además, recuerda lo mal que pagan en *Estroboscopia*: \$200.000 por artículo, como pasó con el último que les mandé y no publicaron después de haberlo saqueado... para que no se notara la huella sobre el que a la postre salió.

Bueno, volviendo al cuento que nos atañe, pues llego, meto la llave y nada. No te miento, sentí que los huevos, sí, los míos, se caían al piso y yo, sin darme cuenta, los pisaba y qué dolor tan hijueputa. Me acuerdo que llevaba una camisa de yin (bueno, hay que escribir *jean*, porque, si no, mira que el pc... no, mierda, ahora rechaza a las dos), un, digamos, pantalón vaquero, y el abrigo negro (entonces azul) que te acabo de pasar, después de mandarlo teñir, para no tener recuerdos desagradables: olvidar las cosas malas también es tener memoria...

Cuando me decido a bajar las escaleras del edificio, siento que voy en un *dolly*, como cuando Malcolm X va por la calle camino a la muerte en el *Audubon Theatre*. Me sentía en el aire y sin una casita, más pálido que teta de siberiana: no, de perra, no, hijo... no estamos en *Colmillo blanco* sino en *El inquilino*, película que ojalá no hayas visto aún pues creo que no desearías vivir solo en un apartamento y menos en las condiciones que cito: ni por el putas, como dicen las monjitas. Salgo del edificio y, de sopapo, recuerdo que no tengo adónde ir... bueno, en realidad no recuerdo nada pues me invaden miles de imágenes de los videos que una y otra vez he visto sobre los desplazados forzados en San José de Apartadó, Catatumbo, Bajo y Medio Atrato, Urabá, Cauca y Putumayo, para mencionarte unos pocos sitios que han hecho de Colombia, hoy, el país con el mayor número de desplazados en el mundo, 7.2 millones. ¿Que qué pasó con mi arrendador? Un mes y 22 días después de lo que te cuento, yendo por la calle encontré a dos

policías en moto, lo denuncié, lo sacaron de su oficina y lo obligaron a entregarme mis cosas... él, por su parte, se cobró por derecha lo que le debía.

La cosa continuó en la casa de ese barrio distinguido del que no cito su nombre exacto para no herir susceptibilidades topográficas, en el cual nadie pensaría que pudiera haber un desplazado. Atípico, por demás. No necesariamente forzado, pero... desplazado al fin. Pues resulta, hijo, que vivía allí muy tranquilo hasta cuando... de repente, un día, llegó a mi casa un *pollitólogo* de la Javeriana (lo que no habla mal de ella; ella es la que hoy debe hablar mal de él) y se instaló, después de llegar a un acuerdo chimbo con mi suegra, que ha estado siempre solo del lado del dinero. Desde que éste pendejo llegó ya no hubo tranquilidad en la casa. Al menos para mí, persona muy susceptible a los primates, individuos que pasan por humanos, pero a los que en realidad solo les funciona el cerebro primario: de ahí, primates... Antes de ir con lo crucial de este tipejo, te cuento, hijo, para empezar, que se duchaba más de media hora. En tal sentido, no sirvieron advertencias amistosas e inamistosas, artículos en los que se hablaba de la escasez del agua, quejas con la suegra, dueña de casa... Se metía en su cuarto dizque a estudiar y al rato escuchaba uno su computador (o, como decía tu hermana, su “emputador”) a toda mecha y el único ruido que emitía era el de un *play station*. De repente salía y se iba a la tienda (o a la mierda, mi eterna esperanza) y dejaba el radio prendido a todo taco, con uno de esos programas deportivos en los que los locutores alardean de inteligencia para el análisis, destreza para destrozarse al contradictor, memoria para retener lo deleznable.

Pero, lo peor no era todo lo dicho. Lo peor era que cualquier cosa que hiciera este hijueputica fabricante de ruido, la toleraba mi querida suegra, a quien lo único que le preocupaba era que la plática siguiera entrando a sus arcas pues a ninguno de sus hijos rendía cuentas sobre recaudos. Pero había más cosas que eran lo peor, un largo listado de *lo peores* (si me permites el giro): como la casa era tan grande, en la

misma parte de abajo se habían instalado otras dos *llaves* del sosía, a su vez compañeros de universidad. Los tres tenían algo más en común: el primero, el hacedor de ruido, era hijo de un policía; el segundo, tenía una novia en la fiscalía; el tercero, era hincha de los paracos. De manera que para alguien como yo no había escapatoria. Por todas partes me sentía vigilado, me volví paranoico y rebelde con causa, cualquier detalle relacionado con estos tres antepasados del gorila me ponía energúmeno.

Las cosas empezaron a degenerarse, debo decirlo, entre otras razones, a causa de mi biblioteca. Me explico: como mis más de dos mil libros estaban ubicados exactamente encima de la puerta que daba acceso al cuarto del hijo del mariachi, con el tiempo la puerta cerraba con dificultad, el techo se fue agrietando, pero, eso sí, para mi desdicha la cosa no pasó a mayores: inunca se cayó...! No soy criminal, pero como dice Sábato, “uno debería tener derecho a matar a seis o siete tipos que conozco” y en mi caso no se trataba sino de tres. Situación que, de no estar desempleado, sino con entradas fijas, habría resuelto quizás como ellos hicieron conmigo. Pero, “nada resulta como se ha planeado”, dice un tema de *Ten Years After*. Así, para mi otra desdicha, el lío para cerrar la puerta se volvió un arma en contra mía.

Un día, a las 6 a. m., estaba durmiendo junto a mi actual compañera (aunque tú sabes, ella prefiere *esposa*, como dicen las parejas), cuando de manera intempestiva se oyó el sonido de la bestia... no, no pienses en el Apocalipsis, era algo puramente terrenal. Resulta que el ruidofactor había llegado en compañía de alguien que, por el escándalo producido al tratar de abrir la puerta, permitía adivinar que se trataba, como en efecto era, de su progenitor (si cabe tal término para semejante cabrón...). Salté de la cama, gritando: “Llegaron los *delikatessen*”, palabra que para el caso no requiere traducción. Más me demoré en hacerlo que el *héroe de la patria* en replicar según su condición: “¡Qué le pasa, viejo hijueputa!, a lo que de inmediato acoté, asomándome: “Disculpe, pero aquí hay dos malentendidos, usted es el viejo e hijueputa y yo el...”. Pero, para mi sorpresa, el vergajo sacó el

revólver y disparó en el acto, tal vez sumido en la rabia momentánea y en la ceguera existencial de siempre, sin darse cuenta para dónde, pegándole en mitad de la frente a mi suegra, que en ese momento intentaba cerrar la ventana, como quien no quiere meterse en lo que no le importa.

El asunto no paró ahí. Aunque el agresor trató de volarse, como buen policía, sin responder por nada, tuvo que finalmente desistir: para salir de la casa, había que vencer previamente la desconfianza familiar representada por una puerta con cuatro llaves y dos candados. Vino luego la reconstrucción de los hechos, la condena para el infractor, el entierro de la mamá de mi mujer... las declaraciones en la fiscalía: al preguntárseme por mi nombre, respondí, con sencillez: Federico Niche... “¿Cómo el filósofo?, me preguntó la escribiente. Pensé: “Ya quisiera”. “No, como el negro”, balbuceé. El fiscal insistió: ¿segundo apellido? Casi suelto el “ya quisiera” pero con rigor triste expresé: “Córdoba, como el de tanto desplazado”. Finalmente, y por una vez en mucho tiempo, pensé en el triunfo de mi esperanza: el enemigo de mi deseo de vivir en paz se iría de la casa... Eso sí, no sin antes haber grabado en su celular mis quejas por cada vez que él y sus secuaces habían interrumpido la tranquilidad de la casa e impedido una normal convivencia.

A raíz de la condena del mariachi, ocho años por confesión anticipada, colaboración con la justicia y otras marrullas, como si se tratara de cualquier paraco (que lo era), tras la muerte de aquella *inservible* (al menos para protección social) anciana, su cuate y los otros dos compinches me ordenaron abandonar la ciudad y me amenazaron de muerte; esto me dijeron, con tono paraco: “Le vamos a dar ocho días de plazo, pa’que se pierda de aquí... no lo queremos volver a ver, porque necesitamos esto solo... y ahora nos vamos a entender, por las buenas o por las malas, con su mujer. ¡Usted verá pa’onde putas se va, pero se va! O si no...” Aun así, faltaba la estocada final a mi estadía en la casa: la familia de la pobre Josefina y ella misma me culpaban de la muerte de la suegra: *Nada resulta como se ha planeado...*

Y ahora, heme aquí, hijo, convertido en un desplazado, no sé si... en todo caso, forzado por las circunstancias y por la toma de la justicia por la propia mano de un embrión de politólogo, un comunicador novato y un aprendiz de abogado, en un país, como tú sabes, profundamente respetuoso de la Constitución y las leyes, de las instituciones, por supuesto de la justicia y por si fuera poco con la democracia más antigua de América: una democracia casi troglodita. Por todo esto, ya no quiero volver a la ciudad... ella castra poco a poco al hombre, neutraliza su virilidad, domestica su alma. Ahora prefiero el campo. En él estoy más cerca de la gente y la siento más cerca, he bronceado el cuerpo, me hallo pleno de energía y vitalidad, en medio de una paz suerte de pereza activa, con el corazón contento y muchas ganas de abandonarme para siempre. Sobre todo, después de la desaparición de...

— Oye, papá, y a todas estas, no me has dicho cuál es ese nuevo tipo de individuo que descubriste.

— Todas las cosas están al revés en este país, así que no te sorprendas, hijo, si te digo que ahora estoy contento pero jodido: sin darme cuenta y en menos de lo que canta un gallo, que ahora canta a cualquier hora (¿tendrá eso algo que ver con el cambio climático, con alguna teoría del caos animal o con la esquizofrenia del país?), me he convertido en un urbermitaño, término que cedo a colegas, sociólogos, periodistas, políticos, violentólogos. Un urbermitaño, es decir, un ermitaño de la urbe, desplazado de ella por su “improductividad, carga para la sociedad y el Estado, peligro familiar y fracaso personal”, en tiempos de una incontrovertible *seguridad democrática*, luego de una *prosperidad democrática y la unidad nacional* y hoy de *legalidad, emprendimiento y equidad*. Eufemismo por el que el gobierno se aprovecha del pueblo para hundirlo en la zona cenagosa del silencio, de la pasividad, del terror. O para abandonarlo, sin que lo note, en el más pavoroso e irreversible territorio del dolor: el del desplazamiento, lacra social por la que un ser humano termina siendo un habitante sin habitación, un poblador sin pueblo, un terrícola sin tierra. Lacra a la que, no obstante, parece ser inmune la solidaridad.

O, en mi caso, hijo, por el que un ciudadano es privado de la ciudad y al que no le queda más que añorarla: si no despreciarla, como todo anarquista hace con la sociedad que no le sirve, sociedad que nunca ha hecho otra cosa que estigmatizarlo... Aló, aló, aló... ¿hijo, estás ahí?

— Zzz...

El nombre del desplazado de este cuento se ha conservado por razones de seguridad (democrática) y para facilitar la labor de la policía, el ejército, los paramilitares: para que no se vean forzados a hacer inteligencia militar, esa contradicción de términos de la que habló Marx, Groucho, claro. Al otro, Karl, hay que dejarlo tranquilo, aunque, por lo sabido, de eso no se salva ni su tumba, la de judío, no la otra, donde realmente está, que hace poco alguien descubrió.

LA LUJURIA TIENE EL ROSTRO DE LA MUERTE

Este relato es para leerse después del matrimonio. A los nuevos contrayentes: no olviden jamás que, si se encuentran con el rostro de la lujuria, verán que es el mismo de la muerte. Y para que esta no se presente antes del tiempo deseado, se recomienda no seguir al pie de la letra esta historia: mejor dicho, se recomienda no seguirla. Pero, también se debe considerar lo contrario: pese a que nadie aprende a través de las experiencias de otros, a veces es bueno no despreciar esas experiencias. A veces vale la pena oír las y luego practicarlas...

Tres años han pasado...

En la habitación principal de la casa de Lucía, ésta y dos costureras con alegría dan los últimos toques al vestido de novia de Catty, vestido cuya cola es más larga que la de un piano y ocupa toda la mesa del comedor. Lucía y sus ayudantes se esfuerzan como enanos trabajando en la armadura de Gulliver. Una de ellas hilvana, mientras las otras dos cosen cintas. Lucía con el dedo prueba a cada rato el calor de la plancha. De vez en cuando rocía con agua el sector a planchar. Aunque casi no suda, pequeñas gotas perlan su frente. Se pregunta: “¿Habría algo peor que quemar un vestido de novia?” La más pequeña mancha echaría a perder el trabajo y ante todo lo que eso significa. Los ojos de Lucía, brillantes de por sí, iluminan la estancia. Pese al tamaño de sus manos y a sus estrechas muñecas, maneja la plancha con firmeza. En todo caso, no es de las que dejan quemar un vestido.

De vez en cuando, miraba al patio por la ventana. La pequeña estructura de ladrillo o la cárcel, como decía, estaba allí desde hacía tres años, pero aún no se acostumbraba a ella. A veces, olvidaba lo que había ocurrido e imaginaba que era la Fiesta del Sol y que habían erigido un árbol afuera. En general, mantenía puesta la cortina de esa ventana, pero, aquel día, necesitaba que entrara la luz diurna. En esos tres años, Lucía había envejecido. Pese a su natural piel de agua, bajo sus ojos se veían las arrugas y su cara redonda había adquirido el tono

encendido de una fruta madura en exceso. Mantenía ahora la cabeza oculta con un pañuelo, pero su cabello era gris y no negro azabache. Sólo los ojos eran aún juveniles y le brillaban como si estuviera enamorada. Durante tres años había soportado una gran tristeza. Hoy, la pesadumbre era la misma. Sin embargo, bromeaba con sus ayudantes y charlaban acerca de los novios. Las chicas cruzaban entre sí miradas cómplices, porque aquel taller ya no era la casa de antes. Ni por un instante era posible ignorar la casita sin puerta y con una pequeña ventana, en la que estaba Lucas el *Urbermitaño*, como ahora se le llamaba...

La revelación de este fenómeno había causado impacto sobre la población circundante, en su mayoría campesina y, además, amante silvestre del chisme más que del rumor, este inofensivo, aquel dañino. Su hermana, siempre tan creyente, había llamado a Lucas y le había prevenido contra lo que pensaba hacer, sin considerar, eso sí, que era tan terco que nada lo haría desistir en su empeño de irse de la ciudad al campo: de ahí, *urbermitaño*, ermitaño de la urbe o contra-desplazado. Aunque lo normal, en este país de lo anormal, era que el desplazamiento fuera del campo a la ciudad. Ciertamente que ya muchos años atrás un célebre alemán se había hecho anacoreta y otro, un lituano, tapiado entre ladrillos, pero los colombianos no creían en estas cosas; es más, las repudiaban. El mundo, decían ellos, había sido creado para que los humanos eligieran entre el bien y el mal, aunque se inclinaran por el mal pues el bien les parecía anacrónico. Ignoraban, sí, que la vida se basaba en la libertad, en la abstinencia del mal y no en su encuentro con él. También ignoraban que el hombre, despojado del mal, es ya un cadáver, un muerto más que todavía camina. Pero, convencer a Lucas no era fácil. En los tres años que llevaba apartado del mundo, en una suerte de inxilio o exilio interior, había aprendido mucho. Lo que, en este caso, no era precisamente un halago para él, que no había nacido para ocupar un solo rincón, para quien la patria no era solo la infancia sino todo el mundo visible. No obstante, entre lo mucho que había aprendido estaban la calma y la serenidad, aunque, eso sí, no fuera un prodigio de practicante. En todo caso, nadie le podía quitar lo bailado así que, como lo sustentaba, la calma le venía a

dosis iguales de Kafka y Spinoza, así como la sobriedad, palabra clave, le venía de Shakespeare vía Shylock, aquél judío que, sin malicia ni arrogancia, reclama su libra de carne, ecuánime como nadie... aunque se trata de una libra del humano Antonio. La gracia, en todo caso, está en Shakespeare más que en Shylock: *El mercader de Venecia* contiene, en la queja de éste, uno de los más poderosos discursos antirracistas que artista alguno haya elaborado: “¿Judío yo? ¿No tiene ojos el judío? ¿No tiene manos? ¿Órganos? ¿Dimensiones? Cuando nos pinchan, ¿acaso no sangramos? Si somos como ustedes en todo lo demás, ¿por qué habríamos de ser distintos en la venganza?”. Esto último, lo saben muy bien los palestinos... ¡y la culpa no es de Shakespeare, ni mucho menos de los palestinos!

Lucas había aprendido mucho en los últimos tres años. En especial, cosas que la gente cree no sirven: no gritar a los demás; no ofender a quien no se lo merece; no ofender a nadie (... le costaba); había leído mucho, escribía ensayos que divulgaba por Internet (1984, *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, *El libro de un hombre solo*, *Marea de ratas*, *La casa grande*, entre otros); iba con frecuencia al cementerio, lo que no hacía antes de los últimos tres años; a pesar de la distancia, estaba en permanente contacto con su otro hijo; había terminado de escribir cinco libros en homenaje a sus hijos; en fin, recordaba con frecuencia tres casos de seres humanos que se habían puesto a sí mismos bajo control, por miedo a no ser capaces de resistir la tentación: uno que se había arrancado los ojos para no volver a mirar a su querida madre; otro, que había jurado permanecer en silencio ante el riesgo de decir palabras calumniosas; y uno más, que durante 25 años había fingido estar ciego para evitar mirar a la esposa del prójimo: por esto, la suya pensó que en efecto había quedado ciego.

Por último, Lucas había empezado a superar la culpa que Alejandra le había endilgado y que a todas luces le parecía un despropósito. Como prueba de ello escribió un cuento, dedicado a una hermana que acababa de ordenarse de monja:

La culpa de un monje...

Había una vez, hace muchos años, dos monjes que se impusieron todo tipo de privaciones y de mortificaciones: el primero, por haber tratado mal a la madre; el segundo, por haber golpeado al padre. Entre otras cosas, se obligaron a cruzar a pie todo el país, de cabo a rabo. Y se comprometieron también a un silencio total, a no pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera en sueños, durante los años que durase ese camino... ni siquiera un sonido: tal vez pensando en qué bueno es estar triste y no decir nada. Pero, una vez, al cruzar un río, oyeron pedir auxilio a una mujer que se estaba ahogando. Sin decir nada, el más joven de los dos se arrojó al agua, se cargó a la mujer a la espalda, la sacó, la dejó en la arena sin decir una palabra y los dos ascetas continuaron su camino en total silencio. Al filo del tiempo de repente el joven que había maltratado a la madre le preguntó a su compañero: “Dime una cosa, ¿crees que pequé por haber cargado a aquella mujer a la espalda?” Y su compañero, que había vejado al padre, le contestó preguntando: “¿Es que aún la llevas a tus espaldas?”

Lucas, que era ateo (negaba a Dios) o, quizás, agnóstico (declaraba inaccesible al entendimiento todo saber divino y que trascendiera la experiencia), pensaba que las normas y convenciones, eran barreras que la sociedad coloca para separar, en apariencia, al hombre del mal. O del pecado, según los c... Normas y convenciones que consideraba irrespetuosas frente al libre albedrío, a la libertad entendida como acción del deseo, al principio del placer al cual las autoridades oponen el de realidad. No en vano, se consideraba un anarquista libertario en el tiempo de los asesinos. Las personas que de una u otra forma habían sido testigos de las discusiones entre Lucas y su hermana, y antes entre él y su mamá, aún hablaban de ellas: ásperas polémicas de las que solo quedó resentimiento, cuando no odio, lo que hacía recordar a Camus: “Y así supo que ninguna guerra es buena, porque vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido por él”. Era difícil, en cualquier caso, creer que en tres años aquél ser libertario, hubiera aprendido tanto de lo que antes lo dejaba intocado o le pasaba desapercibido. Ahora podía discutir de igual a igual con quien

quisiera; escribir donde se le antojara. Ahora escribía como si tuviera alas en las manos: mejor dicho, ahora estaba más seguro de que las alas que le había puesto a su hija en los pies, ella en su sabiduría las había puesto con más tino en sus manos. En pocas palabras, había llegado a la mayoría de edad en la expresión feliz pero terrible de José E. Pacheco. Pese a las dudas personales y a las diatribas ajenas, permanecía firme en su decisión: no volvería del todo a la ciudad. Por fin su hermana se resignó y poco después ingresó a las filas del ejército de Cristo; hecho sobre el que, pese a todo, él guardaba un profundo respeto. Porque también eso había aprendido en estos años: a tomar distancia frente a la diferencia, a ser tolerante frente al Otro y a no meterse donde no lo llamaban. Aspectos que los demás no tenían en cuenta hacia él. Lo que lo enfurecía igual que los números pares o que al *Che* la injusticia; o a Varito/Chucky/Porky, la democracia.

En las universidades que Lucas había trabajado y a las cuales de alguna forma todavía estaba vinculado, lo mismo que en los sitios donde iba a calmar la sed, se hicieron apuestas sobre cuánto tiempo resistiría el destierro: olvidándose, al paso, que la vida del hombre sobre la tierra es tan breve que parece una ilusión, de manera que por qué preocuparse, pensaba Lucas, no los que se olvidaban del paso del tiempo. Algunos hacían conjeturas: no persistiría en su empeño por más de cinco meses; otros, que ocho o diez. Y él se ponía rojo de ira no tanto con los de la cifra impar como con los de las pares, que nunca había resistido sobre todo desde el día en que uno de los editores de una revista en la que colaboraba le había llamado para notificarle que había salido una nueva edición y quería enviarle *unos números*: el editor le mandó cuatro. Y Lucas, iracundo, le comentaba a sus amigos: “Pero, ¿por qué no uno o tres, pero cuatro...?” y lanzaba la diatriba del caso: “¡Cacorro!” Pero, la verdad es que tanto a quienes tenían que ver con universidades a las que estaba vinculado, como a los amigos que se reunían en tabernas u otros sitios, muy poco les importaba el hecho de que Lucas no volviera a la ciudad. “Mejor”, decían, cuando él no estaba. O, “lástima”, cuando lo tenían al frente. No es que fuesen hipócritas. Ni más faltaba.

Mientras tanto, Lucas permanecía impasible sentado en una silla y la casa de Lucía invadida por cientos de curiosos al tiempo que tres albañiles trabajaban en la celda de aquél. El hijo de la vecina se subía con frecuencia al árbol del lote aledaño hasta que un día se vino abajo con sus trebejos de fisgonear. Hasta ese momento nadie lo visitaba. Pero, con la ampliación y la demora de la doble calzada Bogotá-Girardot, empezaron a llegar curiosos de todas partes para conocer a ese hombre con pinta de extranjero (lo mismo se consideraba él), que, aunque agnóstico, desde que guardó la razón como amuleto sin olvidarse del sentimiento, igual que Bergchem tenía dos religiones: la fraternidad y la libertad. Amaba a los humanos, tenía fe en ellos y vivía en pos de la libertad buscándola en lo más simple, en los mismos principios, en la soledad casi trágica de una naturaleza elemental. También esta fue una pasión vehemente que como jugada funesta del destino lo llevó a la celda, al sacrificio esta vez no como expresión de libertad, libertad que para Tarkovski consiste en el sacrificio hecho a nombre del amor: aunque podría decirse que el caso de Lucas contenía no poco de esa intención, la que casi nadie valoraba. Salvo sus hijos, Lucía y una que otra persona de entre sus amigos o... Y aquí recordaba lo que había fabulado cuando supo del paseo de la muerte que recibió su madre: yendo en la ambulancia del ISS, Ana, al oír el lamento de la sirena, dijo: “Nos pasamos todo el día haciendo planes y resulta que hay quien en la oscuridad se ríe de nosotros y de todos nuestros proyectos”, sabiendo que somos juguetes de poderes extraños. Lo que no significa poder olvidar que así es la vida... que, pese a todo, la gente siempre hará planes porque si no cundiría la desesperación y de ahí, ya se sabe, no hay sino un paso a la locura.

Entre los planes de Lucas quizás no figurara la desesperación, menos la locura. Había aprendido en parte a controlarse, a tener la paciencia que ante todo debía a sus hijos, a serenarse, a tener calma, a entrar de a poco en la ruta de la sobriedad. Lucía, por el contrario, había llorado, gritado y le había rogado a Lucas hasta la saciedad que renunciara al encierro, hasta que su voz se volvió tan grave como la de Robeson o la de Armstrong. Seguida por su hija y por su madre había puesto alrededor de la casa cientos de velas, como en un eterno siete de

diciembre, a fin de invocar a los espíritus que harían desistir a Lucas de su tozudez. Porque, aunque lo tuviera más cerca que a la vuelta de la esquina, no dejaría de ser expósita: cosa que también sabían su hija y su madre. Pero, ni consejos advertencias lamentos sentencias insultos habían servido. Los muros de la casita crecían a ritmo continuo, aunque a intervalos irregulares, dado el incumplimiento de los albañiles. Lucas había reservado para sí un espacio de cinco por cinco. De no ser lampiño, podría decirse que se había dejado la barba, y se vistió con camiseta, sudadera y tenis. Al interior de la casita solo había sitio para una pequeña cama, una silla, una mesa, el computador, algunos libros y un pequeño retrete para sus necesidades. En proporción al aumento de las paredes iban los lamentos de las mujeres, a las que Lucas respondía: “Todavía no estoy muerto, así que a calmarse... ¡o llamo a la policía!”, como le tocaba hacer cada vez que los ruidosos vecinos al fondo de su casa venían a pasar sus fines de semana, al cabo de los cuales se registraban muchachitos violados y mujeres abandonadas ahora junto a chulos o atarvanes peores que sus maridos. Y Lucía, entre la cima de la desesperanza y la sima de la amargura, lanzaba uno de sus quejidos habituales: “Si fueras tú el único que pudiera estar muerto... además, desde donde estás la policía no te escucha”. Y Lucas, realista, agregaba: “Ni desde ninguna otra parte...”

A la postre, la policía a caballo vino por otros motivos a su casita cuando ya la muchedumbre alcanzó las dimensiones de un reconocimiento masivo en los hornos de los paracos o de un desalojo de ahorradores de DMG, sin trabajo ni patrón y debiendo la casa. El teniente de turno, ordenó a los obreros trabajar sin descanso para poner fin a la excitación. Los albañiles tardaron nueve días sin sus noches en terminar su labor. La casita fue recubierta con un techo de zinc, tejas de asbesto y tenía una ventana cuyo postigo podía cerrarse desde adentro. Nada sirvió para desterrar a los curiosos, excepto la natura: todos huyeron al llegar las lluvias. El postigo permanecía cerrado la mayor parte del día. Lucía hizo reparar la valla en torno a la casa para poder mantener alejados a los extraños. Más tarde que pronto se hizo evidente que quienes habían apostado por la duración

de Lucas en cautiverio, habían perdido. Pasaron casi tres años y Lucas, el *Urbermitaño*, para otros *Profesor*, y para unos más, en modo auto elogio, *Maestro*, continuaba en su prisión voluntaria. Nada ni nadie, ni siquiera Lucía, lo sacaba de casi/ta ni de casi/llas. No había cómo. Su encierro no era propiamente un acto de Mandrake ni de cualquier otro mago. Lucía le llevaba, sagradamente, la comida: huevos tibios, pan francés y aguadepanela, al desayuno; frijoles con carne de cerdo o lentejas con papa y carne de res, arroz y jugo, al almuerzo; sánduches de sardina o de atún y limonada, a la comida. En esas tres ocasiones, Lucas abandonaba sus labores y, en atención a Lucía, charlaba con ella.

Afuera, el día era soleado y caluroso, pero en la celda de Lucas imperaban la oscuridad y la frescura por más que por la ventanita se filtraran los rayos del sol o las brisas cálidas. Si la abría por completo, se exponía a que se le metiera alguna mariposa o bicho y en el peor de los casos, según la hora, las moscas o los zancudos. Hasta él llegaban diversos rumores: el canto de los pájaros, el mugir de las vacas, las podadoras a gasolina, los ladridos de los (putos) perros de la vecina. Con ocasión del último invierno, hubiera querido derribar las paredes para librarse del frío y de la humedad, pero, ante todo, para desterrar de su cabeza la idea del suicidio a raíz de un súbito ataque de claustrofobia. Pero, lo detuvo la vanidad, contra la que libraba una batalla a diario: a quienes habían apostado por el fin de su encierro no podía darles gusto de recuperar sus dividendos emocionales. Había contraído una tos carrasposa, acompañada de lo único que odiaba: la nariz tapada. Brazos y piernas estaban muy doloridos. Una antigua lesión, producto de la caída en bicicleta a causa de un irresponsable y de un fuerte pellizco de un viejo colega universitario en el sitio exacto de los tendones del cuello, había revivido con brío. Fuera de eso, estaba más prostático que su amigo Nahum y orinaba cada dos por tres cervezas. Por las noches, permanecía encogido debajo de la colcha y de dos mantas que Lucía le había echado por la ventana, pero le era imposible entrar en calor: en este instante, recordaba a su padre quien, en broma, le pedía a Ana en las noches, un brandy, “para entrar en calor”, en argot ganadero, vaca en celo. Por todas estas razones, y obviando la entrada en... Lucas sentía que del suelo ascendía un frío

tan intenso como el que hacía la noche del viernes en que su hijita cayó. Por esto y otras razones, algunas veces creía que ya estaba en la tumba o que su casita era la tumba o que la tumba era la oscuridad de la noche: solo parecida a la que vivió el *Barrabás* de Lagerkvist, en el instante en que sintió que Cristo fue sacrificado en lugar suyo. Y por eso, a veces, Lucas era Barrabás respecto a su hija del alma, hermana de su hijo del alma, a quienes siempre amaría en un doble primer lugar.

Por fortuna, tras nueve meses de invierno, había vuelto el verano y a la izquierda de su guarida había crecido un guayabo y podía oír el rumor de las hojas. Una golondrina había hecho su nido entre el ramaje y todo el día estaba trayendo pequeños tallos y larvas. Si Lucas asomaba la cabeza por la ventana, podía ver el azul del cielo, el campo, los techos vecinos, las cagadas de los putos perros, el valle al fondo del camino. Y percibía en plena nariz, un nuevo y fétido olor: el del formol que sumado a la gallinaza produce un coctel explosivo, solo comparable al que se da entre el mestizaje en ascenso y la aristocracia en decadencia de la U. en la que trabajó antes de irse al campo y la cual no se cita quizás porque aquí no es asunto... central. Con solo quitar un par de ladrillos y encogerse un poco, hubiera podido salir por el hueco de la ventana. Pero pensar que en el momento que quisiera podía abrirse paso hacia la libertad, paradójicamente apagaba su anhelo de dejar la celda. Sabía a la perfección que al otro lado de las paredes estaban al acecho la lujuria (cuyo rostro es igual al de la muerte), el desasosiego, la incertidumbre del futuro.

Lucas sabía que mientras permaneciese encerrado, como era el deseo de Lucía (pero sabía disimular), se encontraba a salvo de la tentación. De *La tentación de las carnes*, como el restaurante de *Monseñor* Botero y que ahora le hacía un guiño a su memoria, de la que por momentos se enorgullecía; la que en otros tantos lo hería con crueldad. Sus preocupaciones allí eran muy diferentes a las del exterior. Se podría decir que lo que la oscuridad le permitía ver dentro de la habitación, la luz del exterior se lo negaba al enceguecerlo. Adentro, estaba libre de toda clase de necesidades y apetitos. Al pensar en los gastos que tenía por fuera no podía evitar reírse de sí mismo. Su comida en casa, por

ejemplo, le costaba cien mil pesos semanales y usaba muy pocas piezas de ropa en ese lapso. En la ciudad, por el contrario, todos los días tenía que bañarse, cambiarse, gastar en comida, transporte y extras. Ganara lo que ganara, nunca tenía suficiente. En una palabra, campo significaba alivio; ciudad, deudas. Víctima de sus propias pasiones, había acabado envuelto en una red cuyas mallas le apretaban cada vez más no se sabe si el cuello o las pelotas. Igual, sentía que lo apretaban, como si en la realidad se tratara de un Mesías con nombre propio. Para saber cómo es la soledad, se había despojado de todas las cosas externas, como los taitas sacan con yagé a los malos espíritus. Con un cuchillo cortó la red, escapó de ella y de un solo golpe canceló todas sus deudas. Partió bien con su primera esposa y conservó los suyos frente a la segunda: ahora, no poseía otra cosa que camisa, pantalón y zapatos que llevaba puestos. Ah, bueno, los libros, la música y el pc que lo acompañaban en su nueva morada 5X5 (otros prefieren una 4X4, pero a Lucas ino-le-gus-ta-la-ga-so-li-na!, ni los pares, ni la nariz tapada, ni los pinchazos en el culo). Lucía, entretanto, se las había arreglado para ganarse la vida. Pero, ¿era todo aquello suficiente, el destierro, por ejemplo, para que Lucas pudiera borrar su culpa, esa mancha judeo/cristiana imposible de lavar? ¿Podía expiar los males que había hecho, aliviando simplemente el fardo de sus hombros? ¿Y en caso de que en apariencia no hubiera males por expiar le sería posible seguir adelante con su conciencia? Nadie lo sabía. Tampoco él.

Apenas allí, en la paz inconsciente o consciente de su cárcel voluntaria le era posible a Lucas tomar medidas de sus actos, calcular dimensiones de sus errores, abstraerse en el placer pasajero de sus aciertos, pensar en el número de almas que había arrastrado a la desgracia, fuera con intención o sin ella: de todas maneras, a los resultados no les importan las causas, pensaba él, para quien el arte no obedece a intenciones, sino que produce resultados. Solo allí le era posible perderse entre los vericuetos de los recuerdos sin que ni él mismo pudiera captar sus crímenes... por los que había llevado a otros al desequilibrio, a la locura, a la muerte. Desde luego, nunca fue uno de los repentinos ricos de Korbach que había asaltado la diligencia de

los impuestos para, cual Batman Hood de la selva de cemento, llevarles los dividendos a los pobres: de todas formas, sentía que había asesinado. No que era un asesino. Sin embargo, en su fuero interno se preguntaba, ¿qué importa la forma en que se dé muerte a alguien? ¿Acaso no era culpable Biberkopf de la muerte de *Mieze* así ésta hubiera caído a manos de Reinhold en Freienwald? Pero, Lucas no era tonto para no darse cuenta hasta dónde llegaba la pena por los delitos que solo él tenía que pagar y los que, sin embargo, nadie estaba autorizado para juzgar ni en capacidad de hacerlo. Estaba seguro de que, si existiera un creador, no se le podría sobornar ni engañar. Pero, como no había recibido pruebas de su existencia, igual creía que si hubiera un juez terrenal sin culpa por impartir mal justicia, entonces no habría quién pudiera absolverlo. Ni el de arriba, si existiera, ni los de abajo, que por desgracia sí... Con frecuencia, oía las campanas al final de *Rompiendo las olas*, los gritos desde los techos o maullidos del gato negro desde lo alto de la Torre Eiffel. Con frecuencia, al leer *Todos los nombres*, sentía que le gritaban desde alguna tumba. No eran estos los únicos horrores que creía haber propiciado o causado o por los que se hacía culpable. No que lo fuera... Ahora se daba cuenta de todos los demás. Pero, de pronto recordaba que era mejor no recordar. Que la memoria igual sirve para lo-bueno-y-lo-malo y en este sentido era imposible ignorar que *la memoria es el único tribunal incorruptible*, asunto que también cabe tener en cuenta, a menos que uno no quiera que la pena lo haga presa suya. Aunque permaneciera en su celda voluntaria durante cien años y aunque se diga que no hay mal que dure eso ni cuerpo que lo resista, sabía que, si bien no podría expiar todos sus desaciertos errores e iniquidad, tampoco tenía sentido caer bajo el peso de esa casi única herencia de la religión: la implacable herencia de la culpa. Pero, al mismo tiempo pensaba, ¿cómo salir de ella? Bien sabía que el solo arrepentimiento no soluciona nada pues apenas se puede conseguir la absolución pidiendo perdón y recibéndolo de la propia víctima. Para el caso sencillamente un imposible. Sabía, también, que si uno tenía una deuda con alguien debería buscarlo y cancelarla, así fuera al otro lado del mundo. Aun así, cada día recordaba algún mal adicional del que se hacía responsable. Había

violado muchas veces el contrato social, que otros habían violado mucho más que él: las víctimas de estos, reales e incontables, no simplemente alegóricas, daban la impresión de descolgarse, cual manchones de tinta roja, de los titulares de prensa. Hecho al que la gente parecía haberse acostumbrado, así que lo de los hornos de los paracos, a lo Hitler, lo de los crímenes de Estado: para la historia oficial “falsos positivos”; lo de los millones de desplazados: para un ex asesor uribestial, “migrantes”, no eran más que recuerdos de eventos ya pasados y sepultados por una nueva noticia: asunto que para fortuna de los pesimistas, optimistas bien informados, con la llegada de la CPI, es probable que cambie. Para poder seguir pensando que la utopía sirve para caminar, así al mirar al horizonte este siga corriéndose. En tal sentido, sentía que el horizonte se desdibujaba en su mente sin remedio; y, sin embargo, mientras sentía todo esto, no poco, se creía un hombre recto, competente e incluso se daba el lujo de acusar a los demás: en no pocos casos, con razón. Aun así, olvidaba a su padre: “No hay que señalar con el dedo, mijito, pues, aunque apenas uno apunta al frente y otro hacia arriba, tres lo hacen al propio dueño de la pistola”.

Así, ¿qué podrían hacer las pequeñas molestias, dolencias y autocríticas que ahora lo acosaban, para contrabalancear los dolores que había causado? Aún estaba vivo, como decía a sus vecinas, y gozaba de una relativa buena salud. Incluso la pierna que había sufrido una lesión, por abusar del ejercicio y por lo que casi le da una meralgia parestésica, al cabo de tres meses se alivió pese a la amenaza latente de verse operado. Aun así, Lucas estaba seguro de que nada de lo que hiciera en este se pagaba en otro mundo: “El infierno es aquí y ahora”, le decía Rulfo. Aquí y ahora, antes de morir, debía hacer rendición de cuentas; aquí y ahora, vivo, debía ser responsable de sus pensamientos, palabras y actos; aquí y ahora, antes de partir la nave que no ha de volver, debía dar cuenta de sus actos ante sí, no ante ninguna autoridad terrígena ni celestial. Lo asistía un único consuelo: si un dios existiera, lo absolvería. Pero, ese consuelo le servía como un vendaje a un cadáver, como que el Bien al fin triunfaría sobre el Mal. Solo que aquí se acordaba de Rodolfo Llinás: “Lo del bien y el mal son

pendejadas nuestras. Todo lo que hace el hombre lo hace por conveniencia”.

Acaso, “¿los humanos son tontos que no ven la realidad?”, le preguntaban sus hijos a Lucas antes del desenlace que llevó a este relato, en un ingente esfuerzo por restablecer el equilibrio vital, la armonía familiar, algo que a estas alturas solo es posible a través de la justicia poética pues la realidad, la que referían sus hijos, es aplastante inexorable irreversible. La realidad de los hombres es desproporcionada como para que sea suficiente con la abstracción de una ayuda compasiva. Además: “La divinidad está en ti, no en conceptos ni en libros”, dijo Hesse. Y eso sin contar con la certeza científica del genoma humano, con la cual el creacionismo se va para la... mientras el evolucionismo conduce a pensar que el hombre debe aprender a labrarse un camino de rectitud, con su propio esfuerzo, sin otras ayudas externas que las que su impotencia, no incapacidad, reclame, utilizando para ello la idea de la libertad como acción del deseo, sin dañar al Otro y sabiendo separar el trigo de la paja y el sexo de la paja y el amor del sexo y la llama doble del amor, el sexo y el erotismo, de lo genital. Todo sin olvidar a Zappa: “Información no es conocimiento. Conocimiento no es sabiduría. Sabiduría no es verdad. Verdad no es belleza. Belleza no es amor. Amor no es música. Música es lo mejor”.

Si no fuera por la música, justo es decirlo, Lucas sucumbiría en la celda en los mismos momentos en que su fe vacilaba. Su fe, decían otros, era tan poderosa que recordaba al cura Camilo, quien pese a pensar que los que creen no aman y los que aman no creen, permitía inferir que hay los que aun sin creer aman. Con pasión entrega radicalidad. De cualquier modo, ante la idea de que quienes aun sin creer aman y viceversa, se preguntaba si sería posible que Dios existiera al tiempo que entraba en contradicción al pensar que la Biblia es invención humana, no divina, por lo cual se atrevía a concluir de forma pasajera: “¿No estaré torturándome en vano?” Oía a los demonios de la conciencia discutir con él, recordarle los placeres pasados, aconsejarle que reemprendiese su libertinaje. Se veía

obligado a embaucar a su enemigo, cada vez en forma diferente, a cada instante con un nuevo gag; cuando lo acosaba con mucha intensidad, aceptaba que debía volver al mundo del demonio y la carne, pero a renglón seguido posponía el gozar a plenitud su libertad. Otras, refutaba: “Admitamos, viejo Satán, como base para la discusión, que Dios no existe; pero, las palabras que se le atribuyen no dejan de ser correctas. Si el destino de un hombre depende de la desgracia de otro, entonces hay que concluir que no existe buena fortuna para nadie. Ahora, si Dios no existe, el hombre debe comportarse como Tal, como si él fuera Dios, ¿no le parece?”

En otra ocasión, Lucas le preguntó a Mefistófeles: “Bueno, viejo Mefisto, pero entonces, ¿de dónde viene todo lo que hay en la Naturaleza y quién hace que haga sol, caiga la lluvia, sople el viento, los pulmones reciban oxígeno, el cerebro piense? A este mundo lo creó alguna mano, ¿no cree? ¿Por qué entonces ignorar que detrás de tantas maravillas esté la mano de Dios?” Todo hay que decirlo: pese a la insistencia de Lucas, Mefisto no le respondió otra cosa que “nadie ha visto aún al alma...” Noches de eterna controversia hacían que el primero llegara al borde de la locura; aunque el segundo apenas fuera un engendro mental. Para contribuir al desequilibrio emocional, a su casita empezaron a llegar hombres mujeres niños de todo tipo, como si se tratara de un gurú/guía/maestro, en el cabal sentido del término, buscando su consejo, rogando que intercediera por ellos e incluso que hiciera uno que otro milagro. Y en esos momentos, él volvía a recordar la voz de su madre y a Almodóvar que la plagió, con una nitidez que dejaría sin aliento a los ingenieros de Phillips: “¿Qué hice yo para merecer esto?” Y su conciencia, al nanosegundo, le reclamaba con una tautología, de esas que tanto lo divertían otras veces: “Pues lo que hizo, ¡pendejo!” Lucas argüía en su defensa que lo dejaran en paz, que él no era taumaturgo faraón ni semidiós; pero, nadie le creía, lo que no surtía otro efecto que aumentar su perplejidad. Y por cosas de aquella hoguera de las vanidades que le quema el culo al que se acerca, acordándose de Satán (“Si Dios no existe, el hombre debe...”), comenzó a creerse su propio cuento: que él era dios. Y en tal calidad comenzó a operar, valga decir en su favor, porque la presión era tan

grande como la de una olla Express olvidada: las mujeres, para desgracia de Lucía, se escurrían hasta el patio y, ahora, trataban de tumbar el postigo a la fuerza. Suplicaban, gritaban, deliraban y, al verse rechazadas, maldecían a Lucas. Le decían: “Pobre...” y enseguida sin solución de continuidad, como en los filmes que aborrecía: “¡Marica!” Epítetos que, en el fondo, le dolían más a Lucía puesto que él sabía muy bien que no era pobre, como ahora le decían, ni marica, como le dijo alguna vez uno de sus hermanos: primero, era escaso de recursos, no pobre, y además con dignidad; segundo, no era marica, solo que a veces se hacía...: decía que era de bajo perfil (cosa que tampoco, pero lo hacía para no despertar envidia, esa suerte de deporte nacional que, según *Cochise*, supera en víctimas al cáncer), aunque de alta autoestima.

Lucía lanzaba sus puyas argumentando que aquellas mujeres (de niños o de hombres no hablaba) perturbaban sus quehaceres, igual que los de Lucas. Mientras, éste, se sentía preso y presa a la vez: preso en su casita y presa del miedo. Había tratado de prever todo, pero no aquel asedio. En realidad, era él quien necesitaba ser aconsejado. Según la ley de la costumbre, ¿era justo que se negara al pueblo que lo aclamaba más que al *Mesías* a quien ahora el pueblo maldecía como luego a Chucky y a Porky? ¿Razonable negarse al llamado del amor... popular? ¿No era todo ello muestra de su soberbia, la que tanto endilgaba a los demás? Pero, ¿acaso, podía alguien, como él, escuchar sus peticiones como si fuera Buda, Rama o el maestro Suzuki? Sabiendo de antemano que cualquiera de los tres caminos que escogiera era una equivocación, acudió a su conciencia, la que le aconsejó recibir tres horas al día a los que lo buscaran: sin aceptar gratificaciones económicas, solo en especie: la ira instantánea de Lucía cundió por la zona, debido a su particular concepción de la expresión *en especie*. Pero, como tras la tormenta, que es femenina, viene la calma, una de las virtudes de Lucas al lado de la serenidad y la sobriedad, éste cerró el debate interno sosteniendo la caña: “Aquél a quien los demás escuchan pueda que no sea Dios... pero es un dios”.

Y así Lucas empezó a recibir a la gente de dos a cinco de la tarde, de lunes a viernes, aprovechando la ausencia de Lucía. No se crea que por temor sino porque ahora ella solo venía los fines de semana: así que le encargó a un vecino, no a una..., que durante su ausencia le hiciera llegar los alimentos cotidianos. Pero, nada resulta como se ha planeado: Lucía volvió antes de lo previsto, a fin de saber qué había pasado con su marido, bajo el pretexto de revisar si comía bien o mal. Así que a la siguiente semana, para evitar confusiones o para hacer claridad, Lucía daba a cada visitante una ficha con un número, cual si se tratara de una EPS o de un banco. Intento de solución que resultó problema: los que tenían un enfermo o un inválido en casa o aquéllos que habían sufrido una desgracia reciente, exigían ser atendidos antes. Otros intentaban sobornarla con dinero, comida, regalos: como el dinero ajeno no le iba bien, apenas aceptaba si los oferentes eran varones. Si veía que alguna Yidis se acercaba en afán de cohecho, en el acto surgía la respuesta interior, que por un acto reflejo se volcaba sobre el rostro infractor con una voz que aterraba: “Esto es un piroppo indirecto... ¿no, *mi amor*?” Y al decirlo parecía que sobre esas seis letras cayera hiel en barra con pedo de bruja. Y la víctima quedaba más petrificada que Sara, ya convertida en estatua de sal.

No tardó en hablarse, en todas las veredas circundantes, de los milagros de Lucas. El chisme, más que el rumor, afirmaba que solo tenía que expresar un deseo y los enfermos sanaban: nunca se hablaba de los cientos que no sanó: se decía que, gracias a él, sin mencionar el motivo, un reinsertado de las FARC pudo escapar de manos de Mancuso; que un mudo había recobrado el habla, cuando *Macaco* le puso una motosierra al frente y entonces Lucas intervino por éste para que FINAGRO le autorizara un préstamo; que un ciego había recuperado la vista... al sentir alrededor el olor y la presencia del para-asesor *Jog*. Lucas pasó a ser conocido ahora como el *Santo Job* no por el paraco (asesinado tres meses después de haber salido de la *Casa de Nari* por el sótano, el mismo lugar por el que había entrado) sino por el hombre del relato bíblico que, soberbio, pretendía tener razón frente a los dioses de la maldad terrestre que sólo obedecían a las indicaciones

del *Mesías* hasta que se hiciera inminente su extradición: la de ellos, claro. También, por la paciencia que tuvo al escuchar los horrores narrados por los campesinos a los que los paracos, el ejército y el Estado, por un triple lado, y la guerrilla, por otro lado simple, los habían usado vejado violado en tantas formas como víctimas dejaron. Así Lucas vino a conocer *la barbarie de la guerra* que en paralelo un exhibicionista del periodismo pretendía mostrar a través del maquillado filtro de la TV, por un canal internacional. Así supo cómo Mancuso había mandado hacer embalses, con caimanes adentro, para que estos no dejaran los rastros humanos de sus caprichos; cómo, a quienes no cedían en sus pretensiones criminales, *Macaco* los metía a un par de celdas, en cada una de las cuales se encontraba un león hambriento que en menos de cinco minutos...; cómo lo que *Jog* negaba frente a lo relacionado con las chuzaDAS era cierto en tanto no se trataba de una infiltración sino de auto-infiltración y, además, los funcionarios del Gobierno que decían haber sido también chuzados, eran depositarios de la culpa que ellos mismos denunciaban pero de la que pretendían pasar por víctimas. Así supo cómo los crímenes de Estado, que incriminaban al ya ex ministro de defensa eran de proporciones insospechadas: hecho que el Gobierno minimizó a fin de poder justificar la seguridad democrática, cortina de humo que encubría una revancha personal disfrazada de un programa de gobierno.

Contra el deseo de Lucas, de pronto su celda fue invadida por monedas y billetes que él ordenaba repartir entre los pobres; incluso, se jactaba de haber pagado letras de cambio que la gente no podía cubrir. Hechos que, por paradojas de la envidia, le granjearon enemigos entre las autoridades locales. Esbirros del líder de acción comunal llegaban con tomates, huevos y limones que estrellaban contra su casa de auto/detención. El alcalde de la población más cercana dio instrucciones a fin de que le fuera negado un potencial acceso a la radio, que tanto le gustaba y tan bien conocía. Una de sus vecinas, celosa de sus nuevos ingresos, no le volvió a hablar: excepto para obtener un préstamo que ella devolvería puntual, pero sin

intereses. Por último, la policía, víctimas de sus continuas quejas contra los vecinos ruidosos, junto a estos, mandaron elaborar un libelo que relacionaba antiguas actividades de una supuesta militancia: Lucas era, como Chaplin, militante por la vida, la libertad y la justicia, como el Che y Malcolm X contra la injusticia por todos los medios que sean necesarios. Como hizo Hoover con la viuda de King, un ejemplar de ese libelo le fue enviado a Lucía: la única diferencia consistía en que este no era un paquete *suicida* ni tuvo efectos colaterales.

Las tentaciones, ya no solo de la carne, eran incesantes. Aunque Lucas se había retirado del mundo, este se le metía por la ventanilla, así aquél fuera el único que pudiera abrirla. Al lado del aire, el sol y la lluvia, le llegaban las calamidades, empezando por la del dinero que a la vez, todo hay que decirlo, tantos problemas le resolvían: el mal, la calumnia, la ira, los falsos elogios o los elogios, a secas, al fin y al cabo todos son falsos, como Buñuel decía de las estadísticas: el *Mesías* podía ir cogiéndose de atrás. Es preferible la crítica, que todo el mundo rechaza quizás porque no hay buena crítica. Los medios, decía Lucas, prefieren la usual: la de Mala Salud Hernández y Fernández, que mostrándose defensora de lo nacional apenas defiende intereses gilipollezcos; la de *Jog*, ese prodigio de la lengua, según María Isabel Gira, por utilizar el adjetivo *ráspido* que, ignora *Chabela*, le cae como anillo al dedo de su divulgador: por *áspero violento intratable*; la de Teto Yamjure, que a cambio de las lápidas que le colgaba a todos los que podía (Córdoba, Molano, Zuleta, Bejarano, Cepeda), repartía a diestra y siniestra entradas al club colombo-libanés y realizaba entrevistas a siniestros personajes de su filiación... lo que, al filo del tiempo, le costó la salida de *El Espectador*.

Lucas comprendió así la razón por la que antiguos poetas escogieran el exilio (otros, no lo...), y que cual guerrilleros de la lengua y del saber no durmieran siempre en el mismo lugar o que algunos fingieran estar ciegos, sordos, mudos. No se podía servir a la humanidad entre los demás hombres: menos estando separado de ellos, y de Lucía, por

muros de ladrillo. Se vio como Tashi, el personaje de *Samsara*, con un hatillo al hombro, un cordón y un perro, marchando a lo desconocido, pero entendía que esto podría causar un dolor insoportable a Lucía. ¿Quién podría saberlo? La pena de su ausencia acaso la haría enfermar. Ella misma le había mostrado muchas veces que su salud fallaba y que debía ayudar a cuidarla. Dejándola dormir, v. gr., no escribiendo bobadas hasta altas horas de la noche. No, la paz no es de este mundo. *La vida está en otra parte*, le recordaban los grafitos de Mayo del 68 antes de que Kundera bautizara así a su novela. Como decían los filósofos, no existía un mañana sin tristezas. Pero, más poderosas que las tentaciones exógenas, eran las surgidas en el cerebro, en el corazón del hombre. A cada instante las pasiones asaltaban a Lucas. Al menor descuido, acudían a él fantasías sin estilo, sueños en la vigilia, deseos repugnantes: Lucía le sonreía sin dientes, le guiñaba un ojo ciclópeo; estando ausente, aparecía a su lado en la oscuridad y se negaba a ser rechazada; por el síndrome de vereda, le parecía sensato desear a la Thatcher. Lanzaba puños, patadas y arrojaba lejos tales fantasías, con la rapidez que le prestaba el pánico, pero no tardaban en volver como bolas de squash, moscas atraídas por la leche o abejas por la miel. Ansiaba comer cerdo, beber cerveza, volver a la *ubre* de ladrillo, a cine, a la U.; decía, sincero, “la lascivia no ha mermado” aunque sin mujeres a su lado quería recibir a Onán, pero desistía. Solo tenía fuerzas para pensar cómo el hombre podía ser mejor: “No ver fútbol local; no escuchar reguetón/vallenato/rancheras; no calumniar a nadie”. Lo que no equivalía a no hablar mal de... Solo el del grafito era p...: “Nadie es perfecto. NADIE”.

Se dijo, este relato es para ser leído después del matrimonio. No obstante, como tan pronto se plantea una tesis esta reclama su antítesis, también se puede leer antes. A la postre, nadie aprende de la experiencia ajena, salvo cuando... Cuando a ello se puede agregar la voluntad de poder, la misma de la que habló el ermitaño Nietzsche, el loquito de Sils-Maria, a quien tanto le debe la poca cordura de Occidente: “Si solo se dieran limosnas por piedad, todos los mendigos hubieran muerto de hambre”. “Lucas, entre ellos...” como, sacando

pecho, decía Lucía. Cosa que muy en el fondo dejaba incólume a Lucas, quien sentenciaba: “Si la filantropía no condujera a la frustración, todas las buenas samaritanas vivirían muertas de risa. Lucía, entre ellas...” Y así sucesivamente. Pero, aquí se detiene esta querrela, para no seguir sacando los cueros al sol, en el caso de Lucía, ni a la sombra, en el de Lucas.

Lucas y Lucía siguen viviendo juntos, pero separados por cuatro paredes; de todas maneras, los ataques de Satán no cesan: ahora Lucía busca a Lucas a cada momento, tratando de levantarle el postigo... de la ventana, lamentándose, atacándole con todos sus fantasmas, lamentos y preocupaciones. Afortunadamente, piensa Lucas, está protegido por esas cuatro paredes que, a pesar de las apuestas en contra para que desista del encierro, no está dispuesto a abandonar: salvo, si el *Mesías* no es reelegido por segunda vez. Porque no puede ser posible que después de todo lo que ha pasado y máxime ahora que se sabe que el émulo de Bush II, Berlusconi y Blair (los tres por vía de Hitler) es de los que entra al baño, enseguida le pega un berrido a su mujer y, por último, le pide que le traiga la Constitución para limpiarse con ella, sea el líder que el país reclama: a un individuo de semejante calaña, apenas lo puede reclamar la CPI: sin que nadie pensara siquiera en reclamarlo, sostenía Lucas.

No hubo poder humano que sacara a éste de su prisión voluntaria. En justicia, una fuerza mesiánica fue la que lo hizo: tras la no reelección del *Mesías*, Lucas ha vuelto a la ciudad, donde de nuevo se ve con sus amigos y desde luego se ha re-unido con Lucía, ya al margen de molestas expresiones, *paredes*, *mujeres* y, entre otras, *en especie*: solo así ha podido preservar la suya, su especie como hombre. Hace poco, recibió una carta de Lucía, desde Bogotá, que sencillamente lo conmovió, claro que no tanto como la masacre de Tumaco, los incumplimientos de Chucky a las FARC, el ascenso de Hitler III al poder en vez de Petrosky:

Mi muy querido Lucas (o, ¿debo llamarte *Santo Job?*). Esta mañana me desperté temprano, me acerqué a la puerta y, después de tres años, vi tu foto en la prensa. Se me ocurrió que te habían detenido por revelar hechos oscuros de la realidad nacional no tanto por este medio sino por Internet... causa en parte de la caída del régimen que hasta hace poco tuvimos y que hoy celebramos. Tan pronto comencé a leer el artículo me di cuenta de los hechos: por primera vez recibías un premio literario, en metálico, como tú dices o se dice en los casos en que el premio no es una palmadita en el hombro ni, en el mismo sentido, una patadita en el ano. La verdad, me alegré. Te lo mereces. Ahora veo que las bobadas nocturnas no eran tanto... La constancia vence lo que la dicha no alcanza, dicen los viejos. Ahora puedo creer esto. En otra dirección, debo señalar que te marchaste sin dejar huella. Desapareciste tan rápido como una piedra en el agua. Hoy te entiendo, debo confesarlo. Aunque no me guste. Si recibes esta, quiero decirte que acepto la responsabilidad de todo lo ocurrido. Apenas cuando ya estabas lejos noté lo mal que me porté contigo. Sabía que estabas enamorado de Angélica, pero te arrastré a aquél enredo. Por lo cual, créeme, soy responsable. Una y otra vez hubiera querido decírtelo, pero tenía la impresión de que te habías ido no sé adónde... En cuanto a tu encierro voluntario y cómo mujeres, hombres y niños esperan junto a la ventana que los ayudes, me causa todavía una impresión imborrable. Casi no puedo continuar escribiendo, a causa de las lágrimas. A menudo he llorado por ti, con alegría. Hoy, con tristeza. Ha pasado medio día y ahora cuando termino esta carta, sigo llorando. En primer lugar, porque has demostrado tener una conciencia muy grande; y, en segundo, porque estás pagando por mis pecados. Y no es justo, aunque me cueste reconocerlo. Por eso, yo también, como tu hermana, he considerado la posibilidad de irme a un convento. De hecho, en diversas ocasiones me he visto allí. Pero, antes, tengo que pensar en mi hija. No pude ocultarle lo que nos había pasado: lo de tu encierro, nuestra separación temporal, tus viajes intempestivos. Cuando lo supo, sufrió un gran golpe. Noche a noche, permanecíamos juntas en cama llorando. Bueno, ya he hablado mucho de mí. No me resulta fácil escribirte.

No puedo hacerme a la idea de verte con barba y bigote, como te describen en la prensa. No como estás en la foto. No me atrevo a decirte qué está bien o mal, pero, creo, te has infligido un castigo terrible. A pesar de tu fuerza (yo que la he sufrido, pero esto es mejor no decirlo, a riesgo de que se entienda mal), eres una persona delicada y no debes arruinar tu salud. La verdad, no has cometido ningún crimen. Y no eres, como piensas, un asesino. Siempre has mostrado una naturaleza buena, tierna y, sobre todo, humana. Los once años que llevo contigo, ha sido el periodo más feliz de mi vida. Como tú dices, a mí tampoco nadie me quita lo bailado: contigo, claro. Encantada de que estés vivo y de que continúes por muchos años dando la batalla, leyendo, hablando y escribiendo como hasta hoy, me despido hasta un nuevo encuentro. Eternamente tuya, Lucía.

El vestido de Catty estuvo listo muy poco tiempo después de terminado este relato: relato para leer antes o después de la boda. La que se realizó en Medellín, ciudad donde ahora ella se ha unido a Sebastián, con la convicción y la seguridad de que como decía Rilke: “El amor es la unión de dos soledades que se respetan”. Larga vida a sus cuerpos, buen viento y buena mar en su larga travesía por los cauces de la vida y que lejos de ellos se halle la nave que nunca ha de volver... con toda la alegría y la esperanza por los hijos que han de venir y el anhelo de buena salud y larga vida también para los padres de Catty y Sebastián y para sus familias, es el deseo sincero de Lucas y su hijo Anton y de Lucía y su hija Alina.

Cuando este cuento resultó ganador en un concurso cuyo nombre se omite para poder vencer en el que ahora participa, apareció el siguiente comentario en la prensa nacional, sin firma: “Estas imágenes de tranquilidad, tolerancia y paz son una metáfora del país soñado y contrastan con los rostros de muerte que ofrecen políticos y dirigentes: la respuesta obvia a una lujuria arrastrada por los caminos de la desviación, la inversión, el sadismo. Una representación

viva/inerte del cuarteto de la muerte y la doncella, en el que ésta es, cómo no, el pueblo maltratado y expoliado, humillado y ofendido, víctima, no en últimas, de una sempiterna e inaceptable violación de la que ya no se repondrá jamás. A menos, claro, que haya una nueva repartición del mundo y a Colombia le toque quedar en un utópico lugar, lo más lejano de, e inaccesible para, los Estados Unidos: pero, como esto es un imposible pues ahí está el resultado concreto de la realidad inmediata, desnuda, no inventada”.

¿LE BOX C'EST MOI? NO, EL BOXEO SOY YO

Para H. R. H., tan amante del boxeo como J. C.

Para el maestro A. P. M., por sus reparos.

Para mis hijos... siempre.

No te voy a asegurar que fui el más grande de los boxeadores cubanos, ni el más popular, ni el de mejores récords. Tampoco, seré soberbio al decirte que fui el que más dinero ganó. Eso opinan de mí la crítica y el público, no yo. Lo que sí te puedo sostener es que Eligio Sardiñas, yo, apodado *Kid Chocolate*, estoy considerado por esa misma crítica, por ese mismo público, entre los diez grandes pesos pluma de todos los tiempos y puedo sentenciar, a la manera de aquél escritor francés: “Le box c’est moi” Algunos me han visto siempre como un artista del ring que aprendí lecciones con los grandes boxeadores de la historia, cuyas películas estudiaba, como otros lo hacen para ser escritores, pintores, músicos o lo que sea: como las de Joe Gans/Battling Nelson, Jack Johnson/Jim Jeffries y Benny Leonard/Lew Tandler. Otros alaban mi velocidad, ritmo, habilidad, similares a las de un músico de jazz, saxofonista, guitarrista, pianista, bajista, baterista: especialmente este. Ya sabes, por aquello de que cuando miro a un baterista evalúo sus reacciones, su velocidad, iguales a las de un boxeador. Virtudes que no son poca cosa si notas que tengo el brazo izquierdo más corto que el derecho.

Nací en La Habana, en el popular barrio de El Cerro, el 28 de octubre de 1910. De niño fui, como varios de los de mi cuadra, vendedor de periódicos. Como dicen los yanquis, soy un auténtico *self-made-man*. ¿O qué tú crees que es alguien forjado a pulso? Me refiero a tener que arrastrar cada mañana una tricicleta con diez arrobas de papel periódico, por las calles de la ciudad donde nació. No te imaginas, chico, la cantidad de anécdotas que te podría contar acerca de con qué dificultad me desplazaba, cuánto me gastaba en tiempo para ir de un barrio a otro, de qué manera sudaba, la paciencia que debía tener con los bromistas que no hacían sino gritarme: “¡Estudia, no comas

prensa!” o “¡No comas cuento, trabaja!” o “¡Coge oficio!” Y yo, a punto de derretirme por el sol, a eso de las once a. m., cuando ya terminaba el reparto, le contestaba a cada uno de ellos: ¡Fresco, compadre, mañana te veo en el tinglado!, mostrándoles al tiempo mi brazo derecho, el más largo, sobre el izquierdo en forma de arma obscena. Bueno, sobra decir que las armas de por sí son obscenas. Y ese mañana de cada día, de todos los días, me llegó finalmente doce años después... empezaba así otro tipo de carrera, una forjada a golpes concretos, no tan de azar como los que hasta ahora había repartido.

En 1922, a los doce años, como los que tenía Muhammad Alí al denunciar el robo de su bicicleta, razón por la que terminó de púgil, me inicié en el boxeo: gané entonces el campeonato auspiciado por el diario *La Noche*. Fíjate, ahora la prensa me devolvía su difusión con un triunfo, lo que a la vez era una chamba. Ya como amateur intervine en cien peleas y las gané todas, 86 por nocaut y las otras por decisión. Siendo semi profesional derroté al campeón metropolitano de Nueva York y enseguida pasé al profesionalismo. Por mi primera pelea profesional devengué 32 pesos y 40 por el primer combate que sostuve en el país del Tío Sam. Nunca, a propósito, he entendido lo de Tío: debe ser porque es un país sin padre conocido, ¿sí o no? Siete meses después recibí diecisiete mil quinientos dólares por mi enfrentamiento con Bushy Graham y, en junio de 1929, al año de mi debut en gringolandia, batí récord de taquilla en el Polo Grounds: más de 66.000 personas fueron a verme pelear. Pagaron por entrar doscientos quince mil seiscientos veinticuatro dólares, de los que recibí 50 mil, la mayor cifra recibida por un peso pluma en toda la historia del boxeo hasta entonces.

Todo esto no te lo cuento por farolón, sino para que te des cuenta de los contrastes entre la opulencia y la pobreza, como más adelante lo podrás notar cuando ya caí en desgracia. Óyeme bien, cuando *caí en desgracia*, que no es lo mismo que ser pobre, como no tener recursos no es nunca lo mismo que ser pobre y, menos, indigno... Te lo cuento porque cuando regreso del gimnasio y entro en mi casa, luego de los

vapuleos al cuerpo, siento que llego a la clínica del alma, el lugar donde para que no duela, la palabra tiene que ser dicha. ¿Que para qué? Pues para liberarme de esos golpes al cuerpo y al alma, aunque también para sacar esos otros que no se ven, pero están ahí, los que me ayudan a captar la diferencia entre esplendor y ocaso y viceversa. ¿No has visto la cinta *Cuerpo y alma*, del gringo Rossen? Hombre no es sino que la veas y entenderás todo lo que se esconde detrás de la lucha por un bistec: solo cuando hayas conocido la diferencia entre ser rico y ser pobre, por experiencia propia, podrás entender cabalmente qué significa ocaso y qué esplendor, ¿me copias?

Y ya que hablamos de luchar por un bistec, te voy a contar una historia que me pateé en New York, una vez que pisé suelo gringo. En la Estación del Metro fui testigo de lo que ahora no sé si fue así o imaginé y que puedes titular como quieras: una señora, blanca, más o menos 60 años, distinguida, de sombrero, con paquetes en la mano, entra al Metro. Va de prisa, mirando los personajes que ahí moran: un pordiosero, que la inquieta; un negro, de bigote y barba, gorro blanco de lana y bolsa en mano, que pasa casi desapercibido. Un momento antes, ella se ha fijado en su tiquete para viajar. Avanza: de pronto, en un descuido, choca con un hombre negro, de gafas oscuras. Las cosas que lleva en la cartera salen disparadas; el hombre, solícito, intenta ayudar a recogerlas, pero ella se niega: “Voy a perder el tren”, advierte y avanza por la puerta 28. Acelera el paso, pero ya es tarde. El tren ha partido. La señora revisa su cartera: al parecer, ha perdido algo... por su cara de tristeza, debe ser la billetera.

Regresa a la zona de pasajes. Se limpia un par de lágrimas. Delante suyo cruza un mendigo afroamericano, con un pañuelo en la cabeza, hace sonar su armónica y al tiempo suelta: “Bendito sea Dios”. Y agrega: “¿Cómo te va?, sin que se sepa a quién pregunta. Debajo de su chaqueta, una bufanda de lana, para las eventualidades del clima. Vuelve a sonar su armónica y reitera: “Yo te conozco. Feliz año nuevo”. A la vez, por el altoparlante se escucha: “Atención, por favor, llamamos a L. C. Winner”. La señora, entretanto, se dirige a una cafetería, pasa frente a una vitrina, la abre y saca un bistec a fin de

almorzar. Intrigado, la sigo. Ella se dirige al dependiente: “¿Cuánto cuesta?” “Dos dólares”, le responde el hombre, blanco, con gorro de chef. “No sé si me alcanza”, señala, el hombre se sorprende y ella: “Un dólar... aquí hay más”. “Veamos... un dólar con 52.” “Tome, señora”, dice el hombre y le da vueltas. “Gracias”, dice ella y pregunta por servilletas. “Tenga”, añade el hombre.

Ella se voltea, a su izquierda, busca una mesa. Avanza despacio, mira a lado y lado, hasta que, por fin, al costado izquierdo en una mesa cualquiera, pues todas están libres y además son iguales, ubica sus paquetes, se sienta y pone su bistec sobre la mesa. De pronto, advierte que le falta algo y regresa a la vitrina. Su silueta se dibuja en la pared. Toma cubiertos, los mira, limpia y retorna a la mesa. Mientras avanza, una mueca se dibuja en su cara y a ella se suma un evidente desagrado: sin más, su mirada se dirige al negro, de bigote y barba, con gorrito blanco que antes, en el metro, pasó desapercibido. Ante la mirada atónita de ella, el hombre engulle un bistec idéntico al de... Ella no lo puede creer. Muchas ideas cruzan su cabeza. No atina a saber qué ha sido de su plato: “Ese es mi bistec”, asegura al negro que, seguro, responde: “Váyase al carajo”. Y ella, rotunda: “Ese es mi bistec”. Aquél, ríe. Ella trata de tomar el plato, pasando sus manos por sobre las del negro, que con celo lanza un ruido y lo retiene. Continúa comiendo con fruición, mirando al plato, indiferente a la señora.

De repente, levanta su mirada, alza el brazo y toma el salero de la mesa siguiente. La señora lo mira, irritada, mientras él sigue su tarea de ingestión, clava tenedor y cuchillo, que suenan en la comida. Ante la indiferencia del negro, ella mete su tenedor en el plato y saca un bocado. El hombre levanta sus ojos, cuestionándola, mete otro bocado a la boca, vuelve a alzar la vista y la señora ataca de nuevo y engulle lo que saca. Se miran, el hombre vuelve a comer, la señora eleva las cejas y deposita el tenedor en el plato para ingerir. Vuelven a mirarse: mientras, el dependiente se fija con interés en lo que ocurre con sus dos únicos clientes: bueno, tres, conmigo, que solo he pedido una cerveza. Bocado va y viene en la boca del hombre y en la de la mujer, hasta que el negro alza su mirada, hace un gesto de satisfacción y se

lleva la servilleta a la boca. Se para de la mesa, camina hacia la vitrina y regresa con dos cafés. Le ofrece uno a la señora y el otro se lo toma. En paralelo, la señora escarba los restos del plato y el dependiente se quita el gorro, toca su cabeza e intenta comprender lo que pasa.

Al volver el hombre a la mesa, la mujer vuelve a sorprenderse. Aquél le ofrece azúcar y ella: “No, gracias”. Entonces, el negro saca dos bolsas de crema instantánea, le ofrece una y la otra la deposita en su café. Suenan las tazas, un halo de armonía ronda el ambiente, el hombre alza la taza, le lanza una sonrisa y brinda con ella, que asiente con sus ojos, sonrío a su vez, toma un sorbo más de café, lo mira, baja la vista como quien sospecha algo, mira el reloj, se para de la mesa, cuelga su cartera al hombro y se va. A la par, el hombre atónito ha levantado su mirada, toma café y en su rostro asoma la tristeza por el abandono de ella que se dirige de nuevo al tren. De pronto se detiene, parece haber dejado algo en la cafetería y regresa con desespero. Entra, advierte que él no está, la sorpresa se dibuja en su cara, mira sobre la mesa, ve los restos del bistec, del café y nota que sus bolsas no están. Lanza una queja de dolor y camina de un lado para otro, preguntándose por sus paquetes. Va y viene, hasta que por fin... advierte, en otra mesa, su bistec y sus bolsas, intocados. Se sienta y exclama: “Por todos los demonios”. Voltea a mirar las mesas, todas idénticas, y suelta una risa culposa/libertaria, una vez más mira la hora, coge sus paquetes, se ríe y parte del lugar para, por fin, tomar el metro. Pasa un mendigo: “Una limosnita, por favor”. Ella, indiferente y a la vez satisfecha, sube, por fin, al metro. Se recuesta dentro del vagón, como quien está exhausto. Lo único que pasa por su cabeza y que tal vez no olvide es la cita del almuerzo. El tren pita y arranca...

¿Cómo te pareció la metáfora del canibalismo interracial, a la que, por contraste, aquí podrías titular *la cita del almuerzo* o, con algo de ironía, *el fin de la lucha por el hambre* o, con humor desenfadado, *la dulce caída del racismo*? Bueno, volviendo a mis días de esplendor, te cuento que tuve doscientas noventa y siete peleas y sólo perdí diez, ya vas a saber por qué. Durante más de diez apariciones en el *Madison Square*

Garden, adonde también se presentó una vez el gran boxeador argentino Gatica, 'el Mono', en 1951, y perdió frente a Ike Williams, llevé más de un millón de dólares a las taquillas. En trece peleas hice una bolsa de doscientos cuarenta y tres mil ochocientos dólares. Alcancé los máximos honores del boxeo y establecí el récord de ganar ciento sesenta y nueve peleas consecutivas: algo como para el libro *Falklands* de Cortázar, ese otro monstruo gaucho al que, lástima, no conocí: seguro me hubiera comparado con Miles Davis, el Picasso del Jazz... pues también era pintor, no vayas a creer que la cita es para impresionistas o para impresionables. Simplemente, la traigo a colación porque fue él quien dijo: "El boxeo es como el jazz. Cuando miro a un baterista evalúo sus reacciones, su velocidad. Él entra y sale como lo haría un boxeador en el ring". Como también hay que hacerlo en el amor, para seducir. Entrar y salir es el secreto. Acercarse y retroceder. Huir cuando no se puede...

Más tarde, hice un desastroso viaje a Europa y fui noqueado por primera vez en noviembre de 1932 cuando enfrenté a Tony Canzoneri, apellido que no es apodo. Pero, todo hay que decirlo, Canzoneri fue una piedra en mis zapatos italianos. Siempre sostuve que mi primer combate se lo gané al ítalo-gringo, un combate cerrado a través del cual, no obstante, pasó un rayo de inconformismo cuando fue declarado ganador. Desde entonces volver a medirme con él se convirtió en obsesión. Y Canzoneri, quien era tan bajito como el director de *El Toro salvaje*... ¿cómo se llama?, eso, Martin Scorsese, pues medía solo un metro sesenta y cuatro, en aquel segundo encuentro del que mejor sería no acordarme, con su pegada descomunal me mandó a la lona al inicio del segundo round. En cuanto a las diez peleas que perdí en aquellos días de esplendor, apenas diré que enfermo por la euforia de otrora y debilitado por la sífilis presente, ya nunca más sería el que fui. Aun así, en 1938, propicié una recaudación de diez mil pesos en el estadio de *Cervecería Polar* en Puentes Grandes, cuando derroté a Julián Fillo Echeverría. Basándome en el recuerdo te diré lo que pasó en la tarde del domingo 20 de marzo, recuerdo sujeto a los requiebros de la memoria, a los avatares del olvido.

De los diez rounds que peleamos solo uno logró ganarme *Fillo* y ese fue el noveno, en el que pareció que las posibilidades del *Chaval de Manolo Braña* por noquearme, hicieron renacer el ánimo de sus simpatizantes; pero la cosa no pasó de ser un ligero susto para *Pincho*, mi manager, ya que salí para pelear el siguiente round que marcaba el fin de la pelea a una velocidad fantástica y por completo distinta a como había batallado en el anterior. Parecía como si hubiera guardado mi reserva para este último episodio. Tan pronto sonó la campana, salí despedido de la esquina y fui al encuentro de mi rival para darle la mayor paliza que recibió en sus días de peleador. Mira lo que escribió el cronista de la época, de cuyo nombre ahora no es que no quiera sino no puedo acordarme, lo que no cesa de producirme cierta melancolía, porque me deja con el acre sabor de la impotencia frente a los mares, ya no lagunas, de la desmemoria. Razón por la que actualmente, a través de las palabras del cronista, siento como si la victoria de ayer fuera mi derrota de hoy. Y aun así experimento a la vez una suerte de éxtasis apenas comparable al de un coito no aceptado socialmente... y ya sabes que la mayoría de los coitos, en especial el ajeno, no se acepta socialmente:

“Las manos del *Kid* salían desde todos los ángulos y era casi imposible verle los movimientos, pero, en cambio, se apreciaba perfectamente cuando sus guantes hacían estragos en el rostro del peleador hispano, que ya a esas alturas lucía ensangrentado y sin un lugar donde pudieran abrirse nuevas heridas, porque desde los primeros rounds la obra destructiva se había realizado. Ambos ojos presentaban heridas abiertas sobre las cejas y en uno de los pómulos. Su boca sangraba tanto como su nariz y todo en él era una masa sanguinolenta, que daba lástima mirar, al mismo tiempo que producía admiración verlo tratar de colocar en tal estado su derecha sobre la quijada del contrario, en su desesperado intento por aniquilar a esa máquina de lanzar trompadas que tenía enfrente y que tanto daño le estaba haciendo. Ese fue el final de la

pelea que más olas de pasión había levantado en nuestro pequeño, pero, a veces, inmenso mundo pugilístico”.

Ese día, con 128 libras, derroté por decisión a *Fillo* Echeverría, de 124 y cuarto.

Y si te hablo de melancolía no es solo porque nadie olvida a voluntad sino porque, ya tú sabes, después de dar y recibir tanto golpe uno resulta enfermo de Parkinson, como Alí, o se vuelve sentimental, como los políticos. Pero solo cuando ganamos, como lo deja ver la historia de Perón con Gatica. Tal vez no conozcas esta historia que podría resumirse como la de un odio que conviene no olvidar... La de un hombre que se convirtió en estrella del boxeo, alcanzó las mieles efímeras de la fama y cuando ya no fue útil al régimen, se le relegó al desprecio, a la marginalidad, al olvido. Y ya sabes lo que este trae... porque, pese a todo, no quiere que lo dejen solo. Contra el desdén oficial y la desidia del pueblo, Gatica se aferró a la vida, como por momentos a su contrincante, para no ser derrotado. Pero ya es un hombre de 38 años (lo que me trae al recuerdo el año 1938) y además parece un viejo. Hasta ese momento ha sido capaz de sobrevivir en la miseria, pero no hay miseria que dure cien años ni cuerpo que la resista, dicen los viejos de verdad, no los de mentira con apenas 38 años. A los que no les sirve ya de nada su cicatero desdén por el futuro. Tampoco su ánimo inconsciente de soñar con el pasado, uno teñido con el rojo-sangre y el negro-derrota. Y para quien ha dejado de tener sentido su ambición larga y su constante rabia. Un hombre para quien, como para mí, la única compañía desde su nacimiento ha sido la violencia. La que lo ha obligado a bajar la cabeza para fijar su mirada en los zapatos que lustra. Parábola de la que, sin embargo, hay que desconfiar como otros ciegamente confiarían en su revés.

Gatica miraba desde abajo la cara de la gente, pero hasta ese privilegio tuvo que defender a golpes frente a competidores tan desesperados como él. Por eso, cuando otros limpiabotas pasaban por ahí, se quedaban impresionados con su agresividad. En realidad, la de un hombre calmado como yo que, paradójicamente, siempre me he

movido entre la violencia y la ternura. Así como impresionaba a los marineros que llegaban a puerto con el afán de dejar a otra mujer en él y por veinte pesos debían enfrentarse a un rival por entonces invencible. Y además no dejaban a un amor, sino que eran dejados por él. Gatica, después de agachar a corpulentos marineros, abandonó su parada en Constitución, donde con diez años se había hecho embolador. En 1945 debutó en la única luna que tiene Buenos Aires, el Luna Park. Un golpe seco suyo dio por tierra con Mayorano. Triunfos consecutivos comenzaron a dividir a la tribuna: *Tigre*, para la popular, *Mono* para el *ring-side*. La razón era simple: la popular arengaba al morocho que rugía de furia en cada combate y que a la vez no conocía mirada distinta a la del odio; el *ring-side*, que deploraba su falta de clasicismo, lo abucheaba por asuntos de clase. Vinieron luego las peleas con Alfredo Prada. La última con él, en 1953, significó su derrota y el comienzo de la caída. Prada dejó el boxeo con dinero en el banco. Gatica volvió a villa-miseria, como si su vida fuese una imperfecta alegoría: una explosión de luces que al estallarle en la cara, le hubiera dejado súbitamente ciego. Dos años antes, en 1951, se subió al ring del *Madison Square Garden* frente al campeón mundial Ike Williams, a quien éste llamó a pelear sin poner en juego el título. Bastaron tres tiestazos para que Gatica se derrumbara. Perdió así no solo la posibilidad del título mundial... y comenzó cuesta abajo en la rodada, hasta perderlo todo antes de su trágico final. A cambio, siempre conservó su orgullo, el que lanzó a la cara de Perón cuando se lo presentaron y a quien le planteó la igualdad, esa palabra desconocida por los poderosos. Al darle la mano, le dijo: "General, dos potencias se saludan". Así, también, se cinceló un odio de esos que conviene no olvidar.

Aun así, como nada hay que callar, es clave recordar que en 1955 la Asociación Argentina de Boxeo había sancionado de por vida a Gatica, por oponerse a la dictadura militar que derrocó a Perón, su amigo y compadre hasta ese momento. Gatica, 'el mono' ("las pelotas", diría él), para la popular, el *Tigre*, para el *ring-side*, murió el 12 de noviembre de 1963, con 38 años, a la salida de la cancha de Independiente,

atropellado por un colectivo al que quiso subirse en la esquina de Herrera y Luján, en pleno barrio de Barracas. Al estar borracho, le fallaron las piernas y las ruedas del vehículo le pasaron por encima. Su sepelio en el cementerio de Avellaneda fue una impresionante demostración de dolor popular: el trayecto desde su villa-miseria hasta él duró siete horas y media. Está allí desde entonces, ganándole la pelea al odio, a la traición, al olvido: al olvido, a la traición, al odio del poder, sobre todo...

Cuando Gatica perdió frente a Williams nunca en la vida Perón volvió a tomarse una foto en su compañía, lo que de paso lo puso en el desgraciado e insoportable camino de la despedida y peor aún del desafecto ya no solo personal sino popular y esto sí duele. Lo del odio personal sería lo de menos, al fin y al cabo, Perón no fue más que un milico prepotente, suerte de pleonasma, un demagogo y populista. No obstante, la marcha de la caravana con el féretro de Gatica hacia el cementerio demoró lo que ya quisiera un político, no solo Perón, durara la suya: ¡siete horas! Ahora, nada más doloroso que lo pongan a uno en la ruta del fin como pasa con Mountain Rivera, en el filme *Réquiem por un peso pesado* cuando Alí, precisamente, lo noquea en el séptimo asalto y, en una escena que ya Rivera no olvidará jamás, entra por el asfixiante túnel del olvido, al desencadenarse el drama de un pegador acabado, al que solo el amor podrá redimir... al que a la postre nada ni nadie podrán redimir: la de Rivera es la crónica real, no literaria, de un perdedor, de un vencido, de un desgraciado. Claro, un desgraciado por designio no divino, sino humano: a causa de su manager...

Otro desgraciado, por razones distintas a las de Gatica, fue Cassius Clay, luego llamado Muhammad Alí cuando se hizo musulmán y más tarde sunita. En efecto, Clay fue una víctima de su propia soberbia... y te digo por qué. Durante mucho tiempo su estilo de pelea se basó en burlarse del oponente, en flotar como una mariposa y picar como una avispa, en su bicicleta, en su *lucky-punch*, en su mano fantasma, en su *rope-a-dope*, es decir, en recostarse contra las cuerdas, desgastar al contrario, recuperarse y luego doblegarlo. Pues bien, para mí, no sé si

para ti, basado en la última estrategia, la de debilitar al contrario soportando un duro castigo hasta los siete primeros rounds para luego contraatacar, a Clay, ya como Alí, en su célebre pelea contra Foreman en Zaire, se le fue la mano y, aunque ganó por nocaut en el octavo asalto, comenzó a labrar su caída en el mal de Parkinson: a mi juicio, peor que el de la sífilis... con esta al menos antes de tenerla te divertiste; antes de la caída estuviste en una cama rodeado de manos amorosas y no siempre interesadas; antes del retiro gozaste caricias de delicadas damas y no golpes ni mordiscos de rudos caballeros, no precisamente generosos ni desprendidos. Y eso sin hablar aquí de los managers, esos otros dandys no pocas veces verdaderas hienas... que aparecen como simples descubridores de talentos cuando en realidad son vampiros fuera de los catálogos al uso, fuera de los libros que ya solo se leen para hacer películas con las cuales descrestar a los incautos, a fin de inocularles el miedo.

El 17 de diciembre del mismo año 38, luego de una pobre exhibición frente a Nicky Jerome en el Palacio de Deportes de La Habana, *Pincho* me obligó a retirarme. ¿Sabes por qué le decíamos *Pincho*? Porque todo lo que veía por ahí, *volando*, era su expresión, se lo colgaba en su garfio derecho, más largo que mi brazo izquierdo. Él no decía “la toco y me voy”, como en el fútbol, sino “la pincho y me piso” y si tú no te reías, chico, te miraba de un modo del que ni la peor de las brujas era capaz. Pero, no creas que lo del gancho le impedía ser un tipo como cualquier otro al que se considera sano y muchas veces termina siendo, por contraste, una víctima de la enfermedad. Mira que, en el fondo, las enfermedades que agobian a ciertas personas muchas veces las empujan hacia la grandeza, mientras que las supuestamente sanas van a dar al caos... Que no es mi caso pues si bien no estoy sano no me considero enfermo, aunque lo sea; porque, eso sí, no soy un tonto de esos que escupen para arriba y piensan que la saliva no va a dar en el otro o va a caer en dirección inversa a la de la gravedad.

La enfermedad de la que te hablé, que se me diagnosticó en momentos en que solo el arsénico servía para combatirla, finalmente me derrotó

hacia 1938 y, pese a todo, la llevo arrastrando conmigo durante casi medio siglo. Fíjate que de esta no se libran ni los mejores seres humanos: ni Beethoven, cuyas cartas privadas revelan relaciones con prostitutas en 1797, que derivaron en sífilis y de ahí su sordera posterior; ni Van Gogh, quien se enamoró en 1882 de una prostituta llamada Clasina Hoornik a la que contrató como modelo: ella, que posó para su cuadro *Pena*, pudo ser la que le contagió el virus; ni Nietzsche, por las mismas razones que las del genio de Bonn y a quien se le diagnosticó el mal en 1867, a los 23 años; ni Baudelaire, otro amigo de las jineteras del deseo, quien en 1861 le confesó a su madre que sus líos de salud provenían de una venérea que contrajo en 1839 en París, mal que le impidió tener sexo con su pareja, la morenaza Jeanne Duval. Recuento que te hago solo para señalarte que la sífilis es una enfermedad democrática: le puede dar un poquito a todo el mundo.

Nadie sabe las que tuve que pasar por mis continuas incursiones en los grilles y burdeles de La Habana en mi pretensión de encontrar el afecto en medio del barullo de la prostitución. Y que nadie me venga ahora con moralismos o a hablarme mal de las mujeres con las que anduve en esa época, jineteras, ramera, putas o como quieras llamarlas. Oye, nunca he entendido por qué tanto desprecio por un ser humano que ha decidido *ganarse la vida* (¡qué expresión más falaz!) acostándose con el primer parroquiano que se le aparezca. ¿Es acaso fácil para una mujer dejarse acariciar o maltratar, según sea el caso, por cualquier aparecido? ¿No vi muchas veces a un tipo golpear a una jeva simplemente porque le recordó a un amor frustrado? ¿Y en otras llegar hasta al uso de cuchillo para dirimir un conflicto entre dos hombres a causa de una de ellas, sin que se supiera la verdadera razón del lío? Pues bien, a lo que quiero llegar es a que, si acaso no tuve problemas como los que te cuento, al contrario, por ser bien recibido por ellas, terminé contrayendo ese mal democrático del que te hablé.

De esta manera, yo, Eligio Sardiñas, que solía repetir con frecuencia “Le box c’est moi” y que gané una fortuna peleando, terminé como entrenador y en la pobreza, eso sí, nunca en la miseria, ¿me entiendes?

Sin embargo, como no hay tristeza definitiva que se agazape en la carpa de un hombre nuevo, aquél que siempre vio en la alegría la forma más acendrada del saber, una tarde que departía con amigos y fans en la bodega de San Rafael y Hospital, a la par que rememoraba las bolsas que me reportaron las peleas con Berg, Singer y Canzoneri, rememoraba la que no solo fue una virtud mía, también del sioux *Toro Sentado*: nuestra común preocupación por la niñez desvalida. Mientras él les daba a los niños las monedas que recibía por fotos y autógrafos, para burlarse del blanco metalizado, yo, yendo en mi Cadillac por las calles habaneras repartía entre ellos hasta la última moneda que había en el bolsillo. Y qué pena tener que decirlo yo mismo, pero es que, si no, viene otro, me cambia el libreto y fuera de eso me embarca en un chisme del que nadie se salva, ¿te das cuenta?

Estando en la bodega ya citada, de repente, uno de los presentes me soltó: “Caramba, campeón, si hubiera ahorrado algo, hoy no estaría en la miseria”. Mierda, sentí como si me clavaran el garfio del *Pincho* en lo más hondo del hígado, aún más, vi el hígado convertido en un estropajo lleno de agujeros entre verdes y amarillos y sin posibilidad de vuelta al color original. Me despegué de la barra, miré de arriba abajo a mi interlocutor, le puse una mano en el hombro y lo sacudí con el verbo: “¿De dónde tú sacas que estoy en la miseria?” Confundido, el intruso trató de disculparse, pero no le di *time*: “Apréndete bien esto y que no se te olvide jamás. Muchos de los que se llaman ricos hicieron su fortuna a costa del dolor, del llanto y de la sangre ajena. Yo, que no amasé fortunas con el sufrimiento de nadie sino con esfuerzo, sudor y lágrimas, me sentí dichoso proporcionando felicidad a los demás” ... Lo de las lágrimas es un invento. También yo puedo ser sentimental. Apuré un ron y arremetí: “Ahí tienes la diferencia entre un rico pobre y un pobre rico. Yo, que con mi dinero repartí alegrías, me siento millonario y duermo a pierna suelta porque todavía disfruto del más grande tesoro que pueda haber: el calor de mi gente”. El hombre insistió en disculparse, pero no le di tregua: “A quien te diga que *Kid Chocolate* vive en la miseria, dile que es mentira. Que aun sin un centavo, el *Chocolate* sigue siendo rico”. Ah, y si te interesa agregarle

algo a quien te escuche, dile que “El boxeo soy yo”, en español, no vayan a pensar en un comemierda cubano/francés, y que me perdonen, eso sí, para qué te lo voy a negar o si no que sí existe un dios nos coja confesaos, Monzón, Briscoe, *Mantequilla*, Nicolino Locche, *Sugar Ray*, *Mano de Piedra*, desde luego tu padre y tantos otros que, por cosas de la sífilis, no recuerdo en este momento. Si bien la memoria es el único tribunal que no se puede corromper, a veces el olvido es la única tribuna en la que puedes salvarte.

Entretanto, el intruso enmudeció. No pudo soportar que alguien lo mirara hasta el fondo... Y ese alguien, *Kid Chocolate* para la popular y para el ring-side, a diferencia de Gatica, a semejanza de Alí, soy yo, el boxeo o, si prefieres, el boxeo soy yo.

P. S.: He aquí lo que *Kid Chocolate*, quien falleció donde había nacido el 8 de agosto de 1988, le contó tres años antes, en 1985, al autor de este relato: que otros se jacten de lo que quieran, de haber escrito lo que escribieron, de haber leído lo que leyeron. Al suscrito, Rocky Valdés Jr., nadie le quita lo oído, ni lo bailado, ni lo vivido... Y al contrario de lo que decía *Kid Pambelé*, compadre de mi papá: “Es mejor ser pobre que rico”. Y aquí ser pobre no es lo que piensan los ricos. En cambio, los ricos siempre serán lo que piensan los pobres...

YO, ERNESTO GUEVARA, *CHE*: UN CUENTO QUE NO ACABA...

Casi todo el mundo cree saber, es más, asegura, cuándo nació. Yo, no. Según mi madre, nací el 14 de mayo de 1928, tauro, o sea, audaz y obstinado, y no el 14 de junio, géminis, sumiso y mediocre. En otras palabras, mi madre querida, Celia, había mentido... bueno, che, había tenido que mentir, porque el día de su boda con mi padre, llamado como yo y de apellidos Guevara Lynch (lo que nos emparenta con los irlandeses y más atrás con los celtas), estaba en el tercer mes de embarazo. Y por eso fue que inmediatamente después de su matrimonio ellos se alejaron de Buenos Aires a refugiarse en la remota selva de Misiones, el mismo lugar en el que vivió y se mató Horacio Quiroga. Allí, mientras mi padre se dedicaba al cultivo de la yerba mate, Celia vivió el embarazo lejos de los ojos escrutadores de la sociedad porteña.

Poco antes del parto, viajaron río abajo por el Paraná hasta Rosario, donde ella me dio a luz y un médico amigo, cuyo nombre reservo, falsificó la fecha en el certificado de nacimiento: para proteger a mamá y a papá del pedo, la atrasó un mes. Así que, reitero, soy tauro, valiente y aventurero, y no géminis, escindido y sosegado. Ah, olvidaba: solo cuando cumplí un mes, mis padres avisaron a sus familias. En cualquier caso, esta no es mi historia, si ustedes prefieren es un cuento, un cuento que no acaba, contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, pero en suma un cuento. Todo lo que no se da a conocer en el momento, se desfigura o lo desfiguran vencedores o poderosos, se vuelve fábula, crónica ficticia, cuento o novela. Como no tengo mucho tiempo, siempre lo supe, esta no puede ser novela, apenas cuento.

Esta es, de alguna manera, la crónica de un niño solo... filme que, a propósito, alcancé a ver, en 1965, antes de mi partida para el Congo: y que me perdonen mis hermanos por la afirmación. Pero aquí, tratándose de una confesión, no religiosa desde luego sino ética, solo puedo aspirar a decir la verdad. La que, pese a todo lo que se diga, siempre duele: a uno o a los demás. En todo caso, siempre es preferible

un testimonio de primera mano a uno de terceros. Si familiares y amigos sospecharon de la historia y la fecha oficial, por aquello de... las aceptaron con discreción y durante años nadie las cuestionó. Si ese niño que fui no hubiera llegado a ser el revolucionario de renombre que soy, quizás mis padres hubieran podido llevarse el secreto a la tumba. Pero, nadie está dispuesto a llevarse a la tumba un secreto que le puede servir para ensalzarse, más que para elogiar a otro. Quiero decir, en otras palabras, que soy una de las pocas figuras públicas de los tiempos modernos (también la vi y no paro de reír aún al recordar cómo Chaplin desafía los engranajes del capitalismo), cuyos certificados de nacimiento y muerte son falsos y la única que ha firmado los billetes de un país con seudónimo: lo cual no me hace falso ni falsos a los billetes; más bien, es un hecho que apunta en dirección a la dialéctica de las cosas, diría Heráclito, precursor de la misma, el pensamiento que permite comprender las contradicciones simultáneas (hecho al que todos hoy echan tierra tal vez porque a los profetas, adelantados a su tiempo, los conservadores, o sea, los políticos, les ponen su tatequieto): “Una subida es al mismo tiempo vez una bajada”.

Lo que de por sí habla muy bien de la historia... y léase esto como la declaración de un político: al contrario de lo que se dice. Tal vez ustedes sepan lo que una vez, con furia, le comenté al dirigente congolés Chamaleso, que “había una cosa llamada historia que se compone a partir de muchos datos fragmentarios y puede ser tergiversada” y que por eso requería ese documento para disipar las dudas de los congolese y para que no fueran a decir que los cubanos habían ordenado la retirada. Pero, dejemos atrás la cuestión de los documentos y avancemos con la de la enfermedad. Siempre somos víctimas de nuestros temores. Pero al mismo tiempo nuestro miedo puede constituirse en el mayor motor. Pues bien, así como los dos yoes que se me pelean dentro son el socialudo y el viajero y mis dos debilidades fundamentales son el tabaco y la lectura, el asma, derivada probablemente de una precoz pulmonía, fue a la vez mi azote y mi libertad y a ella terminé por sobreponerme, así fuera a punta de la terrible cortisona: cuando tenía dos años, un día de mayo y no de junio

de 1930, mi madre me llevó a nadar al club náutico San Isidro Yacht. Faltaba poco para el invierno y hacía un frío bárbaro. Esa noche, me cuenta luego Celia, tuve un ataque de tos. El médico diagnosticó bronquitis asmática y recetó la droga habitual, pero el ataque, lejos de amainar, arreció. Papá y mamá entendieron que yo había contraído un asma crónica, que me afectaría por el resto de la vida y que alteraría la de ellos de forma inexorable...

Cuando los médicos recomendaron un clima seco para estabilizar el asma que empezaba a aquejarme, mis padres se trasladaron a las sierras de Córdoba, en Alta Gracia, pueblo de aguas termales en las estribaciones de la Sierra Chica cordobesa, cuyo clima seco atraía a pacientes de tuberculosis y otros males respiratorios. Por cierto, muy cerca del sanatorio de Santa María, adonde el muy querido Arlt llevó a su criatura Esther Primavera para que fuera tratada del mismo mal y aun así no pudo nunca evitar que cada vez que oía su nombre, o que lo mencionara, una ráfaga de viento caliente le golpeará el rostro: la pena infinita por la culpa. Mis padres siguieron el consejo de los médicos y la familia se trasladó a Alta Gracia. Pero, lo que la familia no imaginó es que la estadía breve del comienzo se transformó en nuestro hogar durante los siguientes once años. De ahí proviene mi manera bucólica de ver la vida...

En este punto cabe volver sobre mis dos debilidades fundamentales, pero invirtiendo el orden: primero, hablaré de mis lecturas, luego del tabaco. La verdad, desde épocas muy tempranas yo leía de todo, desde los griegos hasta Huxley. Nada del mundo de la lectura me era ajeno, aunque el mundo fuera tan ancho y, muchas veces, tan ajeno. Una de mis primeras lecturas sistemáticas fue la de los 25 tomos de la *Historia Contemporánea del mundo moderno* de mi padre: mis cuadernos filosóficos están repletos de alusiones a esos tomos. Un día comencé a escribir, de forma metódica, un índice de los libros que leía. En un cuaderno con tapas de hule negro e índice alfabético hacía anotaciones por autor, nacionalidad, título y género de la obra. Una selección tan larga y ecléctica que incluye novelas populares modernas, clásicos europeos, estadounidenses y argentinos, textos médicos, biografías, filosofía y

poesías. A lo largo del índice hay rarezas como *Mis mejores partidas de ajedrez*, del ruso Aleksandr Alexei, el *Anuario socialista 1937*, *La manufactura y uso del celuloide, la bakelita, etc.*, de R. Bunke. Mi gusto por la poesía dará, en el curso del tiempo, al famoso y poco leído *cuaderno verde*: allí está todo lo que no me atreví a preguntar sobre el sexo (femenino) y cómo pude superar la masturbación (mental) que representaba tanto poetaastro de la poetambre, para llegar a cuatro de los más grandes: el chileno Pablo Neruda, el español León Felipe, el cubano Nicolás Guillén, el peruano César Vallejo, una antología personal que me acompañó hasta el día de mi... del primero, Neruda, quizás no olvidé nunca su canto a Bolívar, una parodia de la Biblia a la manera de Mann y la historia de Jacob en José y sus hermanos: “Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire/ de toda nuestra extensa latitud silenciosa,/ todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:/ tu apellido la caña levanta a la dulzura,/ el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,/ el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,/ la patata, el salitre, las sombras especiales,/ las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,/ todo lo nuestro viene de tu vida apagada,/ tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,/ tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.” De León Felipe siempre llevo en mi memoria aquella noche cerrada: “Ya no puedo ir más allá./ Tropiezo de pronto en una piedra dura y negra/ y no puedo ir más allá./ Tengo que recular.../ y camino hacia atrás.../ camino,/ como un ciego camino.../ y tropiezo de nuevo/ en algo duro otra vez,/ otra piedra negra que no me deja pasar./ Y el cielo se oscurece/ y se hace duro también./ Entonces me amedrento y grito./ No oigo nada,/ no veo nada,/ y no puedo llorar./ ¡Oh, niño perdido y solo!” De Nicolás Guillén cargo con alegría sus sonetos, como el de no sé por qué piensas tú: “No sé por qué piensas tú,/ soldado, que te odio yo,/ si somos la misma cosa/ yo/ tú./ Tú eres pobre, lo soy yo; soy de abajo, lo eres tú; ¿de dónde has sacado tú,/ soldado, que te odio yo?/ Me duele que a veces tú/ te olvides de quién soy yo;/ caramba, si yo soy tú, lo mismo que tú eres yo.” De César Vallejo, el único de los cuatro poetas que no conocí y que murió cuando yo tenía nueve años, no me han abandonado nunca los heraldos negros: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,/ la resaca de todo lo sufrido/ se empozara en el alma... ¡Yo no sé!/ Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras/ en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte./ Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;/ o los heraldos negros que nos manda la Muerte.” En la poesía la pasión y el deseo conducen a una reflexión sobre la presencia y el gozo, sobre la materia de la fortuna y sobre las líneas de fondo de la realidad cotidiana. Siempre se escribe sobre la pasión, el deseo, la nostalgia. ¿Será necesario decir algo más sobre el tabaco, aparte de que sin él, sencillamente, no podía leer pues era el compañero inseparable, el amante incondicional, de mis lecturas, el que como la burrita, sin celo alguno, no me pedía más que un beso de vez en cuando?

Faltan desde luego muchos otros nombres, entre ellos el de otro peruano, César Moro, de quien ya hacia finales de la década del 50 aprendí algo que, sin saber, había hecho toda la vida y se lo transmití después a mis hijos, Hilda Beatriz, la niñita de cara redonda, a la que llamaba *Mao*, que tuve con la también peruana Hilda Gadea, y a los cuatro que me dio Aleida March, Camilo, Aliusha, Aleida y Ernesto: “Uno da todo para no tener nada. Siempre para comenzar de nuevo. Es el costo de la vida maravillosa”. Y yo les di todo a mis hijos, pero nada material, quizás porque nunca me interesó acumular, ni siquiera cuando fui director del banco nacional de Cuba, mucho menos cuando ya antes había sido ministro de industrias; además, una de mis hijas, siempre me dijo: “No te preocupes por la plata, papá” con lo que tal vez me quiso decir también que “para eso están los bancos” y ¿qué es más inmoral, atracar un banco o fundarlo...? Esta pregunta podría hacerseles a todos los banqueros: no sabrían qué responder... Aún recuerdo el choque que tuve con el habanero hijo de polacos Olatuski, quien había estudiado ingeniería y abandonó la carrera para dedicarse a la revolución y a quien le propuse asaltar bancos en Las Villas para allegar fondos y sus camaradas del llano se opusieron con energía y radicalidad. Cuando le dije que nos dieran los informes de los bancos que hay en los pueblos, para atacarlos y llevarnos el dinero, ellos se tiraron al suelo angustiados. Se opusieron con el silencio a la

distribución gratuita de la tierra y demostraron su subordinación al gran capital, sobre todo *Sierra*, es decir, Olatuski.

Pero, esto no es nada frente a la discusión que tuvimos, sobre la reforma agraria, sobre el problema de la tierra y su tenencia, problema central no solo en América Latina sino en el mundo. Cuando le pregunté lo que pensaba sobre ella, después de explicarle que cuando se hubiera ampliado y consolidado nuestro territorio, habría que hacerla, Olatuski resultó con una tesis reaccionaria: que las tierras ociosas deben ser entregadas a los campesinos y que se debe presionar a los grandes terratenientes para que les permitan comprar la tierra con su propio dinero; entonces se vendería la tierra a los campesinos al costo, con plazos de pago y créditos para la producción. Hirviendo de indignación, le respondí preguntando: “¿Cómo vamos a cobrarles la tierra a los que la trabajan? Ustedes los del llano son todos iguales.” Y Olatuski, enfurecido: “¿Y qué cree que debemos hacer, carajo? ¿Entregársela sin más, para que la destruyan como en México? El hombre debe sentir que lo que posee le ha costado un esfuerzo.” Entre risas, le respondí en serio: “Primero que todo no me carajee; segundo, ¿sabe usted que de tres o cuatro millones de hectáreas, a los mexicanos, tras la Revolución, les entregaron apenas doscientas mil hectáreas? Y, tercero, ¿acaso ya no les ha costado el esfuerzo de trabajar la tierra, lo que de por sí les da el derecho a poseerla?” Sin escucharme, Olatuski agregó: “No crea que los gringos se van a quedar sentados mientras hacemos las cosas abiertamente. Es necesario ser más discretos.” Mierda, ahí sí me la voló: “¿Así que usted cree que podemos hacer una revolución a espaldas de los gringos, como la que pretendió hacer Perón burlándolos y a espaldas de la Iglesia? Qué comemierda es usted. La revolución se debe llevar a cabo, desde el primer momento, en una lucha de vida o muerte contra el imperialismo. Una verdadera revolución no se puede disimular.”

Al filo del tiempo, esos dos yoes que se me peleaban dentro, el socialudo y el viajero, me convirtieron en guerrillero y en internacionalista. Para que nadie se llame a engaño, tengo que dejar claro por qué combate y qué significa el primero para mí: el guerrillero

es un reformador social. El guerrillero toma las armas en furiosa protesta contra el sistema social que mantiene a sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria. Ataca las condiciones especiales del orden establecido en un momento dado y se dedica a romper los moldes de ese orden con todo el vigor que permiten las circunstancias. El guerrillero es ante todo un revolucionario agrario. Interpreta los deseos de las grandes masas campesinas de ser dueños de la tierra, de sus propios medios de producción, de su ganado, de todo aquello por lo que han luchado durante años, por lo que constituye su vida y también será su cementerio. El internacionalista es, para mí, un hombre sin patria definida. Del que en determinado momento ya no importa dónde nació, porque ser de muchas partes es ya, dialécticamente, no ser de ninguna parte y a la vez de todas. Pero, eso no significa ser paria sino lo contrario: un ser humano nuevo, seguro de su origen, la fuente de su esencia, con raíces ecuménicas.

Todo el mundo asegura saber cuándo nació. Yo no. Lo que sí supe siempre, aparte de que no hay nada más indignante que la injusticia, es cuándo iba a morir y dónde; sin que importe que alguna vez le haya dicho a mi padre: "No sé en qué lado del mundo dejaré mis huesos". Sabía, con esa especie de secreto temor, que algún día los dejaría cerca de mi amada Argentina donde, particularmente, a Cortázar y a mí nos fue negado volver para morir... en el sitio donde uno ha creído haber encontrado un lugar en el mundo. Lo que sí debo reconocer es que nunca pensé ni soñé siquiera con dejar mis huesos en Bolivia: lo que resultó es más bien fruto no deseado de las contingencias, aunque haya algo desde el punto de vista de la coyuntura histórica. Por ejemplo, mi conflictiva relación con Mario Monje, presidente del Partido Comunista Boliviano. Una vez en La Habana le pregunté: "¿Por qué no empiezas una guerra de guerrillas en Bolivia?" y él, con supina displicencia me contestó: "¿Por qué? ¿Qué conseguiríamos con eso?" "Tienes miedo, ¿no es cierto?", agregué. Y Monje, provocador: "No, lo que pasa es que tú tienes una ametralladora clavada en el cerebro y no imaginas otra manera de llevar adelante una lucha antiimperialista." Me reí y no insistí más... No se puede discutir ni mucho menos pelear con la estupidez, pensé en ese momento.

Más tarde, después de aquella noche oscura en la quebrada del Yuro, como le dije al agente de la CIA, Félix Rodríguez, debo atribuir mi derrota al ánimo provinciano de los comunistas bolivianos, encabezados por Monje, que me habían aislado: lo que, en términos no cristianos, significa, traicionado. La madrugada del 8 de octubre, una compañía de *rangers* bolivianos conducida por el joven capitán del ejército Gary Prado Salmón se apostó en la cresta sobre la quebrada del Yuro, una zona inhóspita, de solo bajadas y subidas. Un campesino, Honorato Rojas, había delatado nuestra presencia, la del grupo guerrillero. De pronto, vimos a los soldados en las crestas peladas que se alzaban a ambos lados. Estábamos atrapados en una hondonada de trescientos metros de largo y apenas cincuenta de ancho; en algunos puntos era mucho más angosta. Pese a estar al descubierto, me atacó otra de mis debilidades: la claustrofobia. Sentía el pecho comprimido, la cabeza agitada, el estómago tembloroso. No quedaba más que abrirnos paso a tiros. Aposté a los hombres en tres grupos. El tiempo se detuvo por la tensión del momento. Pasaron varias horas. El combate comenzó a la una y media de la tarde, cuando los *rangers* detectaron a dos guerrilleros que se desplazaban. Apenas abrieron fuego con morteros y ametralladoras, el boliviano Aniceto Reinaga cayó.

Siguió un tiroteo pertinaz en el que murieron Arturo y Antonio y los guerrilleros se perdieron de vista. Oculto detrás de una gran roca en medio de un cultivo de papa, disparé mi carabina M-2 hasta que un proyectil dio en el caño y la inutilizó. Había perdido el cargador de mi pistola: estaba desarmado. Una bala entró en mi pantorrilla izquierda y otra atravesó la boina. Con ayuda del boliviano Simón Cuba, Willy trató de escalar la quebrada para huir. Varios *rangers* ocultos los miraban. Cuando estaban a pocos metros, el sargento Bernardino Huanca, indio menudo y robusto del altiplano se alzó de la maleza y nos apuntó con su fusil. Le dije a Huanca: “No dispare. Soy el *Che* Guevara. Valgo más vivo que muerto.” Lo mismo que pensaban los gringos y sin embargo... Más tarde, avisado por Huanca que gritaba por haber capturado a dos guerrilleros, llegó Prado. Me pidió que me

identificara y lo hice. Desplegó uno de los retratos de Ciro Bustos y confirmó mi identidad por la frente pronunciada y la cicatriz junto a la oreja, recuerdo del accidente que casi me mata durante la invasión de Bahía Cochinos. Luego, con su cinturón me ató las manos. Envió un telegrama a Vallegrande y después de ordenar a los soldados que nos vigilaran a Willy y a mí, volvió al combate.

A las tres y quince, el teniente coronel Selich recibió por radio el informe sobre el “combate sangriento” que libraban los *rangers* con “el grupo de rojos comandado por EL CHE GUEVARA!”. Al enterarse de que yo era prisionero, Selich abordó de inmediato un helicóptero y se dirigió a la escuela de La Higuera. De allí fue derecho al campo de batalla. Acompañado por el servicial corregidor de La Higuera, Selich bajó al cañón donde me tenían a mí. Mientras tanto, el combate continuaba en otras partes de la quebrada. Al bajar se cruzaron con un pelotón que cargaba a un camarada herido de muerte; le dijeron que había otros dos soldados muertos más abajo. Al llegar al lugar donde me encontraba, Selich tuvo un breve diálogo conmigo: me dijo que su ejército no era como yo imaginaba y yo le respondí que estaba herido, que una bala había destruido el caño de mi carabina y que así no tenía otra alternativa que rendirme. Luego Selich reprodujo esto en un informe confidencial. Mientras caía la noche y el combate se prolongaba en la quebrada, Selich condujo a sus dos prisioneros a La Higuera. Lo acompañaban el capitán Prado y el jefe de éste, teniente coronel Miguel Ayoroa. Dos soldados tuvieron que ayudarme a escalar la abrupta ladera porque solo podía apoyarme en la pierna derecha... como siempre quisieron los gringos. Pero, no, siempre estuve, como Cortázar, a la izquierda y sobre el rojo. Detrás venían varios campesinos con los cuerpos de los cubanos René Martínez Tamayo, Arturo, y Orlando Pantoja, Antonio. Esa tarde, atado de pies y manos, me tendieron sobre el piso de tierra y entre las paredes de barro de la escolita de La Higuera. Al lado, pusieron los cadáveres de Arturo y de Antonio. Cuando la muerte comienza a rondar, no hay quién la pare... menos cuando de por medio están los gringos. En otra sala, encerraron a Willy, vivo e ileso.

Debido a la oscuridad, el ejército suspendió la persecución de mis camaradas prófugos hasta las cuatro de la mañana, pero Selich apostó centinelas en prevención de que intentaran rescatarme. A las siete y treinta, Selich preguntó a Vallegrande qué debía hacer conmigo: le dijeron que me tuviera “en custodia hasta nueva orden”. Entonces, entró en la escuelita con Prado y Ayoroa para conversar conmigo. Luego sintetizó la conversación de cuarenta y cinco minutos en breves apuntes: “Comandante, lo noto algo deprimido”, me dijo Selich. “¿Puede explicar las razones por las que tengo esa impresión?” “Fracasé”, le dije. “Se acabó, esa es la razón por la que me encuentra en este estado.” A la pregunta de por qué había elegido combatir en Bolivia en lugar de mi “propio país”, respondí con evasivas, pero reconocí “tal vez hubiera sido mejor” luchar en Argentina. Elogié al socialismo como la mejor forma de gobierno para los países latinoamericanos, pero Selich me interrumpió: “Preferiría no referirme a ese tema. Además, Bolivia está vacunada contra el comunismo.” A lo que enseguida pensé: “No del todo, no del todo...” Me acusó de haber invadido su país y señaló que la mayoría de mis guerrilleros era extranjera. En ese momento, volví la mirada a los cuerpos de Antonio y Arturo y le dije: “Mírelos, coronel. Estos muchachos tenían todo lo que querían en Cuba y, sin embargo, vinieron aquí a morir como perros.” Selich trató de sacarme información sobre los guerrilleros prófugos: “Entiendo que Benigno está gravemente herido desde la batalla de La Higuera, donde murieron *Coco Peredo* y los demás. ¿Puede decirme, comandante, si está vivo?” “Coronel, tengo muy mala memoria, no lo recuerdo, ni siquiera sé cómo responder a su pregunta.” “¿Es usted cubano o argentino?”, me preguntó Selich. “Soy cubano, argentino, boliviano, peruano, ecuatoriano, etcétera... Usted entiende.” “¿Qué lo hizo venir a operar en nuestro país?” “¿No ve el estado en que viven los campesinos? Son casi salvajes, viven en un estado de pobreza que deprime el corazón, tienen un solo cuarto donde dormir y cocinar, nada de ropa, abandonados como animales...” “Lo mismo que en Cuba”, añadió Selich. “No, eso no es verdad. No niego que en Cuba todavía existe pobreza, pero al menos los campesinos allá tienen la ilusión de progresar, mientras que el boliviano vive sin esperanzas. Así como nace, muere sin ver mejoras en

su condición humana.” Enseguida, sin tener nada más que decir, los tres oficiales se pusieron a estudiar los dos volúmenes de mi diario de campaña en Bolivia y se quedaron leyendo hasta el amanecer.

El 9 de octubre, a las seis y quince, un helicóptero aterrizó en La Higuera. Venían en él el coronel Joaquín Zenteno Anaya y el “capitán Ramos”, es decir, el agente de la CIA Félix Rodríguez, quien desde hacía muchos años venía siguiéndome los pasos por orden de los gringos. Molesto por su anterior conflicto sobre la custodia del prisionero Paco, Selich no recibió con agrado a Rodríguez. Lo vigiló estrechamente y observó que traía, además de un poderoso radiotransmisor de campaña, una cámara con lente especial para fotografiar documentos. Según Selich, el grupo entró en la escuela donde Zenteno “conversó con el Jefe Guerrillero durante aproximadamente treinta minutos”. Rodríguez escribió un relato detallado del macabro encuentro conmigo, su archienemigo. Yo estaba tendido de costado sobre la tierra, las manos atadas a la espalda, los pies también atados, junto a los cadáveres de mis amigos. La sangre manaba de mi herida en la pierna izquierda y, según él, parecía “un montón de basura”. Cada vez que me miraba, Rodríguez me hacía sentir que estaba hecho un desastre, con el pelo enmarañado, la ropa harapienta y rota. Una especie de Cristo pobre de Mantegna. Ni siquiera tenía borceguíes, los pies sucios de barro calzaban unas fundas toscas de cuero, como las de un campesino medieval. Mientras Rodríguez me observaba, absorto por el momento, el coronel boliviano me preguntó por qué había llevado la guerra a su país. No respondí. No había más ruido que mi callada respiración.

Enseguida, bajo la mirada suspicaz de Selich, Rodríguez instaló su radio portátil y transmitió un mensaje cifrado... a un lugar desconocido. Luego se puso a fotografiar mi diario y otros documentos sobre una mesa puesta fuera de la escuela. Zenteno y Ayoroa fueron a la quebrada, donde se habían reanudado los combates, dejando a Selich a cargo de La Higuera. Al regresar, alrededor de las diez, Rodríguez aún tomaba fotos. A las once terminó su tarea y pidió a Zenteno permiso para hablar con “el señor Guevara”. Considerando

que su presencia era necesaria en esa conversación, el desconfiado Selich entró en la escuela con él. Después, Rodríguez no mencionó la presencia de Selich, pero sí nota, como él, mi soberbia desafiante. Desde el principio le advertí que no admitiría un interrogatorio, pero cedí cuando el agente dijo que “solo quería intercambiar opiniones”. A Rodríguez le reconocí mi derrota, la que atribuí, como ya dije, a la “mentalidad provinciana” de los comunistas bolivianos que me habían aislado. Y a pesar de los intentos del agente, me negué a hablar de Fidel. En cambio, le hice una pregunta sobre su ciudadanía. Rodríguez respondió que era cubano de nacimiento y miembro de la anticastrista Brigada 2506, entrenada por la CIA. Me limité a responder con un “ja”. A las doce y treinta llegó un mensaje del alto mando en La Paz, de René Barrientos en concreto, para Zenteno, quien dio una orden a Selich. Según éste, la orden era “proceder a la eliminación del señor Guevara”. Dijo a Zenteno que correspondía a Ayoroa hacerse cargo de las ejecuciones como jefe de la unidad que me había apresado.

Mientras Ayoroa y Rodríguez permanecían en La Higuera, Selich y Zenteno volvieron en helicóptero a Vallegrande con su botín de documentos y armas. Según Rodríguez, fue él, y no Zenteno, quien recibió el mensaje cifrado con la orden de matarme; dice, además, que se apartó con el oficial para tratar de disuadirlo. Para Selich, ninguno de los oficiales de La Higuera, incluidos Rodríguez y él mismo, estaba de acuerdo con ejecutarme: “Pensábamos que era mejor conservar al señor Guevara con vida porque a nuestro juicio hubiera sido más ventajoso presentarlo ante la opinión mundial derrotado, herido y enfermo, y obtener una compensación de Cuba por los gastos incurridos en el combate contra los guerrilleros y para compensar a las familias de los soldados asesinados por la Banda Guerrillera.” El gobierno gringo quería conservarme con vida “cualesquiera que fueran las circunstancias”. Aviones suyos aguardaban para transportarme a Panamá donde, allí sí, sin derecho a patalear, sería sometido a interrogatorio. Zenteno dijo que no podía desobedecer una orden que venía directamente del presidente Barrientos y del Estado Mayor Conjunto, es decir, de los yanquis. Dijo que enviaría al helicóptero de vuelta a las dos de la tarde; quería su palabra de honor de que para

entonces yo estaría muerto y de que se ocuparía de llevar el cuerpo a Vallegrande.

En ese momento pensé, sin soberbia: aunque hoy mi vida se extinga, sé que hay *Che* para rato. Por eso, digo que este es un cuento que no acaba. Siento que la noche se cierra sobre mí, pero no puedo recular. Voy, consciente, a mi encuentro con la muerte, la que tomo como un re-nacer. Vuelvo a sentirme niño, uno perdido y solo, abandonado. Quiero llorar y no puedo. Quizás mis lágrimas se han secado de ver tanta muerte, violencia e injusticia. Sé que voy a morir y de todas formas pienso que la vida es hermosa. Aunque sea un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia. Un cuento que, en mi caso, no acaba. Siento ya la presencia de la parca en las botas de los *rangers* que resuenan sordas en mis oídos. Pero, no tengo miedo tal vez porque por ser tauro, aunque en realidad sea géminis, soy decidido y obstinado. Además, siempre odié los términos medios, los que no son más que la antesala de la traición. Así, en cualquier momento que surja la muerte, bienvenida sea, siempre y cuando que la sangre derramada no sea en vano y que sirva con el tiempo para la libertad de todos.

UN HOMBRE BUENO NO ESCRIBE NOVELAS...

Comenzaré por el fin: viernes 4 de marzo de 1977. Edificio Corkidi No 2, Cali. Cualquier cantidad de seconales. En esa fecha decidí quitarme la vida porque siempre sostuve: *Vivir después de los 25 años es deshonesto: es un repetirse porque se ha superado la capacidad de asombro*. Sí, discutible; pero, así concebía la vida. Aún se escuchan voces de quienes piensan que el suicidio obedeció a una actitud generacional; algunos creen que fue un suicidio didáctico, una enseñanza; otros, que fue un ejemplo para los de mi clase, la burguesía (¡que tanto se vio afectada con mi novela!), e incluso para mis amigos. Nada de eso. Cada cual entra en la muerte de una forma propia y particular: la que más se le parezca. Y yo escogí el suicidio. Bastaba un empujón externo o un resbalón interno para precipitarme al vacío: y esto fue lo que ocurrió. Hecho que no contradice en nada mi tenaz e irrefrenable apego a la vida durante los escasos —cronológicamente hablando— 25 años que viví. Suficientes para dejar obra y morir tranquilo, para demostrar que la madurez — esa palabra que tanto odié— no siempre va pareja con los años. La narrativa colombiana “está integrada por ancianos que apenas si rozan los 30”, decía Cobo Borda en un artículo que hacia el final expresaba: “Así el niño castrado que aspira a volver al útero materno se convierte en el hábil narrador que ‘organiza datos para elaborar un sufrimiento’.” Todo ser humano, reconózcalo o no, anhela retornar a la madre. Tema sobre el que hay bastantes ejemplos en la literatura: basta revisar algunas obras de Hesse o Lovecraft, como *Demian* o *Las aventuras oníricas de Randolph Carter*, esas que algunos llaman *literatura para adolescentes* o *para clases burguesas*; o algunas de Camus, como *El extranjero*, *La caída*, *La peste*, con las que no se atreven a meter quienes decían algo por ahí.

Volviendo sobre el suicidio vale anotar que nunca vi en él un estigma para mi familia, ni un escape vergonzante o una salida ilegal —y no pido perdón a la Iglesia— sino que siempre consideré más válido abandonar el mundo por mi propia mano, lo que para mí era destino y muy pocos entendieron así: al fin y al cabo, el suicidio, sin perdón de

la Iglesia, es el único acto verdaderamente libre en nuestras vidas... Aunque de esto ya no estoy tan seguro; como diría el poeta Pablo Armando: “Nadie elige su muerte, ni siquiera el suicida”. Uno de mis últimos textos lo expresa: “Sonreí al pensar en sus palabras que nombraban por ‘angustia’ algo que para mí era destino”. Antes del 4 de marzo, ya había cometido dos intentos de suicidio, uno de los cuales me significó 39 días de reclusión en la clínica Santo Tomás de Bogotá, por sobredosis de valium. Después, le comenté a Óscar Campo que el último sería con seconal. Cuando cumplí 24 años llegó mi hermana Pilar a la casa —Alfonso Echeverri estaba ahí— con un bono de regalo para comprar un disco: “Feliz cumpleaños, mijito”; le respondí: “El último de mi vida, Pilarcita”, a lo que ella agregó: “Dejá de hablar pendejadas”; yo concluí: ¡Uf, te lo garantizo!”... Como ven, fue un suicidio con garantías.

Tres años atrás, viajé a Estados Unidos con tres guiones —un *western* y otros dos basados en cuentos de horror— dos de ellos para vendérselos a Roger Corman, el maestro de la serie B, quien había hecho en cine *El cuervo*, *La caída de la casa Usher*, *La máscara de la muerte roja*, *Cuentos de terror* (*Tales of Terror*, traducido como *Destino fatal*), *El palacio de los espíritus* y *El pozo y el péndulo*, todos relatos de Poe, maestro del horror y lo sobrenatural en la literatura. El viaje fue inútil. No conocí a Corman. Después volví a Nueva York, entre septiembre 26 y octubre 20 de 1974 —allí celebré mis 23 años— y en compañía de Luis Ospina asistí durante casi un mes a seis funciones diarias de cine. En esa ocasión fue cuando definitivamente se forjó mi *trivia* cinematográfica. Así, de la experiencia negativa con Corman y de la positiva con el Festival de Nueva York surgió *Pronto: fragmentos de unas tales Memorias de una Cinesífilis, encontrados dentro de una botella en las riberas del Canal de Panamá*. Relato publicado en *Obra en Marcha No 2*, 1976, que haría parte de una novela que se quedó en proyecto: lo que en él digo sobre Corman pertenece a la ficción (acude ahora en tropel a la mente cuando les escribí a mis padres desde los United States y cometí un lapsus: en lugar de “mi visa expira”, escribí “mi vida...” y aunque me apresuré a corregir, ya para qué como dice el temita; y aunque pensé

que eso tenía para mí algo más de reflexión que de profecía, cada día me convenzo de lo contrario: las palabras toman cuerpo, son, pese a la resistencia pasiva o decidida, acción).

Regresé con la idea de vivir solo en un apartamento, preferiblemente ubicado en San Antonio, el único lugar donde se podía respirar aire puro en Cali (aunque también en Silvia o en Pance, pero ese es otro asunto; además, como siempre dije, a mi papá le costaba mucho permanecer como dueño de un predio y por eso tuve que terminar canjeando mi íntima vocación campestre y de aire puro por mi pacto maldito con el humo de la baretta y con la densidad de la droga, con la que no obstante jamás me entendí del todo; pero, lo más grave, es que mi papá le haya trabajado tanto a los ricos recibiendo a cambio solo explotación y vendido su fuerza de trabajo hasta el agotamiento en medio de un absoluto conformismo; ah, otra cosa que no le perdono al viejo, por haber fomentado en mí la preocupación, es que me haya dicho alguna vez: “Yo moriré de cáncer en la garganta”). De ese periodo hago un *flash back* para recordar mis andanzas con Guillermo Lemos, Bernardo *el Sastre* y Clarisolcita, quien se llamaba Clara, pero por culpa del *Loco Paz* se quedó así, mi heroína de la perdición, con quien me conocí cuando, entre 1968 y 71, dirigí el segundo grupo del Teatro Experimental de Univalle; ella, con apenas ocho años, asistió al estreno de *Mar*, una de las obras que monté. Pocos años antes, hacia 1962, ya me había impuesto un inexorable plan de lectura. Llevaba una bitácora con todos los libros leídos y de cada uno tenía un comentario escrito y guardado (después haría lo mismo con el cine, cada filme llevaba su correspondiente comentario: es solo una cuestión no tanto de actitud como de obsesión y esta no es más que sucedáneo de la libertad, es decir, el sacrificio hecho en nombre del amor). A los 13 años escribí el cuento *El silencio*. Tiempo después llegaron las piezas teatrales *Las buenas conciencias*, *El fin de las vacaciones* y *Los imbéciles también son testigos*; la novela *La estatua del soldadito de plomo*; y el ensayo *Los héroes al principio*. Obras, todas, prácticamente desconocidas aún en Cali...

En 1969, estudiaba en el San Luis Gonzaga y efectuaba mis primeros pasos en el teatro realizando bocetos, borradores, manuscritos y montajes, entre los que destacan: *La cantante calva* —que no pudo ser presentada el Día de la Madre porque era una obra *obscena*— y *Las sillas*, ambas de Ionesco, junto a Brecht, el dramaturgo que más admiré; además, *La noche de los asesinos*, de José Triana. En el Teatro Experimental de Cali (TEC), bajo la dirección de Enrique Buenaventura, hice mi único trabajo como actor en la obra *Seis horas en la vida de Frank Kulak*. A partir de esa experiencia me incliné por la dirección teatral, campo en el que Enrique notaba mayor talento y riqueza imaginativa. En cambio, Delio Merino Escobar, director del grupo de planta de Univalle, siempre me valoró más como crítico que como actor o director, básicamente por un artículo mío sobre el montaje que, de *Madre Coraje*, de Brecht, hizo La Candelaria, de Bogotá, bajo la dirección de Santiago García. La reseña le sorprendió, según dijo, por la radiografía que hice de Brecht, por el paralelo hecho con la obra de Gorki (*La Madre*) y por la ausencia de apreciaciones personales, lo que proyectaba una “profunda madurez [dele con la palabreja] crítica”.

El mismo año 69, con *Berenice*, ganaría el concurso de cuento Univalle y el segundo premio del Concurso Internacional de la revista *Imagen*, de Caracas, con *Los dientes de Caperucita*; y, en 1972, el de la U. Externado de Colombia, en Bogotá, con *El tiempo de la ciénaga* que, apartando la modestia, considero mi obra maestra. Estando en el San Luis Gonzaga escribí las piezas dramáticas *La piel del otro héroe* y *Recibiendo al nuevo alumno*: aquella, ganadora del Primer Festival de Teatro Estudiantil, en 1966. Aquel año 69, también, formé parte del grupo *Los Dialogantes* que, entre otras cosas, nunca supe por qué se llamaba así. Antes, había estudiado en el *Pío XII*, *Nuestra Señora del Pilar*, *San Juan Berchmans*, entre otros, y terminé el bachillerato, con mucho trabajo, en el *Camacho Perea* (las evocaciones religiosas que aparecen en *¡Que viva la música!* provienen del citado lastre pedagógico). Un día le dije al profesor de matemáticas: “Mire, yo no tengo ni siquiera idea

de sumar y no me interesa aprender, entonces si usted me va a poner un examen yo le voy a copiar; a mí solo me interesa el diploma de bachiller y eso porque hay que sacarlo”. El profesor me dio unos cuestionarios que llevé a la casa: “Pilar, resolvéme estos formularios como para sacar tres”; los resolvió y así fue como saqué el cartón de bachiller. El que ahora reposa en uno de mis baúles, predestinado a algún chupa-sangre, de esos que no faltan.

Enseguida, mi mamá comenzó a presionarme para que entrara a la universidad. Para no tener problemas, porque nunca los quise tener, con ella, claro, me presenté a Humanidades en Univalle. Saqué uno de los puntajes más altos, le llevé la tarjeta a mamá: “Ya pasé por la universidad, tomá la tarjeta, pero a mí no me interesa estudiar allí”. Esa fue, a grandes rasgos, mi carrera de *estudiante*. Sin embargo, siempre fui autodidacta. Y mi verdadera formación artística arrancó de los seis años cuando empecé a dibujar historietas, trabajo que aprendí de José Félix Escobar. Me dediqué con ansiedad casi febril a la literatura, al cine, al teatro, a la fotografía... hasta a la publicidad. Entonces, comencé a escribir cuentos, crónicas sobre cine, críticas teatrales, guiones cinematográficos, novelas y a escuchar música: primero el rock de los *Rolling Stones*; después, lo que genéricamente se conoce como salsa (que en realidad fue el nombre que tomó de un son habanero de Ignacio Piñero, *Échale salsita*, son que venía precedido por el montuno y más atrás por el changüí, que no es sinónimo de son, como dicen, sino su precursor al lado del danzonete, la danza criolla, el danzón y la rumba): Ricardo Ray & Bobby Cruz (la mejor orquesta del mundo), Willie Colón, Johnny Pacheco, Ray Barreto, Héctor Lavoe, la Tico (luego la Fania) All Stars, Pete *Conde* Rodríguez, Bobby Valentín, Gran Combo y Andy Montañez, Larry Harlow e Ismael Miranda, Charlie y Eddie Palmieri, Roberto Roena y su *Apollo Sound*, Willie Rosario y Frankie Nieves, Celia Cruz, Cortijo e Ismael Rivera, Tito Puente, Mongo Santamaría, Frankie Dante, Adalberto Santiago, la Orq. Broadway, la Típica Novel y la Charanga América, entre los nombres más connotados.

Desde muy pequeño me interesé por la lectura de los peruanos Vargas Llosa y Bryce Echenique; los mexicanos José Agustín y Carlos Fuentes; los gringos Poe, Lovecraft, Flannery O'Connor; los ingleses Lowry, Connolly, James (éste, de origen gringo), Milton, Dickens y Burgess; los españoles Cela y Baroja; y los argentinos Borges y Cortázar. Pese al deslumbramiento que pueda suscitar la sola mención de tan prestigiosos escritores —y aquí debo apresurarme a desvirtuar fantasmas en torno a un cabal conocimiento suyo, por parte mía: mis lagunas son tan grandes como las de la época en que bebía Póker con frenesí—, las claves para descifrar buena parte de mi literatura es posible hallarlas en los representantes de la *Beat Generation*, el primer rompimiento generacional del siglo XX, la mal llamada *Generación Vencida* si se observa la definición de John Clellon Holmes: “La palabra ‘Beat’ puede decirse que tiene un nombre: quien ha sobrevivido a una guerra, sabe que ser beat no significa tanto estar muerto de cansancio como tener los nervios a flor de piel”. E hipersensibilidad no es sinónimo de resignación, sensible no significa vencido; además, la resignación es ya de por sí mal de nuestro pueblo, no solo personal, y siempre lleva a lo peor. Por eso hay que combatirla por todos los medios que sean necesarios, diría Malcolm X.

De la *Beat Generation* hacían parte Jack Kerouac con su clásico *On the Road*, Allen Ginsberg, quizás su más grande poeta con *Growl*, William Burroughs, autor de *Naked Lunch*, uno de mis libros preferidos, Gregory Corso, el inspirado poeta de *Gasolina* y Lawrence Ferlinghetti, el recordado creador de *Fotografías del mundo que se ha ido*, su primer libro de poemas y del famoso *Coney Island de la mente*. Con ellos entendí que la verdadera influencia de un escritor sobre otro se revela en el subconsciente: esa impresión de voces grabadas transcritas al papel que producen algunos de mis cuentos, evidencian huellas de la *literatura instantánea* —creada por Kerouac—, porque en ellos las asociaciones fluyen libremente conformando de manera anárquica la esencia del discurso narrativo. Hecho del que nunca fui consciente hasta ahora. Bueno, sobra decir que no siempre se es consciente de las cosas que se escriben pues ya se sabe que el arte es más un affaire de

emoción que de coherencia, aunque otra cosa piensen los académicos, los que nunca han querido aceptar que el 90% del arte es producto de la calle antes que del aula, del autodidacta antes que del profesional.

Sin embargo, entre quienes se han preocupado por estudiar mi obra nunca se menciona a Hermann Hesse, Ernesto Sábato, Juan Rulfo ni Henry Miller, artistas decisivos, más que en la literaria, en mi formación humana y ante quienes siempre fui permeable. De Hesse heredé, por ejemplo, el rechazo al sistema educativo que sacrifica la fantasía e imaginación propias del niño, en aras de una formación rígida (por no decir carcelaria, para conseguir personas *obedientes*), y unilateral, olvidando que ese niño es fuente de creatividad antes que depósito de la misma; de Sábato aprendí que cuando haya una disputa entre la razón y el instinto, se le debe dar la razón al instinto, como quiera que no solo *la Razón produce monstruos* sino que la Razón de Estado apenas ha servido para que este monopolice la injusticia; de Rulfo, como en *así* de cuentos suyos y en algunos míos se puede comprobar, la reiteración permanente, para tapar los huecos de... la memoria; y de Miller, también por ejemplo, su extravagante sentido de misión que hace doblemente visible y palpable su presencia, lo mismo que la de sus personajes que, como los míos, aparecen y desaparecen en algunos de sus exorcismos, para reaparecer en otro de ellos, lo que la crítica moderna llamó intertextualidad: algo que siempre ha existido. ¿Quién que viva en pos del conocimiento, tras el alma y su desnudez (la del alma), podría ignorar *Demian*, *Bajo las ruedas*, *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas*, *Pedro Páramo*, *El llano en llamas*, *Trópico de cáncer* o *Trópico de capricornio*? ¿Quién que se pregunte qué es el hombre, podría ignorar esas crónicas plenas de vida, sensualidad, conocimiento del hombre y la mujer, sexo, anarquía y muerte? Nadie.

Vino después mi experiencia en publicidad (cuando trabajé con Carlos A. Jaramillo, director de *Aquelarre*, revista que publicó *El tiempo de la ciénaga*), campo en el que creé toda la campaña del nuevo periódico *El Pueblo*. Sobre ese mundo del *glamour* y la alienación hay un ejemplo que desbarata el mito creado en torno a todo autor con una

altura mayor de la normal... y que evoluciona precozmente: “He oído que pronuncian el nombre de Andrés. ¿Será que se esmeran para traerme trabajo? ¿Responderé bien si me traen un trabajo? ‘Aquí tiene usted un jabón Varela, sáquele una máxima que lo haga popular’, jaja, no me dirían eso, esa frase es como de película argentina sobre la publicidad, esas que pongo tanto de ejemplo son conocer a fondo. En realidad, no conozco a fondo nada, ni el inglés, ni Poe, ni Hitchcock, ni las artes de la escritura”. Ejemplo para recordar que detrás del *genio* se esconde el hombre. O, mejor, está. Cualquiera podía verme comiendo helados en el *Dari-Frost* o en la *Ventolini*, al inicio, bebiendo cerveza en el café *Los Turcos* o en la fuente de soda *Mónaco*, después, repitiendo *slogans* de poderosas empresas que, con nombre propio, aparecen por ahí en mis obras. Lemas que olvidaba en *Macondo*, la primera discoteca, y en *Amémonos al Sur*, cuando acababa el goce: nadie, eso sí, me vio ingerir los seconales con los que el goce acabó.

Como ya dije, nunca quise tener problemas con mamá... con papá sí: digo, sí los tuve, pero menores. En el plano personal, la tartamudez, que no me dejó ser actor; estos dientes, que no me dejaban respirar; el asma, que tampoco...; esos nervios... que me impedían armar un bareto; la tristeza... daba risa (siempre sufrí de ella, claro, de tristeza, esa especie de freno que uno tiene, producto de la cultura católica recibida: quizás por eso, el perico también me deprimía y también por eso siempre pensé que tenía la sombra del mal en la cara y el desencanto y la malicia en cada ojo, todo esto a su vez a causa de la culpa); el deseo de matar... *Cómo no creer en Dios* (que aquí no es más que el título de una canción cursi, de esas que tanto invoco siempre que Patricita me hace falta, cómo podría ocultarlo); el temor a enloquecer, pienso luego... ¿qué?; el miedo a la crítica; la angustia y el delirio de persecución... que genera la crítica; la certeza de ser importante... fueron elementos que reforzaron la decisión de quitarme la vida el viernes ya citado, instantes después de decirle a alguien *se me estalla la cabeza*, en Calicalabozo, aquella ciudad *solo para adolescentes*, donde había nacido el 29 de septiembre de 1951 (la primera vez que intenté suicidarme fue en medio de una rumba, cortándome las venas

después de ingerir veinticinco blues, como le decíamos al valium de diez miligramos; la segunda está rodeada de nubes más allá de mi memoria, aunque parece que me tomé ciento veinticinco pepas, tras discutir mucho con Patricita: todo ello causado por ese irrefrenable deseo de autodestrucción, que siempre confundí con la lascivia, cuando no es otra cosa que la mayor forma de comodidad, obscena y perversa hasta la médula). Algo sí debo aclarar, así no sea una justificación: a los que aún puedan creer que soy marica, solo les digo lo que alguna vez le expresé al amor de mi vida: “Patricita, yo no soy homosexual”. Pueden preguntarle a la loca de H. A. T. o a Devil Beccasino, que ellos sí saben de chismes... En el plano psicológico, mis conflictos fueron básicamente con Edipo (siempre sufrí en soledad por la ausencia de mi madre y no dejaba de pensar que una visita suya bastaría para sanarme y al mismo tiempo me preguntaba si sería capaz de cruzar con Nellie dos palabras de interés, si estaría tranquilo al sentir sus músculos rozándome los míos, si algún día podría abstraerme al influjo del lechero, ese árbol cuyo olor penetrante me trae su recuerdo, si habría algún día decisión para escribir los libros famosos que ella y otros más esperan de mí): ¡éste, Edipo, reitero, y el cucarrón metido dentro del pecho!... (el que me dejó clavado mi Patricita, el mismo por el que tengo el corazón en pedacitos... como lo dice el siguiente texto inédito hasta hoy: *Sobrecupo*. Hace tiempo decidí no volver a entregar mi corazón a nadie. Así que lo envolví en papel de aluminio, para que no se dañara u oxidara y lo guardé en mi caja torácica, donde siempre había estado. En mayo pasado, siempre en mayo, por qué será, ¿por la virgen o por la madre?, aunque hice lo posible por impedirlo, una vez más me lo dejé robar sin poner ninguna condición. Una vez más me volvían a engañar: contra la rebeldía del corazón no hay vigía que pueda... No obstante, me dijeron que lo cuidarían toda la vida y yo, atiguibas, creí, creyendo de antemano que no debería creer más. Se lo comieron entero, para vomitármelo poco después, hecho una porquería. Tras la recuperación, decidí hacer realidad un viejo sueño: *cortar el corazón en pedacitos* y servirlo así en bandeja a quien se fuera apareciendo, que el mío es (¿o era?) demasiado corazón para entregarlo de una vez... no vaya y sea que después se atraganten. No me he arrepentido de esa decisión. A

algunas mujeres, por esas paradojas según las cuales solo acierta en amor quien se equivoca, les parece, sin embargo, que en cada pedacito sigo dando mucho, y si a alguien le parece poco le digo que tenga paciencia, que ya le tocará otra ración en el próximo reparto. Pero, eso sí, cuando advierto que quien lo pide no lo quiere para disfrutarlo sino para escupirlo, a cambio doy un trocito de hígado, que tiene el mismo color y sabe igual, pero deja luego el sabor amargo de la hiel, es decir, idéntico al de la mierda. Este último año he repartido tantas porciones de mi rojo manjar que en vez de soledad tengo sobrecupo en mi fraccionado corazón. Como diría Sábato: así se da la felicidad, en pedazos, por momentos...) ¡ah! y, por supuesto, lo que alguna vez dije: el horror del hombre comienza cuando intuye las consecuencias desventajosas que puede traer su necesidad de cultura y cuando busca refugio imposible en una inocencia perdida... son causas suficientes para que cualquiera tenga un resbalón interno en la vida; para comprobar que *Un hombre bueno es difícil de encontrar* tanto como uno perfecto y para que el lector esté seguro de que, en caso de hallar uno u otro, ninguno de los dos escribe novelas (he crecido tan duro y tan malo, con tantas cucarachas en la cabeza y con tal conciencia del fracaso que por eso mismo, después de terminar *¡Que viva la música!*, ya tenía claro que no escribiría más novelas, entre otras cosas para qué o para quién con ese desprecio de la gente por lo que uno escribe, y que tampoco le daría a mi madre más descendencia, o sea, nietos a los que ella pudiera acariciar y cuidar y a la vez estropear, habiendo tanta gente en el mundo como hay, y yo ya seguro de querer dejarlo todo, incluida mi Patricita del alma, mi *Patricialinda*, mi placer y mi tormento, la única para quien quería que siguiera habitándome el vigor y la tiesura de ese pedazo de músculo flácido, pero que cuando ya uno está desencantado del mundo no espera que se le yerga ni con cemento ni con viagra, además porque él mismo ya no quiere darse gusto de vida sino que va al encuentro de la muerte con su casco unocular, sin más ánimo que dar un grito sordo por el fracaso, no un viva hipócrita por la fama o la gloria o la supuesta felicidad).

Y no obstante, para echar por tierra el pesimismo ajeno y para darme ánimos mientras viva, debo decir, ahora que la originalidad está prohibida, que nunca dejé de creer que era bueno lo que escribía y aún escribo y que aunque las sombras del mal quieran golpearme los cachetes y los seis dedos de la frente, seguiré creyendo hasta el final que la escritura es mi mejor y única droga, a través de la cual alcanzaré la paz del espíritu, no la del inexorable sepulcro, y al filo del tiempo no habrá motivo alguno para reflexiones amargas, no lo habrá... mi palabra, como dijo el poeta, no se perderá. En cuestiones de literatura, siempre habrá quién sepa dónde ponen las garzas... o los garzones, en esta selva peliaguda que nos tocó habitar.

LOS CÓNDORES SIGUEN VOLANDO TODOS LOS DÍAS

Me llaman Paulo Malhães, pero yo prefiero mi apodo, *Tubarão*, *Tiburón*. En compañía de varios oficiales que no cito por obvias razones, seguimos, perseguimos y secuestramos a argentinos en 1980, con la complicidad del Batallón 601 de Inteligencia de Campo de Mayo, como parte del Plan Cóndor de exterminio del comunismo, durante las décadas de 1960, 70 y... en América Latina. A partir, claro, del derrocamiento de João Goulart en 1964, lo que dio origen a la dictadura brasileña que duró hasta 1985.

Lo primero que debo contarles es cómo me involucré en el secuestro y desaparición de los militantes montoneros argentinos Horacio Domingo Campiglia y Mónica Pinus de Binstock, raptados por una dupla de elementos brasileño/argentinos el 12 de marzo de 1980, cuando procedentes de Cuba arribaron al Aeropuerto Internacional de Galeão, con el ánimo de seguir luego su viaje a la Argentina. No se puede olvidar aquí que, dos años antes, en julio o... agosto de 1978, para no interferir con el Mundial, otro miembro de Montoneros, Norberto Habegger, había sido raptado en la misma terminal. Hecho que también se me ha imputado, pero del cual soy inocente, cómo no. Todos ellos, Campiglia, Pinus y Habegger, no sobra decirlo, continúan desaparecidos y yo lamento mucho la situación de sus familiares. Es algo tan atroz como la situación en que me hallo, la que me recuerda una sensación irrefutable: la vida es un rompecabezas que se burla de cuanto hijo de puta se quiera cagar en algo. Situación de la cual, no obstante, y por supuesto, espero salir muy pronto, eso sí, para qué lo voy a negar, con la ayuda, no de Dios, en este caso, sino de la justicia brasileña, así sea la opositora... digo, la opositora a mi ideología, si es que un oficial pueda tener alguna ideología distinta a la de sus superiores. Sobre eso no me atrevo a asegurar nada, salvo lo que ya se sabe: la única ideología del militar es estar detrás del poder, aún más, tenerlo si es posible.

Pues bien, esa mañana del 12 de enero, hacia las nueve, un comando de ocho personas, incluido yo, llegó al Galeão, un aeropuerto gigante que,

en realidad, se llama Antônio Carlos Jobim y que es el principal aeropuerto internacional de Rio, ubicado en la *Ilha do Governador*, a unos veinte kilómetros de la metrópoli. Al dirigirse Campiglia y Pinus al baño, intervinimos nosotros. Evacuamos ambos lavabos y los dos grupos, de cuatro cada uno, hizo lo que debía: taparles la boca con cinta ancha, ponerles pasamontañas delgados, para que no sudaran tanto, intimidarlos con pistolas Magnum 357, como en las películas, y sacarlos sin escándalo de allí para luego conducirlos a algún lugar de la manigua brasileña. No faltaron situaciones como la de acosar a la Pinus en el momento en que se bajaba las pantaletas para cambiarse la toalla porque estaba con la menstruación y entonces uno de mis hombres, que atravesaba un largo verano, introdujo uno de sus dedos en la vagina de la hembra antes de que ésta se pusiera la otra. Y enseguida, sin ningún rubor, se pasó el dedo por la boca. Lo cual provocó no una reacción general, como sería lógico, sino una erección particular... en cada uno de nosotros. En el caso de Campiglia la cosa no fue menos grotesca: cuando entraron los cuatro oficiales a su mingitorio, el hombre, descarado, se estaba masturbando porque, hasta ahora, la Pinus no se lo había dado, tal vez por lo que estaba casada. Lo cual provocó, aquí sí, una reacción general entre mis hombres que lo cogieron a culata por morbosos y atarbán. No es posible que haya esta gentuza entre los seres humanos, mientras ocho de ellos están cumpliendo con su deber patriótico. El único problema surgió cuando de la cabeza de Campiglia comenzó a manar sangre a borbotones y tocó acudir al otro baño para sustraerle a la Pinus un par de kótex con los cuales tratar de contener la hemorragia de su compañero militante. Al ponerle el primero, Campiglia se deprimió: no entendía cómo había ido a parar a su cabeza uno de esos objetos con los cuales su secreta enamorada se protegía cada 28 días y a él lo dejaba desolado, cómo había ido a parar a su cabeza algo que tanto lo erotizaba pero que, en esos instantes, no se traducían en otra cosa que en frustración. La más insoportable de las frustraciones, al lado de la cual la concreta amenaza del secuestro palidecía, por lo menos de momento. Ya se sabe que todos los potenciales peligros físicos son una brizna de hierba al lado de los miedos psicológicos que hemos desarrollado a partir de la amenaza comunista, como la llaman

nuestros amos de la guerra. Y no me refiero a la intimidación ni al chantaje respecto a familiares o a amigos ni a nada en concreto: la picana en senos o vaginas, los cigarrillos en pezones y testículos, las pinzas para levantar uñas, mejor dicho, a ningún tipo de tortura y que, en general, jamás habremos de aceptar... como torturas, digo, porque son apenas métodos de persuasión para que nuestros enemigos digan la verdad, mejor, para obligarlos a decirla. La que algún día tendrá que ser conocida pese a la resistencia del Gobierno y los medios a que lo sea y ya saben ustedes, no solo la doctora Borges, el riesgo que corro aquí, tan pronto se enteren mis superiores o la gente del gobierno o los civiles que se sientan aludidos con mis descargos. Para eso, en parte, decir la verdad, repito, estoy declarando, pero en su mayoría es para quedar libre, para salvar mi pellejo. ¿No les parece a ustedes algo muy humano, aun con el horror que hay detrás de todo esto? Sí, ya sé que soy un hijo de puta, pero en todo caso no soy el único y ustedes lo saben.

Bueno, después de todas estas peripecias pudimos abandonar los WC, no sin antes atravesar las extensas rampas del aeropuerto con Campiglia manando sangre de su cabeza, tomamos, por fin, nuestro vehículo y partimos con destino incierto hacia algún lugar de la selva, a fin de cumplir con nuestra obligación marcial: desaparecer los cuerpos del delito. Y no crea usted, fiscal Borges, que es fácil decir esto. A nosotros, como fuerzas del estado, nos duele tener que contribuir a la merma de la población, pero no nos queda otra salida si queremos seguir comiendo, sobre todo, teniendo una vida holgada como la que llevamos: no como la que lleva esa gente, estrato bajo, que vive en las favelas o neo-favelas, como ahora las llama ese tal Paulo Lins en su panfleto *Cidade de Deus*; o esa otra gente, clase media agobiada, que vive en las ciudades y que tanto contribuye con su silencio a nuestro bienestar frente a la prensa, a la opinión pública y al Gobierno, al que tanto le debemos y tanto tenemos que agradecerle; en fin, no como la que lleva esa otra gente, clase alta estresada, empresarios, dueños de transnacionales y de medios de desinformación (o de incomunicación) a la que, no obstante, se le debe toda esa tranquilidad, paz y ese amor que todos llevamos dentro.

Y le ruego, abogada Borges, no se moleste si en el curso de mi declaración cambio los nombres o el sexo o el cargo de ciertas personas, altero los lugares hacia donde iban o de donde venían las víctimas, doy datos o fechas errados sobre situaciones incómodas, por ejemplo, sobre las acciones contra Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), a quienes siempre he elogiado por su coraje. Los nuestros eran flojos, pero los guerrilleros argentinos eran muy diferentes: tenían una convicción que espantaba. Piense en Rodolfo Walsh, Julio Troxler o el *Che*. Yo, acostumbrado a lidiar con brasileños, me sorprendí con los gauchos. Usted debe comprender, tengo setenta años y por eso le repito que me disculpe si en algo me equivoco. En todo caso, lo que diga es de buena fe y lo que omita también, así como lo que pueda cambiar o de lo que me retracte. No se le olvide que soy un ex coronel y además septuagenario, no sé si ya lo dije, pero de lo primero sí estoy seguro... no de lo que dije, sino de lo que soy. Para muchos, un hijo de puta, pero siempre se han de correr riegos en la vida con lo que se hace. Aun así, no quiero pasar por un traidor a la *Omertà*, que es transversal a todas las FF.AA, ni siquiera que se me considere pusilánime, chivato, tráfuga.

No se les olvide jamás —reza una nota postrera que se acaba de encontrar bajo la alfombra de la habitación donde murió— que “Los cóndores siguen volando todos los días”, [advierde Malhães en un guiño militar a la tristemente famosa *Operación Cóndor* que sacudió de pavor a toda América Latina durante las décadas de 1960, 70 y...] Aquí se interrumpe el relato por los ruidos atronadores del equipo de sonido activado en su sala de estar —que se oyen en la grabadora, mientras al tiempo grita Malhães —, antes de proceder a ponerle en la cabeza una bolsa para luego asfixiarlo mecánicamente. Sin embargo, la causa de su muerte, según el director del IML, Jajarry Chivato, fue “muerte accidental auto-inducida por estrangulamiento”, uno de esos raros dictámenes que solo las autoridades brasileñas o argentinas suelen sacar de su chistera a última hora. Una *boutade*. No obstante, por lo que se ha sabido luego, para la Comisión y para la Subcomisión de la Verdad del Senado, el deceso de Malhães es lo más parecido a un incendio provocado, a una “quema de archivos”. Como la que se hizo

en mayo de 1982 con los de Rio Grande do Sul, tras la muerte, en enero, de la cantante Elis Regina, a quien el ejército declaró muerta por “sobredosis de alcohol y cocaína”, lo que, señor Borges, pese a los esfuerzos del ejército, jamás pudo demostrarse. Todo se ciñó al concepto del médico legista de la época, la citada Shibata, quien justo después del hecho fue llevada a la dirección del IML. ¿Las razones? Adivínelas usted, doctor Borges.

Como a su manera ocurrió en el caso del periodista de origen croata Vladimir Herzog y del obrero Manuel Fiel Filho. En la época era común que el gobierno militar dictatorial divulgase que las víctimas de sus torturas y asesinatos habían muerto por “suicidio”, fuga o atropellamiento, por lo que no tardó en saltar la liebre de la ironía: a Herzog, al obrero *Hijo Fiel* y a otros tantos los había “suicidado la dictadura”. En sentencia histórica, responsabilizando al Estado por la muerte, en octubre de 1978, el juez federal Márcio Moraes pidió determinar la autoría y las condiciones de la misma. Sin embargo, nada se ha hecho. Para ahondar en esta historia, le recomiendo el artículo *Mataron a Vlado*, de Celso Miranda, así como el libro *A Ditadura Encurralada*, de Elio Gaspari. En su minucioso relato, Miranda comienza declarando: “Hace 30 años, la muerte del periodista Vladimir Herzog en un cuartel del ejército en São Paulo abrió para Brasil los sótanos de la dictadura militar. Causó la movilización inédita de la sociedad contra la tortura, acorraló al gobierno Geisel y aceleró el proceso de apertura política.” Sobre el libro de Gaspari, Miranda dice: “Tras los bastidores de la política dominada por los cuarteles, ese escenario despertó el temor de la llamada línea dura del régimen. Gente que veía cualquier oposición como subversión y que combatía cualquier subversión con violencia, tortura y asesinato. Gente que se apoyaba en el Centro de Inteligencia del Ejército (CIE) y encontraba en los DOIs regados por el país albergue para actividades ilegales y violentas. Gente que prefería el infierno a la ‘distensión’ y a lo que ella representaba. En menor o mayor grado, esa gente vivió en los sótanos de la dictadura y, dependiendo de la ocasión y del apoyo oportunista de políticos y militares a sus prácticas, tuvo menor o mayor influencia sobre el gobierno. Fue mayor entre 1969 y 73,

después de la publicación del AI-5, cuando el combate al terrorismo y focos de guerrilla alcanzó la primera línea del régimen. Fue menor en 1974, cuando Geisel asumió. Entre octubre de 1969 y diciembre del 73, dos mil personas pasaron por el DOI-CODI en São Paulo: 502 se quejaron de tortura y por lo menos 40 fueron asesinadas. En 1974, solo una fue detenida. En 1975, sin embargo, la represión estaba de vuelta y se extendería hasta el fin del periodo Geisel, 1979". "Sin terroristas para cazar y con la guerrilla del Araguaia devuelta al silencio de la selva, el CIE avanzó contra el PC", dice, por su parte, Gaspari.

El 13 de enero del 75 el CIE invadió la gráfica de la *Voz Obrera*, el periódico del partido, que operaba clandestino, en un sitio en Rio. El 14, Elson Costa, responsable de la gráfica y dirigente del PCB, desapareció. Fue asesinado en una casa mantenida por el CIE en la periferia de São Paulo, según testimonio del sargento Marival Chaves Dias do Canto a revista *Veja*, en 1992. Entre enero y julio, 500 miembros del partido fueron identificados, 200 puestos presos y por lo menos 14 murieron. En octubre, nueva oleada de arrestos: 61. La intención era demostrar la tesis del CIE de que el PCB había infiltrado al MDB, a la prensa y hasta al gobierno. Esa última acusación fue incluso objeto de desacuerdo entre el comandante del II Ejército, el general Ednardo D'Avila Mello, y el gobernador del Estado, Paulo Egydio Martins. Con 38 años, Herzog asumió la dirección de Cultura, emisora oficial. Militante comunista, no actuaba clandestino y se limitaba a reuniones. Bajo su dirección convergen tres crisis, todas regadas de odio: "Una era el choque de la línea dura con Geisel. Otra, la cacería al PCB. La tercera era el conflicto entre el general Ednardo y el gobernador Paulo Egydio. La detención de Vlado servía a todas", dice Gaspari. El examen forense sobre Herzog, firmado por Harry Shibata y Arildo de Toledo, del IML, concluyó: "Cuadro médico legal clásico de asfixia mecánica por ahorcamiento. Aún en la noche del sábado, se envió el cuerpo al Hospital Albert Einstein. Todo estaba listo para otro entierro típico de muertes ocurridas en las instalaciones de las FF.AA, durante la dictadura: rápidos y discretos", señala Miranda. De otro lado, poco después de las muertes del periodista y del obrero el general D'Avila se vio obligado a dimitir, la

única renuncia castrense durante la dictadura. Y Geisel, estudiante del Colegio Militar de Porto Alegre en 1921 y oficial de la Escuela Militar de Realengo en 1928, al dejar su gobierno, mantuvo su influencia sobre el ejército en los años 80 y estrechó los lazos, ya fuertes desde 1950, con el grupo militar *Sorbonne* ligado a la Escuela Superior de Guerra, ligada a su vez con el *National War College*.

El siguiente caso es el de la desaparición forzada de 24 trabajadores de la Ford en Argentina. No voy a dar mucho detalle por si acaso a algún periodista se le ocurre que aquí puede haber una gran primicia o, más allá de eso, a un escritor, una gran historia: ¿se acuerdan del caso de Luis Proganoso? Pues bien, esto que les voy a relatar pronto va a estar en manos de alguna agencia de noticias, con la cual ya he negociado los derechos, ejem... y disculpen la indiscreción. Era trabajador de la Ford, delegado y miembro de la comisión interna y laboraba en el área de pintura como primer oficial. El martes 13 de abril del 76 a las 11 a. m., se le detuvo y pasó a la clandestinidad, por militares argentinos que previamente habían arreglado todo conmigo y otros tres colegas de los cuales solo puedo decir sus apodos, por los que son más conocidos: *Cabezón*, *Güevas* y *Sintripas*, no sin-tripas, el hombre era de lo más tierno. En el quincho de la planta de la automotriz en Pacheco fue torturado junto a otros compañeros: se le rasuró, de arriba-abajo, cabeza, cejas y pelotas, le pusieron corriente en ellas, le metieron un palo por el ano. 40 días estuvo desaparecido, comiendo poco y puesto luego a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Treinta y ocho años más tarde, ahora en julio el Tribunal Federal de San Martín tramitará los casos de unas 40 víctimas, en su mayoría obreros de la Ford y otras fábricas de la Zona Norte del Gran Bs. Aires. El juicio oral y público debatirá cuatro grupos de víctimas: los desaparecidos de los astilleros Astarsa y Mestrina; los de cerámicas Cattaneo y Lozadur; los de la metalúrgica Bopavi; los de la Ford.

En este último caso los imputados son el ex gerente general Peter Demoller, el ex gerente de Relaciones Laborales Wilhelm Dalarraja y el ex jefe de Seguridad Franz Yisus Schlange, acusados de haber

facilitado datos para el secuestro de veinticuatro obreros de la automotriz ese año y permitido que los represores montaran un centro clandestino de detención dentro de la fábrica, lo que en el cine se conoce como *Garage Olimpo*. El entonces presidente del Directorio de Ford Argentina, Nicolás Agravard, no está entre los acusados y no lo está porque, por fortuna, ya murió. Proganso es querellante en el juicio contra la empresa por delitos de lesa humanidad. En el diálogo con Proganso quedan manifiestas las complicidades que se juntaron en la desaparición de estos obreros. “Nadie puede negar que la empresa fue partícipe. Mientras nos tomaban declaraciones venían con las fichas de la empresa”. “Dejo claro: la Ford no colaboró con los milicos, sino que los milicos colaboraron con la Ford. Por su causa se lavaron muchísimos millones de dólares que los terminamos pagando todos nosotros”. También el ex delegado señala la complicidad de la burocracia del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA): “José Rodríguez, secretario del gremio metalmeccánico durante la dictadura, metía patotas dentro de las empresas, por eso luchamos y por eso terminamos presos”. Proganso es parte del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) y de la Comisión por la Memoria de Campo de Mayo que han aportado y colaborado en la acusación de la “causa de los obreros” de la Zona Norte y de la megacausa Campo de Mayo, lo que no vayan a pensar que tiene que ver con las actividades contra-insurgentes del Batallón 601. Aunque, claro, a veces lo olvide, hay que saber separar las cosas y, eso, señora Borges, trato de hacer todo el tiempo.

Como ahora en el caso Ciccone y Alfredo Yabrán, quien para muchos tiene que ver con el asesinato del joven José Luis Cabezas. No se sorprendan, les digo desde ahora, con las consecuencias del juicio que se inicia el 15 de julio, cuando bajo la dirección del juez Top Raspo, no, Ariel Lijo, disculpe, se le tome indagatoria nada menos que al vicepresidente de Argentina, señor Amado Boudou, que se debe pronunciar *Budú*, pero no *Vudú*, porque eso implicaría otras cosas. No es gratuito que ahora se diga en la calle que, para la Casa Rosada, y en particular para la señora Cristina Fernández, dejar caer a Boudou puede salirle más caro que sostenerlo pues si suelta la lengua todo el

gobierno puede quedar involucrado en las maniobras del grupo Ciccone. No quiero decir con esto que vayan a “suicidarlo”, como tanto se ha dicho de Yabrán, pero nada tendría de raro. Con el poder no se juega, con el lenguaje tampoco, aunque no pocos insistan en una y otra cosa: a ambos se les debe respetar, si no uno termina como yo estoy aquí: entre la espada oxidada de la ley y la pared derruida de la justicia. No se olvide que cuando el juez Resacas allanó el apartamento de Boudou y encontró pruebas que lo incriminaban en el caso, el *Vice* denunció maniobras del gobierno contra él e hizo tumbar a Resacas y al procurador de entonces, Juan Rígido, pese a que éste y Resacas, como se sabe, estaban dentro del círculo íntimo de Luis Panini, secretario de Legal y Técnica.

Y aquí volvemos al Mundial del 78, del que en *La memoria* León Gieco dice: “Fue cuando se callaron las iglesias, / fue cuando el fútbol se lo comió todo, / que los padres Palotinos y Angelelli/ dejaron su sangre en el lodo” y fíjese doctora que, a pesar de todo, tengo buena memoria musical, claro que nunca como la de mi esposa. Desde ese año, *Ciccone Calcográfica*, fundada en 1951 por los hermanos Alberto y Nicolás Ciccone, no paró de crecer. Merced a sus nexos con el almirante Carlos Lacoste, presidente del Ente Autártico Mundial 78, ese año la firma *Ciccone* logró hacerse a la impresión de las boletas para los partidos. A partir de ahí las empresas más cercanas al almirante comenzaron a importar libremente, sin aranceles, con lo que los hermanos Ciccone trajeron maquinaria a precios envidiables, privilegio que fue más allá del fin del Ente Autártico. Concluido el Mundial, siempre bajo la protección de Lacoste, comenzó a imprimir la Lotería Nacional, se hizo a la planta de tarjetas de Pronósticos Deportivos y más tarde de otros juegos como Loto, además de imprimir billetes para varias loterías de las provincias y valores para estas y sus bancos.

Aun con tensiones, Ciccone sostuvo su poder e influencia en el gobierno de Alfonsín, pero, todo hay que decirlo, fue gracias a Menem que conoció su época de oro, en especial cuando Diego Gastañán fue

presidente de la Casa del Billete. No obstante, también durante el menemismo fue que comenzaron los líos para Ciccone. No pudieron quedarse con el *software* para la renovación de cédulas y pasaportes, por resistencia del MinInterior Adolfo Invélez y, ante todo, del MinEconomía Domingo Cavallo, quien en un forcejeo interno denunció los oscuros lazos entre los Ciccone y Alfredo Yabrán. Para entonces, éste había logrado una posición de dominio en Ciccone por un crédito que dicha empresa había obtenido de la *Banca del Cappello*, por 30 millones de dólares, que no pudo o no quiso devolver; en su lugar, Yabrán pagó el préstamo, se adueñó de Ciccone y desde entonces la firma se disparó a causa de licitaciones ilegítimas para proveer, por ejemplo, pasaportes y documentación automotor. El gerente de Ciccone por entonces era Jaime Chinchinko, director de *Ocasa Ocarro* (“pero no beca”, decía la gente), una de las firmas más sólidas del monopolio Yabrán. Al caer Yabrán y terminar “suicidio”, aunque hay otra versión, luego de varias operaciones dantescas, Ciccone, ya en ruina, quedó bajo el cuidado y control de otra de las firmas parte de esta historia, Boludete S. A., vinculada al ex presidente Eduardo Duhalde, quien, a propósito, en muchos grafitos de la época aparece como “Duhalde asesino”. Entre las varias y probables causas de la quiebra, la mayor quizás era una deuda de nueve millones de pesos con la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP). En su momento el juez Resacas rotuló la causa “Boludete-Ciccone”. La dupla tenía en su poder negocios más jugosos que turbios, pero podría ser más bien al revés... siempre asociados al Estado, como la elaboración de los nuevos DNI y, otra vez, de los billetes de lotería.

En 2010 al ahora ex presidente Kirchner, consorte de doña Cristina, se le inflamó la vista y dejó hundir el barco de Ciccone. La firma no lograba cobrar sus contratos con el Estado y estaba bajo permanente asedio de la AFIP. Los que apretaron a Ciccone por cuenta de Kirchner fueron el ex chofer Rudy Ulloa Igor y el actual embajador en Uruguay, Dante Ravena, quien, dicho sea de paso, ha cometido todas las torpezas en Montevideo y, dicen los uruguayos, se comporta allí como si fuera el gobernador de una provincia argentina. Luego,

Kirchner, poco antes de morir, delegó en Boudou las negociaciones para desplazar a Boludete y quedarse con un negocio multimillonario. Solo resta decir que a veces las historias tal como uno las conoce, no se parecen a las que cuenta la historia oficial. Quizás esto, escritor Borges, no sea nada nuevo, pero sí es revelador en el caso de Yabrán, con el que quiero terminar, personaje que tiene no poco que ver con el destino final del reportero Cabezas, como ustedes mismos podrán inferir. Aquí no hay que ser aprendiz de brujo ni grumete de mago. Basta con dejarse llevar, aunque, eso sí, como si fuera uno directo al infierno o, peor, ya estuviera en él. Porque el infierno es aquí y ahora, como dijo un escritor mexicano de cuyo nombre no quiero acordarme, como se dice en otra novela de un autor español, ¿no es cierto? Pues bien, aquí va mi conclusión pasajera porque, en realidad, aquí no concluye nada. Más bien, todo empieza y todo hiede, apesta, envilece. Después de lo que les relate, creo que inocencia pasa a ser sinónimo de utopía, de la peor que el hombre haya soñado. Aunque, lo que se cuente parezca eso, un sueño, así sea una pesadilla, en la que se confunde lo onírico con la vigilia. Sin más anuncios, esta es la historia que involucra básicamente a Menem, Cavallo, Yabrán y Cabezas, los tres primeros victimarios, el cuarto, víctima.

Al comienzo, Yabrán mantenía un bajo perfil y solo hablaba mediante voceros, hasta que vino *Caballo* con su mediático dedo acusador. Cabezas fue el primero en lograr fotografiarlo: poco después caía asesinado, de forma espantosa, y personas del círculo de Yabrán se vieron implicadas en el caso. A partir de entonces se sintió obligado a salir en público y hacer declaraciones al respecto. Cuando se emitió una orden de arresto en su contra, pasó a la clandestinidad. Cinco días después, el 20 de mayo de 1998, se dice que Yabrán se suicidó disparándose con una escopeta, que lo desfiguró e hizo irreconocible el cadáver. Según el dictamen forense, el cadáver era de Yabrán, pero algunos medios pusieron en duda la idea del suicidio dada la extensión del cañón y los cortos brazos de Yabrán. Esto dio pie a un sinfín de rumores según los cuales Yabrán no se suicidó, y yo lo creo, sino que hizo un montaje para que así pareciera. En 2002 se realizó en Estados Unidos una transacción comercial, al parecer por Yabrán. Sin

embargo, la teoría más aceptada es que un tercero habría intentado suplantarlo, presentando documentos adulterados e imitando su firma. ¿Por qué me mira así ahora, escritor...? Es curioso que mientras interpreta en vivo *El Salmón*, Andrés Calamaro diga *No me gusta el fantasma Yabrán* donde debería decir *No me excita cagar en el mar*. Tampoco a Yabrán, quien justo por unas fotos de Cabezas en la playa tal vez decidió que éste no tenía derecho como él a un lugar en el mundo. No contaba con que los tentáculos de la muerte son superiores al afán de vivir de cualquier terrícola y terminó víctima de la violencia que él mismo echó a andar. En todo caso, para concluir, repito que ni con el poder ni con el lenguaje se puede jugar y que la vida es un rompecabezas que se burla de cuanto hijo de puta se quiera cagar en algo. Y ahora, le pido, Borges, no se vaya para atrás: yo fui el que le prendió fuego al baúl del Ford *Fiesta*, qué ironía, en el que estaba el fotógrafo de la revista *Noticias*, José Luis Cabezas, no sin antes esposarlo, escupirle en la cara, pegarle dos tiros en la cabeza; y, no se asuste, yo era el jefe de *Los Horneros*, la banda de los cuatro condenados por su asesinato: Horacio Braga, José Auge, Sergio González y Héctor Miguel Retana. Eso, sin hablar del otro cuarteto operativo, Ríos, Camaratta, Luna y Prollezo, todos condenados, pero luego absueltos: uno por cuestiones de salud, otro por el mal del sida, uno más por portarse bien, y al cuarto le redujeron la cadena perpetua a 27 años. La operación fue organizada por Cavallo, bajo orden de Menem, el resto usted lo inferirá. No puedo contar más. Corro demasiado riesgo. Es más, siento que viene la parca. Y no sueño ya.

Treinta días antes de su muerte, el represor Paulo Malhães habló durante 23 horas ante la Comisión de la Verdad. Murió de un ataque cardíaco luego de que tres hombres entraran a su casa y la pusieran del revés. Un mes antes de ser secuestrado y muerto en su quinta de Río de Janeiro, el ex coronel declaró que había participado en operaciones contra guerrilleros argentinos que operaban en su país. Al parecer, miembros de Montoneros que intentaban volver a la

Argentina. Hecho conocido al divulgarse en Brasil el contenido de la larga confesión del militar ante la Comisión creada por Dilma Rousseff, a raíz del caso de un coronel: “El 14 de marzo de 2012 fue presentada la primera demanda penal por estos crímenes. Un grupo de procuradores presentó a la justicia de Marabá (estado amazónico de Pará, donde actuó la guerrilla del Araguaia) una denuncia que acusa al coronel de la reserva Sebastião Curió Rodrigues de Moura del secuestro de cinco exguerrilleros en los años 70, hasta hoy desaparecidos, informó el fiscal Tiago Rabello”. Hecho histórico dados la ferocidad y el horror de quienes, como en 1984, hicieron del ministerio del amor el de la tortura, siempre con el patrocinio de EE.UU. Por eso la decisión de Rousseff: “Resulta fundamental conocer el pasado, sobre todo el más reciente cuando muchos brasileños fueron encarcelados, torturados y asesinados”. La iniciativa de revisar la amnistía de 1979 para poder enjuiciar a los torturadores militares y civiles de esa oscura época, propuesta por Lula antes de dejar el poder, levantó ampollas e incluso provocó primero la protesta y luego la renuncia del ministro de Defensa, Nelson Jobim. El tema parecía haber quedado quieto hasta 2011 cuando Rousseff sancionó las leyes que dieron luz a la Comisión Nacional de la Verdad.

Declaraciones finales de la doctora Jorgina L. Borges

A comienzos de 2014, para *Página/12* de Buenos Aires declaré, yo, Jorgina L. Borges, pese a los desvaríos de Malhães que cada vez que puede me confunde con un hombre, sea señor, doctor o escritor, que lo que surge de su declaración es que él habría estado involucrado en el secuestro de los militantes Campiglia y Pinus, en 1980, y así lo consigné ante la Comisión de la Verdad de Río. Además, no descarté que tuviera alguna relación con la detención y posterior desaparición de Habegger. Durante sus 23 horas de confesiones, en mar/2014, y cuya transcripción acaba de ser divulgada, estuve presente y formulé preguntas. En esas horas, muchas de las cuales desgrabadas aquí frente al papel, para que nadie dude de sus asertos, que además se han confirmado luego, el militar contó cómo espío, persiguió y secuestró a

ciudadanos argentinos cuando hacía parte del Centro de Informaciones del Ejército brasileño, vinculado con el Batallón de Inteligencia 601 de Campo de Mayo.

Los militantes Campiglia y Pinus fueron secuestrados el 12 de marzo de 1980 cuando arribaron, desde Venezuela, al Aeropuerto Antônio Carlos Jobim, de donde planeaban seguir viaje hacia Argentina. Dos años antes, en agosto de 1978, para no generar mala prensa durante el Mundial, Habegger, también montonero, fue raptado en la misma terminal aérea. Los tres siguen desaparecidos. Y sus familiares no los lloran para no suscitar melodramas entre ellos ni para dárselos a los medios, no siempre tan objetivos en todo cuanto informan a la población argentina. O brasileña, toda vez que la situación ha impregnado el ambiente entre los vecinos de ambos países. En su confesión, el militar, hablando de él mismo en tercera persona, igual que los Kennedy de la democracia, dijo: “Malhães capturó a un argentino y lo mandó de vuelta para Argentina, el tipo era un montonero importante; el tipo vino a Brasil no sé para qué; realmente lo secuestré y mandé para Argentina; lo agarré saliendo del aeropuerto”, en un típico alarde del más puro amarillismo, algo ni siquiera logrado en épocas del patriarca gringo Guillermo Randolph Jers, como dicen en Argentina.

Para mí, Malhães no despedía arrepentimiento alguno al hablar: “El sentía haber cumplido su misión en la guerra que era acabar con el comunismo”. Con ocasión de un encuentro previo con miembros de la Comisión de la Verdad, el ex coronel aseguró haber enseñado a sus colegas argentinos cómo infiltrarse en las organizaciones armadas. Para ello, contaba haber leído *La guerra de guerrillas*, del Che, el mismo manual que han leído todos los oficiales que han pasado por la Escuela de las Américas, en Panamá, o por Fort Briggs, en EE.UU. Luego, en su declaración formal se jactó de que se había vuelto famoso en Argentina, tanto que le habían dado una medalla. Como a los gringos en Vietnam, aunque antes, todo hay que decirlo, les dieran por el culo y disculpe, señora Malhães, pero no puedo evitar la ano/tación.

Un mes antes de morir de forma todavía no aclarada, el represor relató haber descubierto un montón de argentinos en Río de Janeiro y otros tantos en Buenos Aires. Unos eran exiliados políticos amparados por la ONU, otros trabajadores de la Ford. Entonces ordenó a sus subalternos que fueran a fotografiar a todo el mundo: así sabía que tal brasileño era fulano, tal argentino mengano, tal cholo sutano, este secuestró o hirió o mató, como ellos, a no sé quién... que él sí sabía: “Y en esto no me parezco para nada a ese gran enano energúmeno, quien ahora que la justicia internacional lo investiga, porque la nacional sigue durmiendo entre algodones con espinas, contesta NO a todo, como tiene que ser cuando los jueces no le dejan a uno salida alguna. A propósito, otro eximio aliado de nuestra noble causa, la de borrar de la faz de la tierra al comunismo, la de no permitir que se siga vilipendiando al capitalismo, la de terminar con todo para poder Convivir, caray”, me confesó Malhães con una voz que no identifiqué enseguida, jeje, pero que me hizo recordar a ese gran humorista asesinado.

Por seguridad, venganza o vanidad, lo cierto es que Malhães quería hablar, lo cual hizo de él una amenaza a la *Omertà* que atraviesa todo el cuerpo castrense, que hasta hoy reivindica la ley de auto-amnistía sancionada en 1979 y denunciada por la CIDH. Constatamos que una parte importante de lo que dijo es cierto. Todo esto es valioso para la Comisión y podría resultar incómodo para quienes ayudaron a reprimir. El ex coronel comenzó a hablar en 2008. Contó detalles sobre cómo se financiaban las operaciones de infiltración para desarticular grupos armados locales o grupos argentinos en Brasil. Según él, estas operaciones continuaron hasta 1985, poco antes del “retorno de la democracia”. En 2012 recibió en su chacra de la *Baixada Fluminense* a periodistas e investigadores, y siguió contando su pasado. Para la Comisión Nacional y Subcomisión de la Verdad del Senado, su deceso se parece a una “quema de archivo”. Tres hombres invadieron su domicilio y por diez horas revisaron cada rincón y se llevaron pc, archivos y armas, nada más. Murió de un infarto a causa del pánico

generado por la intrusión o de la asfixia con bolsa inducida por sus atacantes.

Lo curioso para senadores, especialistas y reporteros es que la causa está bajo reserva del sumario y que el comisario a cargo de la instrucción la haya rotulado como “delito común, robo seguido de muerte accidental, sin connotaciones políticas”. Malhães fue el primer cuadro militar destacado que aceptó contar, en extenso, secretos de la represión y aportar datos sobre uno de los momentos cruciales del capítulo argentino/brasileño del *Plan Cóndor*. Por eso, aunque se hayan extinguido de los cielos suramericanos, quizás él tenga razón: los cóndores siguen volando todos los días en la tierra, en este reino del revés del que habló la otra Walsh, María Helena. Su muerte nos perjudica bastante, pero sus denuncias pueden ser tomadas por la justicia argentina en la causa por la Contraofensiva. Se podría citar a algunos de sus cómplices en secuestros y desapariciones. Algunos aún están con vida y seguiremos, pese a todo, en busca de la verdad. De la cual no poca ha salido a la luz aquí. Solo un loco, creo, hubiera declarado durante 23 horas simplemente para afirmar su odio a la humanidad. Además, y aquí recuerdo a Chesterton, lo último que pierde el loco, si Malhães lo fuera, es la lucidez. Lo que no deja de ser, todo hay que decirlo, es un grandísimo hijo de puta. Y perdónenme el cierre... mejor dicho, no: si para divertirse hay que pedir permiso, entonces uno no es más que un pobre diablo, un pobre *Tubarão*, un pobre *Tiburón*.

https://elpais.com/cultura/2019/07/26/actualidad/1564157673_876694.html?rel=lom

LA HISTORIA DE MI MUERTE

Cuando me trajo mi mujer a este lugar, jamás me imaginé que no volvería a salir. Pero ya sabes, hijo mío, cuál es el destino final de los viejos. Y no te lo digo como crítica sino como hecho objetivo. Ya sabes, este es un país que tradicionalmente los ha desdeñado, maltratado, si no vilipendiado. Ahora bien, lo que aquí te cuento nunca podrá aclararse del todo, pero es de buena fe y con la verdad por encima de cualquier otra cosa. Sé que no es fácil hablar sobre la muerte desde ella y sin embargo esto es lo que siento ahora, aunque aún no me haya ido. No te desanimes por lo que te pueda contar, ni vayas a dejar llevarte por los nervios ni por la depresión. Cuando le damos forma a un dolor, ella automáticamente nos lleva hacia el alivio, no hacia la derrota. Esta es la ventaja mayor del arte: separarnos de la muerte, pasar por encima de ella. Hacernos sentir que todo, pese a la injusticia, al dolor, a la enfermedad, a la desmesura de los seres humanos, no pasa de ser una anécdota frente a la trascendencia del arte, de la escritura, por ejemplo. Aclaro, nada de lo dicho hasta ahora tiene que ver con quienes manejan este ancianato ubicado aquí en esta augusta villa creada en 1572 con el nombre de Villa de Santa María de Leyva en los solares del colono español Juan Barrera.

Como te decía, mi mujer, que por ironía de la vida se llama también María, fuera de Cecilia, como quizás sabes toda vez que también es tu mamá, decidió un día traerme desde Bogotá contra la oposición de tus hermanos, en especial de uno, y recluirme aquí en la Villa, como me gusta decirle. Como habrás notado, no doy nombres para no herir susceptibilidades, pero tampoco lo hago porque esta es una historia que se repite en muchas familias a lo largo del tiempo. ¿La razón? No la sé, honestamente. Solo escuché alguna vez que todo se debió a una bofetada que le di a una de tus hermanas y ella se lo contó a tu madre, quien creyó que la mejor forma de cortar por lo sano era trayéndome acá. Y estuve de acuerdo. El problema es que todo fue convirtiéndose en un infierno desde que trajeron a un psiquiatra que comenzó a experimentar con droga propia de su profesión. En particular con una que llaman *Epamín*. Cada vez que me la iba a dar y no te rías que es en

serio, le respondía: ¡Epa, y, por qué a mín! Entonces, aunque se llame de otra forma yo le digo *Epamín*. En realidad, era *Sibutramina* y yo le decía al médico, de origen argentino: “Che, y en vez de a un hombre, ¿por qué no se la da a otra mina?”, pero el chiste no le causaba gracia al galeno, que en realidad era peruano.

Como a la cuarta o a la sexta ocasión que me la fue a dar, surgieron los problemas. Todo ello por mi orgullo. Y es que la *Sibutramina* es un fármaco anorexígeno para tratar la obesidad y yo me preguntaba qué obesidad podría sufrir si la única forma de no elevarme cuando hacía un viento como de cometas, era echarme un ladrillo en cada bolsillo o cuando iban a pesarme, para no parecer tan liviano, me echaba unos cubiertos también a los bolsillos, pero no para robármelos, eso jamás: era solo para dar una buena impresión a propios y a extraños. Pues resulta, hijo, que ante estas cosas no todo el mundo piensa igual, entonces no los monjes franciscanos que cuidan del lugar sino todos aquéllos que hacían caridad con nosotros comenzaron, por efecto del rumor, a creer que, en efecto, yo era un ladrón. Tan pronto el administrador del ancianato supo sobre mis “pilatunas” (a los viejos siempre se les trata como si fueran niños, pero no como si fueran niños), me mandó a llamar a su despacho. Entré, saludé, no me contestó. Lo único que hizo fue, sin dilación, tratar de chuzarme con un anestésico o con un sedante, ya no recuerdo, para luego embutirme la dichosa *Sibutramina*. Así que cuando fui a reaccionar, con todas mis fuerzas, el *Admi* llamó a otras dos personas: no, no eran franciscanos, hijo; además, es probable que, en ese caso, nada hubiera pasado. En su lugar, vinieron dos guaimarones, *así* de grandes, diría Rulfo, y trataron de someterme. Pero, como ya estaba acostumbrado a estas lides, recibí a cada uno con un trompadón. La cosa tuvo sus secuelas. Unos cuantos dientes cayeron al piso, otros cuantos morados se dibujaron en sus caras y piernas y unas tantas sandeces volaron por los aires, por lo que pronto llegó la policía, con la que jamás me entendí y los uniformados menos conmigo.

Yo solo pensé estar haciendo justicia. No solo por mí, sino por todos los viejos de este país. Pero me dio la impresión de que ellos no creían en causas nobles y de que, además, todo aquél que luche por la justicia, termina siendo ajusticiado. En efecto, cuando la policía huyó, como el criminal, sin que nadie lo persiga, poco después fui sometido por el triunvirato romano trasladado a la Villa. Me pusieron su camisa de fuerza, porque mía no era, me arrastraron como si de un arado sobre la tierra se tratara y me dieron una sobredosis de *Sibutramina*, sin mi consentimiento. Que fue lo que más me dolió. Porque a mí siempre se me consultó todo, en especial lo que me hacía daño. Y si no, hijo, pregúntale a tu mamá... la que decidió para que me trajeran a este ancianato en el que se cocina la historia de mi muerte. Porque, aunque no lo pudiera creer, la veo venir de frente y sin vacilaciones. Lamento, mucho, eso sí, no haberme enterado a tiempo que tú muchas veces quisiste venir a visitarme y que no te dejaron entrar. Cuando me contaron, esto tampoco lo podía creer pues estoy convencido de que los únicos monjes que no están en la lista de comportamientos *non sanctos* son los franciscanos. Los demás son una plaga de misóginos, misántropos y pederastas, que no se los imagina nadie en las hordas romanas, nazistas ni, siquiera, en las uribe-zuluaguistas. Aún recuerdo el día que quise quejarme por el maltrato y me dijeron que fuera a “Atención al Usuario” pero, ante las evidencias, pregunté: “¿Señorita, esto es Atención al Usuario o Servicio al Patrón?” Luego, soltó una risita como quien dice: “¿Conque reclamando, eh? Me causa gracia, me causa gracia”. Y su risa cayó como una araña negra sobre mí lívido ánimo.

Solo me resta decirte que el verdadero lío surgió porque la *Sibutramina* es una droga cuya comercialización fue suspendida hace tiempo en EEUU, pero aquí en Colombia no. Esto sería lo de menos si no fuera porque, además, dicho fármaco se suspendió allí por sus nocivos efectos cardiovasculares. Y, la verdad, hijo mío, empiezo a sentirme, en estos momentos que escribo, muy mal del corazón, así que no esperes buenas noticias. Pero, tampoco te dejes llevar por los nervios, la tristeza o la depresión. Recuerda que aun de las nubes más negras,

siempre cae agua limpia y fecundante. Este es mi último deseo, a la vez mi último suspiro. Dale, de mi parte, muchos recuerdos a tus hermanos y hermanas, lo mismo que a *Benitín*.

Y a tu mamá dile que la perdono por haberme traído a este lugar. Los monjes son una maravilla y siempre lo serán, máxime cuando les toca aguantar tanta hambre, y no se quejan en lo más mínimo, por las pocas contribuciones que hacen los lugareños para la conservación del ancianato, al que ahora han dado en llamar con un mote que doblega. Y ya noto que es en serio, porque los monjes no ven bien las cosas, todo se les cae de las manos, tiemblan sin que haya temblado, se caen al piso aunque nadie los toque... Pero, la verdad, yo soy el que no está viendo muy bien las cosas y ya desde hace una semana no pruebo bocado alguno, he caído en la red sin huecos de la tristeza, he renunciado a la ayuda de Onán. A todas estas, ¿con qué fuerzas y además dopado? Por tales razones, entre otras, he pensado organizar, no te rías que es en serio, una huelga de estómagos caídos, pero el mío, por solo poner un mal ejemplo, está más liso y estirado que la cara de ese corrupto italiano al que un feligrés le estrelló una virgen en el pómulo ultra-derecho. Fuera de eso, ya nadie cree en la huelga como modo de coerción, así que de paso estoy al borde de un ataque de nervios, solo que aquí no se trata de una película. Pero, eso sí, de la depresión no me dejo coger *ni por el putas* como dicen las monjitas de la Villa cuando ven pasar a los franciscanos y piensan que no cederán un ápice al furor uterino. Perdona mi insistencia, pero aquí no se ha cocinado otra cosa que la historia de mi muerte. Pero, lo importante, hijo, no es esto, sino que sepas extraer lo mejor de esta experiencia para que, en un futuro, y ojalá esté lejano o nunca llegue, no te dejes llevar por tu mujer a ningún ancianato, menos si lo llaman *La última ración*.

Como relata mi padre, el fin de su vida nunca podrá aclararse del todo. Mamá, por ejemplo, dice que cuando la llamaron para avisarle de su

deceso, el médico del ancianato sostuvo que había muerto a causa de una diabetes, tal vez aprovechándose de una conversación que tuvieron los dos acerca de antecedentes de morbilidad en su familia y por lo que algún tío había muerto de la enfermedad dulce... sin mencionar por ninguna parte la *Sibutramina*, menos el *Epamín* ni tampoco los excesos de fuerza con él. Yo, por mi parte, he logrado atar ciertos cabos: los problemas que en apariencia mi papá tenía con el corazón, los tenía en realidad con la cabeza. Mejor dicho, no eran problemas, era exceso de lucidez que todo el mundo confundía con simple orgullo. Y sí, él era presa del orgullo, pero no de la vanidad que es la parte nociva del orgullo. Lo que para mí ocurrió fue que mi papá jamás pudo soportar que otros decidieran por él, máxime tratándose de salud y de un viejo, en un país en el que la salud hoy es una cuestión de paracos antes que de médicos. Poco después por la misma vía mi madre dejó este mundo solo que no por causa de los médicos sino por su versión mono, los enfermeros, en el ya muy conocido paseo de la muerte; así, qué ironía, había caído en manos de los que ella había buscado, con nobles intenciones, para mi padre. Eso sí, aunque cueste reconocerlo, a los médicos les están pagando muy mal; como ellos, todo hay que decirlo, le pagaron a papá, a mamá... y espero que no a mí. Desde ya están al margen en mi mapa de salud. Así como la salud está al margen en el mapa de Colombia.

TRES CUENTOS COLOMBIANOS

I – *La desaparición...*

Ese día, como siempre en los últimos nueve años, él se había levantado muy temprano, afeitado y bañado gracias a la colaboración de su hija menor y de su hijo preferido, desayunado y salido a la calle. Solo. Se había dirigido a la tienda, donde le había pedido a don Jorge, ya que no cargaba dinero en sus bolsillos, que le fiara unos pielroja sin filtro, los únicos que fumaba desde que lo había perdido todo, desde aquellos lejanos días en los que podía escoger entre chester, picadilly, camel, todos también sin filtro. Cogió sus cigarrillos con la misma felicidad con que su nieta recibía un chocolate del papá o su nieto un favor de la mamá. Prendió un cigarro y echó a andar... Cogió por donde siempre lo hacía, por costumbre, por la carrera 13, desde la calle 45, hacia el sur. Su hijo, que a menudo lo acompañaba, esta vez no pudo pues tenía que atender unos asuntos personales urgentes relacionados con su ingreso a la universidad. De manera que esta vez, solo, él, un hombre de 61 años que por un accidente automovilístico había pasado los últimos nueve, enfermo, se dirigía ahora sin saber muy bien adónde, pero, eso sí, seguro de que no había un camino sino de que se hace camino al andar, de que al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar... Lo que en este caso se habría de cumplir con estricto rigor, no a causa de la simple retórica poética. Que, a decir verdad, también en este caso, no era simple retórica poética pues se trataba de la del inmortal y bienamado por él, don Antonio Machado, a quien tanto debía... Pues como don Antonio, él podía decir que a su trabajo acudía, con su dinero pagaba, excepto esta vez, sí, que no había tenido para los cigarrillos, pero de todas formas con su dinero pagaba el traje que lo cubría y la casa que habitaba, el pan que lo nutría y el lecho donde descansaba. Como don Antonio había creado un mundo de poesía con sus manos, él había trabajado la tierra con las suyas. Como don Antonio, él tampoco sabía si era un clásico o un romántico, aunque igual hubiera querido dejar sus versos como el capitán deja su espada: famosa por la mano viril que la blandiera, no preciada por el docto

oficio del forjador. Igual que don Antonio conversaba con el hombre que siempre iba con él y cuyo soliloquio era charla con ese buen amigo que le enseñó el secreto de la filantropía. Eso sí, no de la que tanto se publicita y detrás de la cual se esconde el crimen, se agazapa la traición, se confiesa la carencia. Carencia de la que él, como don Antonio, valga la tautología, carecía... Todas sus carencias, mientras caminaba, se reducían a una, la falta de dinero. El que en otras épocas había tenido de sobra, pero de las cuales era mejor no acordarse, como se aconseja no acordarse de la juventud cuando se es ya viejo. Y aunque él no se consideraba viejo pues bien sabía que la edad no está en el cuerpo sino en la cabeza, de todas maneras, no era tonto para no darse cuenta, como tantas veces se lo dijo a su vástago predilecto, que por su enfermedad ya era un viejo. Un viejo que caminaba por las calles de la ciudad que lo había acogido hacía muchos años y en la que había gozado y sufrido, levantado del suelo y caído al piso, forjado una familia de ocho hijos de los cuales a la postre le quedaron siete, todo gracias a la complicidad de una mujer fiel y leal que lo admiraba tanto como él a ella. Ciudad en la que bien sabía que cuando llegara el día del último viaje y estuviera presta a partir la nave que nunca ha de volver, se le hallaría a bordo ligero de equipaje, tal cual había venido al mundo, libre de ropas, como los hijos de la mar.

Tan ligero como iba ese día que se había levantado temprano, como siempre, para ir en busca de su destino, destino que solo él conocía. Caminó y caminó sin tregua ni pausa hasta que ya cansado se detuvo... cogió el camino de regreso a casa, pero al llegar nuevamente a la 13 con 45, antes de cruzar la calle, decidió subirse a una buseta de la ruta 127 y cuyo pasaje no se sabe cómo canceló pues ya se dijo que no llevaba dinero consigo. Atravesó en ella la ciudad, se bajó en el paradero de Boíta, lugar al que por primera vez en la vida iba y, como es lógico, se perdió allí... Mientras tanto, al otro extremo de la ciudad y dado que no había vuelto a su casa, la familia en pleno se preguntaba dónde podría estar él. Luego de averiguar en todas partes por si alguien sabía dónde estaba, un hermano del hijo amado con voluntad honesta, salió a la calle, dispuesto a ir en su búsqueda. Cogió un taxi y lo primero que hizo al subirse al vehículo fue mostrarle la foto de él al conductor

y preguntarle si lo conocía... lo que viene bien podría hacer parte del catálogo fantástico, aunque en la práctica apenas pertenezca al territorio de lo posible, no necesariamente de lo divino como tanta gente para su infortunio cree: el señor del taxi, luego de hacer una carrera en el sur, había visto en el parque de Boita al señor de la foto que el hermano del hijo dilecto le acababa de mostrar... “¿Qué hacer?”, se preguntó éste como tantos años antes lo había hecho Lenin con otros fines, no se sabe si más o menos altruistas. Pero, la cosa era más simple que política, así que rápidamente el chofer del taxi y el otro hijo de él se dirigieron al único objetivo no solo posible sino probable de hallarlo. El trayecto, como podrá imaginarse cualquiera, fue tan tedioso como desgraciado a causa de los problemas de desplazamiento. Lo difícil no fue llegar a la carrera décima, vía obligada de acceso al lugar de destino, sino avanzar por ella... sobre todo a partir del momento en que el chofer del vehículo de servicio público perdió sus gafas a manos de un raponero. En medio de la barahúnda el señor persistía en continuar al volante, pero cuando se convenció del peligro, entonces decidió cederle su puesto al otro hijo del señor que buscaban. Sin embargo, aunque éste último era lo que se podría considerar un as del volante, las circunstancias no permitían demostrarlo. El taxi avanzaba a un promedio de diez minutos por cuadra, si es que existe una medida tal para vislumbrar lo que pasaba... De manera que para no darle largas al asunto el trayecto se cubrió en poco más de dos horas. Dos horas que dadas las circunstancias equivalían a una eternidad para los tres: para el taxista, para el hermano del hijo preferido y para...

Al llegar al sitio, el hermano del hijo predilecto agradeció a la vida que no fuera él quien hubiera perdido las gafas a manos de los ladrones, aunque al verlo ya no estaba seguro de si él era su padre. Y no lo estaba pues éste se veía calcinado por el sol, sin el saco de paño con el que había salido y que no se sabe cómo había perdido, en definitiva, casi desnudo, como los hijos de la mar. Perplejo por la conciencia de saberse perdido, al encontrarse con uno de sus otros hijos, él, que era tan locuaz, no pronunció palabra alguna, aunque pudiera decirse que, en ese momento, más que nunca, adquirirían inusitada vigencia las

palabras del poeta según las cuales qué bueno es estar triste y no decir nada... Aunque bien podría decirse que para entonces decir algo tampoco serviría de mucho. En ese instante, las palabras sobraban, como sobraron para explicar los detalles del “milagroso” evento cuando él regresó a casa. Pormenores que, no obstante, debido a la elocuencia implícita del relato hecho por el taxista a los familiares del protagonista, terminaron por convencer a todos de que, en efecto, se había tratado de un milagro, uno, eso sí, causado por las leyes de probabilidad de Hume, según las cuales todo es posible por el cruce de múltiples variables que al cabo determinan el remate de un hecho, o por la ley del azar de Buñuel, según la cual primero está eso, el azar, luego viene la necesidad. Y la posibilidad de recuperarlo a él, dependía del azar más que de aquella. Tras su muerte el 20 de junio de 1999 en la ciudad que lo había acogido, en la que había sufrido, gozado y reproducido, a la vez empezaba a dormir un sueño profundo, tranquilo y verdadero. Larga paz a sus huesos. No obstante, el día que el hermano de su hijo dilecto lo había encontrado, había comenzado la desaparición del padre del autor de este relato...

II – *El juego del olvido*

Todavía recuerdo el día, y no solo porque fuera mi cumpleaños, en que la Viejita se desgonzó en mis manos, mientras desayunábamos con placidez junto a la bella, lúcida e inteligente Marthica. La cosa venía de tiempo atrás, de cuando empezó el juego del olvido, el que por fortuna se prolonga hasta hoy. Al principio, para tratar de recordar, ella armaba todos los días sopas de letras que su hija le compraba. Cuando empezó a olvidar las letras, recursiva, se inventó su propio alfabeto, porque había olvidado el otro, el de siempre: volvió a coger una por una de las 28 letras y las guardó de nuevo en su cabeza. Pero, como nadie recuerda a voluntad y todo el mundo es esclavo de su memoria, cada una de esas letras se le iba disolviendo cual solución, en este caso problema, en su mente. Aun así, la Viejita no se daba por derrotada y, decía, tengo que *volver a empezar*, sin acordarse, desde luego, del melodramático y oscarizado filme español. En efecto, cada mañana, cual Sísifa, por aquello del género, del que tampoco es que se

acordara mucho, arrancaba desde cero y esto era terriblemente cierto porque tenía que reconocer que, pese al esfuerzo, no daba con ninguna de las 28... ¿qué? Bueno, no importaba, porque al tener uno de los libros de sopa de letras entre sus manos, al instante volvía a recordar las letras, aunque no pudiera, de momento, precisar el número. Y, entonces, descubría que el lugar donde venden drogas es “droguería” y no “drogueriayperfumería”, como cuando le preguntaban a Turbay por un sinónimo del prefijo *hiper*. Y perdonarán Ustedes, pero la Viejita, al recordar el chiste, naufragaba de nuevo entre aquellas pequeñas cosas de las que hablaba Serrat y se perdía de cabeza entre Turbay y Serrat y decía chistosa “no más turbay, voy a cerrat este libro, jodet”. Y lo cerraba y agregaba “me voy pa’ la calle”, pero olvidaba que su hija le había tenido que secuestrar la llave (sí, porque hoy se secuestra cualquier cosa, ya ni siquiera cualquier persona...) porque, recordaba, que un día que se había salido sola a Carulla, casi no regresa a casa. Y mientras olvidaba el secuestro de la llave seguía vistiéndose como quien se alista para casarse, porque quién quita que en la calle me encuentre un galán y me vaya con él y así no tengo que volver a esta casa donde aunque no me canse empiezo a sentirme un poco restringida y con principios de estreñimiento, jaja, no, más bien, de diarrea... así que salió directo pa’l baño sin haber terminado de vestirse, pero por el camino ya no sabía si estaba vistiéndose, si iba a salir o si iba para el baño. Entonces, de repente, por el esfuerzo, se dio cuenta de que se había cagado en los pantalones, como solía hacerlo a menudo, pero a ella no le importaba porque estaba convencida de que el mundo no valía la pena, pero tampoco era una mierda, como su hija y su querido yerno decían: no sin razones desde su punto de vista. A causa de las circunstancias, se quitó los calzones, los pantalones, todo, pero tuvo la suficiente lucidez de no seguir al notar que si seguía quedaba empelota y de pronto la vería alguien, máxime si tenía que bajar a depositar la ropa en la canasta, así que con todo pudor se tapó con la toalla y, de paso, olvidó que tenía que vestirse de nuevo si quería salir a la calle. Pero, eso no ocurrió porque de pronto la asaltó un ataque de memoria y recordó que no podía salir a la calle porque su llave seguía... ¿qué? Y se le olvidó el participio del verbo que más usan los medios cuando se

refieren a la guerrilla y el que jamás utilizan al referirse al Gobierno, pese a que este le tiene al pueblo secuestrada toda su capacidad de disentir, de organizarse, de luchar, a punta de física represión por vía del Esmad y sus *robocops*. Palabra que en ese momento se le aparecía en la sopa de letras y con la cual daba por terminada, de momento, su tarea de engañar a la cabeza y continuar en el juego del olvido. El que no termina aún y eso que han pasado 15 años, con lo cual ya a la Viejita solo le faltan tres para llegar a los 103 años, edad que desde hace rato, aunque no recuerde el tiempo exacto, fijó para su muerte. Pero, esto último la tiene sin cuidado porque hace rato que olvidó del todo el juego del olvido y ahora apenas se acuerda de que no puede bañarse sola, vestirse o salir a la calle. “Puf, ¡qué nos importa!”, dice, como cada vez que un destello de memoria alumbra su sendero de la rutina por el que cada día aún se desplaza esperanzada en seguir el juego del olvido. El que, eso sí, no se olvida de contraponer a la implacable seriedad del recuerdo que se les impone cada día a su querida hija Marthica y a su siempre agradecido yerno, el autor de este relato que jamás sufrirá de *alpiste*, entre Alzheimer y despiste, felizmente condenado como está a recordar a las dos personas que siempre estuvieron ahí cuando más lo necesitó para poder seguir haciendo parte del doble juego del olvido y de la memoria, de Sísifo y Sísifa, de Caín y Abel. Pareja que recuerda otra sopa de letras, muy dura, en la que preguntaban por Caín como “homo faber, herrero que castiga a su hermano con el arma que él mismo elabora”, y la Viejita casi desfallece diciendo el enunciado y por Abel como “homo ludens, pastor que vive tranquilo en el campo y muere al recibir el golpe de su hermano”, lo que ya no pudo seguir leyendo, al entrar en ese terrible fin del juego del olvido, que es la siempre indeseada parca.

III – *Entre la libertad y la mayor fosa común urbana*

Salí de la ciudad al campo y no como es habitual del campo a la ciudad con lo que de hecho me convertí en un desplazado al revés pero no por haber salido de nalgas sino porque adquirí al instante la figura de contra desplazado después cuando en realidad mi único propósito era

recuperar la libertad esa que me habían confiscado en la ciudad la misma en que resultaba ya imposible vivir perdón qué digo sobrevivir y por eso había vuelto a mi casita de campo a la que denominé con el nombre de mi hijita de mi bella hija Valentina con el fin de encerrarme primero a terminar de escribir mis libros también dedicados a mi otro hijo el gran Santiago y luego intentar publicarlos con el anhelo de empezar a recuperarme económicamente para poder llevar una vida digna como todos deseamos en cuanto seres humanos pero no tardé en darme cuenta que estaba no solo fijándome en el horizonte ese punto que se nos corre a medida que avanzamos hacia él sino que al tiempo me planteaba una de las más inalcanzables utopías si consideramos la calidad de país que tenemos en el que no se respeta la vida humana mejor dicho en el que no se respeta porque como dijo Mayolo seis meses antes de morir Colombia es un país de muertos y en el que la vida es un hecho excepcional aunque más excepcional quizás sea seguir con vida mientras se escribe una historia en la que la mayoría no reparará en lo más mínimo quizás porque lo más mínimo es el sueldo entonces no hay lugar para maricadas para quejas para lamentos solo para seguir peleando así nada se resuelva pronto ni a mediano plazo ni tal vez nunca pero no importa porque mientras haya vida hay esperanza decía Esperanza delante de todos sus muertos y su marido mientras tanto apenas pensaba en cómo se deshacía de la Esperanza para ir a echarse un polvito por ahí con cualquier otra campesina a la que ya le había puesto el ojo mientras las autoridades empezaban a realizar las exhaustivas investigaciones de siempre para saber por qué en ese día de elecciones habían aparecido tantos cadáveres en la cabecera del municipio vallecaucano que quedaba como por fuera del país de lo lejos que estaba aunque no era que estuviera lejos sino que dada la desidia del gobierno todo parecía no quedar en ninguna parte todo parecía un simple *no man's land* un territorio de nadie en el que nadie era el rey porque nadie no es nadie así alguna vez hubiera tenido el atrevimiento de firmar un grafiti en el que afirmaba que nadie es perfecto y lo firmaba él mismo es decir Nadie pero a nadie le importaba esto porque al fin y al cabo nadie es nadie y al mismo tiempo es todos de manera que no hay por qué preocuparse con estos detalles semánticos sino más bien poner de

nuevo la atención en lo fundamental es decir lo que no hacen los medios jamás ocupados como están no en divulgar noticias sino en encubrirlas para que todo el mundo pueda seguir tranquilo pensando en que estamos en el segundo país más feliz de la tierra y ahora para colmos en el primero así digan que este es el tercer mundo y que ahora vamos para el primero por los caprichos del presidente de turno de presentarnos a la OTAN/OCDE para darle contentillo al pueblo y hacerle creer que estamos en un país poderoso económicamente mientras lo que sucede es que cada día estamos más mal y como prueba de ello bastaría pensar en esos catorce mil niños que han muerto en La Guajira por falta de agua y de comida pero a través de los medios nos dicen que no hay que alarmarse porque lo que nos tiene jodidos no es la injusticia ni el despilfarro ni la corrupción sino el fenómeno del niño cuando la verdad es que el problema es el fenómeno de los niños grandes políticos pero también de los pequeños que mueren en Chocó lo mismo que los indios en Cauca o Putumayo y a nadie le importa que la verdadera razón estribe en el desvío del río Ranchería por cuenta del Gobierno y los políticos y sus socios los paracos así como tampoco importa a nadie que el IVA haya subido al diecinueve por ciento porque entretanto la desgracia mediática es que nuestra reina fue miss universo por tres minutos y luego el negro ese que fue puesto a propósito para que dijera que se había equivocado agregara que qué pena la reina es la de Filipinas ese país tropical asiático que no se sabe si ha tenido más desgracias naturales que desgraciados y naturales hijos de la chingada que lo han gobernado casi peor que los políticos a Colombia así que nada ha pasado ciudadanos a guardar compostura y nada de tirarle tomates ni huevos ni limones al negrito que fue puesto a propósito en vez de un blanquito para así confirmar que los de su color son brutos y estúpidos y casi seres humanos cuando para nadie es un secreto que la peor peste es la alta sociedad blanca la misma que ha armado todas las guerras desde un solo país ese en el que muchos aún tienen la pretensión infundada de poder realizar su sueño pero donde como se ve en ese bello filme titulado Nebraska el campo está tan muerto como si se tratara de cualquier Colombia país que ya no necesita descertificación porque mientras tanto sus políticos lo han convertido

en un desierto y al mismo tiempo en un campo abonado para la locomotora energético-minera y para los muertos que brotan silvestres de la tierra en cada remoción de escombros como en La Escombrera de Medellín lugar donde está el siniestro récord Guinness de la mayor fosa común urbana de la historia de Colombia.

“ALGUIEN DEBERÍA ESCUCHARME, SABELO QUE SÍ”

En los últimos días varias usuarias de féisbuk cambiaron sus fotos de perfil por una mía, una que decía: “¡Libertad para Higuí!” Ignorada por los medios, debo decir, estoy presa desde octubre de 2016. Una pandilla de diez hombres, si se puede decir así, me quiso violar por ser lesbiana. Mi hermana menor Azucena lo recuerda mejor: “Ella se defendió con un cuchillo y mató a uno de sus agresores. Llegó a la cárcel desfigurada, cómo no, y con signos evidentes de abuso. Nadie la escuchó”. Alguien debería escucharme, sabelo que sí.

Aquí les cuento mi historia. Porque este no es un cuento, pero hagamos de cuenta que sí, para que nadie se moleste con mi historia. Aunque a la hora de la verdad, me importa un carajo que alguien se moleste con mi cuento o con mi historia o con mi crónica/cuento. Tengo 43 años... acabo de cumplirlos el 7 junio del 17. Me llaman ‘Higuí’, ya sabrán por qué. Soy lesbiana, como cualquier otra persona puede ser homosexual o heterosexual, aunque a ellos no se les recrimine, mejor dicho, se les permita serlo sin lío, sabelo que sí.

Tengo siete hermanas y un varoncito, el más chico. Vivo de changas o trabajos temporales, de limpiar y arreglar jardines, ordenar galpones, hacer arreglos varios. Los posibles desarreglos me los arman otros, yo no me meto con nadie, vivo y dejo vivir. Me gusta tomar cerveza y jugar al fútbol. De ahí... ¿me entendés? Soy hincha de Boca y la noche del 16 octubre 2016, de la que voy a hablar, llevaba puesto un pantalón del club y una remera negra. Me fui de la casa, y no digo *mi* porque más casa tiene un pescado, a los 13 años.

Es decir, hace ya 30 años que dejé a mis viejos. ¿La razón? La misma de muchos otros pibes y pibas: los abusos del marido con mi vieja. En la escuela no llegué sino hasta el cuarto grado, lo que me recuerda a Leonardo Favio y su filme *Crónica de un niño solo*, que es lo que en el fondo he sido. Un niño solo metido en el pellejo de una niña que, modestia apártate, siempre he tenido suerte con las minas y de paso

con su belleza. Siempre he hecho levantes a pesar de ser o, mejor, aun siendo petisa y fea, algo que no cuenta en el amor.

En Barrufaldi y en William Morris, donde vive mi hermana Azucena y donde también viví algunos años, todos me conocen y saben que, aunque sea, como me dicen con ese odio en los labios, “tortillera” o lesbiana, nadie puede sostener que sea desleal o traidora a ninguna causa, a las causas que realmente importan, es decir, las que tienen que ver con una vida plena, en libertad, que se mueva entre el respeto y la tolerancia con la diferencia. En la que nadie sea atacado por su condición sexual, su color de piel o su religión, sabelo que sí.

Todo comenzó 18 años atrás, pero el relato es ahora de Azucena, cuando ella tenía a su hijita recién nacida y quien hoy tiene, justo, 18 años: “No sé si fue en bici o porque se trepó a una pick-up preciso a tiempo, allá en Mariló, adonde no le gustaba a Higuí hacer la vuelta, pero le alcanzaron a dar tres navajazos en la espalda. Por eso estuvo varios días internada en el hospital. Ella no quiso contar quién ni cómo la habían herido y dijo que habían querido apenas robarle, pero lo que ya se percibe es otra cosa: el anuncio de algo.”

Lo peor vino después, con las señales de los agresores. Cuando volví a la casa, solo quedaban los restos del incendio. Habían atado a Menem, mi perro, a la ventana y prendido fuego a la vivienda, en Mariló, donde había vivido desde el 94, cuando mi Vieja ocupó unos terrenos fiscales y luego la siguió el resto de la familia. Ahí levantó una casita en un lote donde más tarde fue a vivir también Azucena. Una noche, tras una fiesta, fui al kiosco por cerveza, la que tanto me gusta y por la que me dicen ‘Capitana Haddock’, sabelo que sí.

Entonces, una patota de cabronazis me rodeó: “Tortillera, lesbiana”, gritaban y añadían “piruja”, como si estuviéramos en México, con toda la fuerza de su cobardía, la que contrastaba con mi valentía de no tener cojones sino cerebro. Eso, ya se dijo, ocurrió en el 98 y pude escapar en la moto de una amiga, que casi me arranca un brazo cuando me jaló para que me subiera, antes de que fuera atacada a

pedras, palos y cuchillos por mis agresores, antes de que esos boludos me trituraran con la mala semilla de sus atavismos.

Y ahora sí, volvamos al 16/oct/16, domingo para más señas, cuando yo, Eva Analía de Jesús, 'Higui', llevé a varios de mis sobrinos a casa de mi hermana Mariana en Lomas de Mariló, Bella Vista, noroeste de Bs. Aires. Era el Día de la Madre y había conseguido fresas para hacer con crema y pollo para empanadas. En Barrufaldi, me conocían y los comerciantes me guardaban lo que sobraba. Comieron y tomaron birra, se divertieron y al ocaso Mariana me acompañó hasta lo de Jazmín a la que quería saludar en su cumpleaños.

La dejé en la esquina y regresé a casa. Ah, olvidé decir que, finalmente, me fui de Mariló, pero cada vez que volvía la pasaba muy mal. Me lanzaban piedras, imprecaciones, me quitaban la bici. Por eso, cada vez que iba a Mariló llevaba una navaja, sabelo que sí. Ese domingo de octubre, Día de la Madre, qué ironía, en casa de Jazmín, me crucé con Cristian Rubén Espósito y otro tipo. La situación era de calma chicha, tensa, aterradora. Espósito era parte de la patota que me hostigaba, la misma de la que yo ya veía desprender una tragedia.

Voy a irme porque se va a armar quilombo acá y no quiero que se arruine la fiesta, dije, ya de noche, cerca de las diez. Caminé sola por el pasillo que lleva a la casa de mi amiga Jazmín con la calle Irustia. Aunque estaba oscuro, igual vi venir a Espósito encima de mí a los golpes. "Te voy a hacer sentir mujer, forra lesbiana". "Pero, si ya lo soy, para qué insistir", le solté, desde lo más hondo de mi conciencia y me dio risa porque pensé que cuando añadió *forra* lo había dicho como *zorra* pero con una notoria pronunciación nasal.

Enseguida, me tiraron al piso. Sentí que eran varios pendejos los que me atacaban. Sentí muchas patas dándome duro contra el piso. Me volvieron flecos el pantalón y el bóxer, pero eso no era nada frente al reflejo de mi dignidad deteriorada en el espejo de la conciencia, sabelo que sí. Aun así hoy no maldigo a ninguno de esos desnaturalizados; soy defensora de la vida, hacedora y dadora de vida, así sea lesbiana,

no gestora de muerte: que a ellos les caiga el peso de la ley, como se dice en medios, que los juzgue el tribunal de la memoria.

En medio de los golpes, que iban y venían como pelotas de tenis, solo que, con sevicia, intenté cubrirme con una mano mientras con la otra trataba, con desesperación, de sacar la navaja que llevaba entre los senos. Levanté el brazo izquierdo para defenderme, pero a la vez segura de que iban a violarme. Un rato después, no sé cuánto, no recuerdo, una linterna me iluminó el rostro, deformado por los piñazos que en generosas pero mezquinas cantidades recibí. Estaba semi inconsciente: las luces del bonaerense titilaban a la distancia.

Ya no estaba en el pasillo o sea que alguien, supuse, me movió. Unos pasos más adelante, vi el cadáver de Espósito apuñalado en el tórax. Lo metieron en el platón de una camioneta para llevarlo al hospital. Y yo pensaba en Sócrates, por aquello de la última... mientras me detenían. 72 horas después, Azucena fue la primera persona que pudo entrar a verme en la comisaría segunda de Bella Vista. Con su celu sacó un par de fotos en las que se ve mi rostro aún hinchado por los tiestazos, con varios hematomas como manchas en el cuerpo.

Lloraba, sin parar, por el muerto y por mí. “Hermanita, le dije a Azucena, no sé de dónde saqué fuerzas, pero me defendí”. Y enseguida, en una suerte de asilo mental, me acordé de la historia de una mujer a la que unos paracos colombianos metieron en un sótano y le soltaron ocho, óigase bien, no cinco ni siete, sino ocho perros Rottweiler para que la devoraran. Pero, contra todo pronóstico, de pronto alguno de ellos, conmovido, le tiró un facón de seis pulgadas y con él ella se defendió, como yo, y mató a los ocho cuasi asesinos.

Luego, sin pausa visible, se desmayó. La sorpresa vino más tarde. Los paracos la sacaron del sótano y, creyendo que estaba muerta, la tiraron a la basura. Pero ella, por esas cosas del eterno combate vida/muerte, de pronto se paró, cual *Dead Woman Walking*, y huyó del lugar. Los imposibles, gracias al poder mental, se vuelven posibles. Lo que estuvo a punto de pasarme fue, en términos legales, una *violación*

correctiva, eufemismo por violación de lesbianas por los hombres con el supuesto fin de cambiar el rumbo sexual de la víctima.

En tal sentido, van dos ejemplos: en las llamadas clínicas de deshomosexualización ecuatorianas, la violación es uno de las técnicas usadas para curar el lesbianismo. El caso más conocido es el de Paola Concha, quien fue secuestrada con 24 años y llevada a una clínica al sur de la capital del país. Allí se le retuvo por 18 meses, durante los cuales fue esposada, encerrada sin comida varios días, forzada a vestir de hombre y violada. Mientras tanto, la madre de Paola pagaba 500 sucres al mes por el “tratamiento correctivo”.

El otro es el de la nica María, cuya madre cuenta que después de haber sido violada a su hija le quitaron alimentos por 72 horas y que conoció el caso cuando salió: estuvo detenida 17 días. La noche previa a ser violada, el jefe policial la sacó adonde requisan a los detenidos y le preguntó: “¿Así que sos lesbiana?” mientras la tiraba contra la pared, le repetía groserías y la regresaba a la celda. Al otro día, la volvió a sacar y abusó de ella. “No sé qué pasó, es horrible, me narró llorando”. Su hija “está destruida, no puede dormir ni quiere comer”.

Como dice Raquel Hermida Leyenda, quien es mi abogada desde enero 2017 y miembro de la Red de Contención contra la Violencia de Género, la mayoría de los testigos en la causa es partícipe del hecho, como pasa con los testigos/cómplices de *La mujer del animal*, ese tan terrible como necesario filme del colombiano Víctor Gaviria que vi en copia pirata, pero que resulta más auténtico que mi cuento/historia, no obstante que es ficción. La causa, anillada, parece un cuadernillo de apuntes universitarios, con sus poco menos de 150 folios.

Dice mi abogada que cuando vio el tamaño del expediente, se dio cuenta de que los peritos del caso no habían hecho ningún esfuerzo. A mí se me ha imputado homicidio simple y prisión preventiva. La madrugada del lunes 17/oct/16 llegué a la comisaría con el pantalón y el bóxer, hechos jirones, como si me acabara de lanzar desde las cataratas del Iguazú. Otro detenido me prestó ropa y la que yo tenía

me fue retirada para la pericia penal, pero el informe de la policía científica aún no está listo. Lo que al día de hoy no sorprende a nadie.

Se trata de plazos y vaivenes típicos de una causa sin abogados particulares. Aunque, agrego, si los hubiera los líos serían mayores por mi falta de recursos y, cómo no, por la falta de ética de los abogados. Los que, junto a los médicos, dice Marechal en *Adán Buenosayres*, son las plagas del siglo XX... y XXI, señalo. Ambos, junto con los políticos, se creen dueños de las vidas de los demás. Aunque una versión dice que mi ropa estuvo perdida, eso no le consta a mi abogada, así como tampoco la cadena de custodia de la ropa.

Si en la ropa había ADN o algo que hubiera confirmado lo que dije en la indagatoria, habría servido para dejarme en libertad. La cadena de custodia implica tener las cosas selladas, la firma de los testigos sobre cómo se guarda esa evidencia. Si todo eso no se cumple, ¿qué garantías podemos tener como acusados, aun siendo inocentes, como creo que lo soy? O como soy. Y si titubeo es porque a través de la historia, contada por los hombres, la mujer ha resultado culpable aun después de ser violada, torturada, empalada y otras porquerías.

Creo que los feminicidios tomarán otro rumbo el día que el mundo cambie el chip machista, patriarcal, falocentrista y misógino y sean mujeres no falocráticas las que juzguen y sancionen los casos en que ellas mismas sean víctimas de violación. En cuanto al homicidio que se me imputa, aunque el Código Penal, en su Art. 34, hable de legítima defensa con respecto a la propiedad, creo que la legítima defensa también debe aplicarse a la principal propiedad que tenemos, nuestro cuerpo. Lo que ya Foucault nos enseña en su biopolítica.

Ahora, si no se encuentran restos en mi ropa, ¿qué seguridad tenemos, como en el caso de la niña colombiana Yuliana Samboní, de que la ropa no haya sido lavada? Son muchas las anomalías en la causa. El acta de procedimiento que levanta el bonaerense que nos halla a Espósito y a mí, tras llamado al 911, es demasiado escueta y no cita mi estado ni los golpes ni la ropa destrozada. En mi declaración

indagatoria, el lunes 17 a las 3:00 p. m., dije claramente que durante la agresión intentaron violarme, pero eso se ignora por completo.

Por contraste, la imputación da por hechos, ciertos, la declaración de uno de los testigos principales, en el sentido de que yo me le fui, sin motivos, jejeje, encima a Espósito y que él, ya agonizante por la herida en tórax, había sido capaz de desfigurarme de un trompadón. Eso, ni Monzón cuando estrelló su coche contra un árbol. Mi familia y yo denunciarnos que tal testigo, Z, en griego, *aún vive*, era parte de la pandilla que me asediaba en Lomas de Mariló y me atacó el domingo 16 en horas de la noche, esa cuasinatural aliada del crimen.

Como estamos en la era de las NTCI, zánganas que tanto dinero produce a otros, no puedo evitar decir que el celu de mi abogada Hermida no para de recibir mensajes de WhatsApp. Y aquí, como en *Ciudad de Dios* y el caso del feminicida Paraíba, interviene la prensa: gran parte de las consultas que recibe son por otras causas o por invitaciones a reality-shows, como los que dirigía el misógino Trump antes de ser presidente del país más mierdiático de la Tierra, o a programas de TV para hablar de violencia de género o del caso Micaela.

Micaela García, por si alguien lo ignora, es la valiente y combativa defensora de DD.HH asesinada en Guleguay el 1.abr.2017, día de su desaparición, por estrangulamiento: a su agresor, Sebastián Wagner, el juez Carlos Alfredo Rossi, a cargo del Juzgado de Ejecución de Penas de Entre Ríos, le otorgó la libertad condicional el 1.jul.2016, aun habiendo sido condenado ya antes a nueve años de prisión por dos violaciones. Para completar el cuadro *clínico*, el de la justicia, Rossi solicitó, el 10.abr.2017, una licencia médica por “depresión”.

Pidió, qué bosta, una licencia de 20 días ante las autoridades judiciales. No obstante, permítaseme la licencia, pero creo que no es ‘por depresión’ sino ‘por marica’, sabelo que sí. Aunque mi familia, mis amigas y varias organizaciones formaron una mesa de trabajo que se

reúne cada tanto y busca difundir mi situación a través de festivales, colectas y movilizaciones, mi causa aún no tiene mucha difusión por fuera de las redes sociales ni en ciertos medios masivos, lo cual a estas alturas no debe sorprender ni al más audaz tímido.

El 8.mar.2017 la Asamblea Lésbica Permanente marchó con una bandera que pedía mi liberación y hoy mi causa, la causa 'Higui', por el Loco Higueta, obvio, es uno de los más fuertes reclamos del movimiento feminista. Mi abogada suelta una idea inquietante: si Micaela García se hubiera defendido igual que yo hoy estaría viva, sí, pero detenida. Así, ¿de qué sirve el Art. 34 del CP que habla de la legítima defensa con respecto a la propiedad, material, económica, pero no defiende por ningún lado esa suprema otra propiedad que...?

¿Esa suprema otra propiedad..., y disculpen mi llanto irreprimible, que es nuestro cuerpo, el que ha sido impunemente mancillado a lo largo de la historia, y de la histeria, por hombres de todas las pelambres y que solo las mujeres respetamos y defendemos como debe ser, cuerpos que jamás ultrajamos como los torturadores de todo tiempo y lugar lo hacen, cuerpos que nuestras maltrechas leyes pero antes nuestros deshonestos jueces y nuestros ensimismados ciudadanos tanto desprecian, como si el de ellos fuera uno mejor?

¿Servirá de algo que ahora mi defensa, la hecha por una mujer, presente un psicodiagnóstico compatible con mi declaración indagatoria, en el que se consigna que sufrí un abuso sexual en grado simple y que me defendí del abuso sexual agravado de unos cabronazis, esto es, el de la penetración: la misma penetración que tanto les gusta a los opresores o a los curas pedófilos o a los milicos cacorrinos ver cumplida, para saciar así su nunca bien completada sed de venganza en contra de los casi siempre inocentes oprimidos?

“Higui nunca nos contó —dice Azucena— el hostigamiento que sufría, las penas que la minaban, el dolor que la consumía, después supimos todo aquello por lo que pasaba. Más tarde nos enteramos de que la acosaban por ser lesbiana y por, como dice ella, ‘tener tantas minas,

sabelo que sí. Lo que de por sí, a mi modo de ver, habla más de un caso de envidia que de otro relativo a la sexualidad u otras tantas cosas más que la gente siempre tiene en cuenta para no meterse con la nuez de un problema que atañe a todos, no solo a nosotras.”

A mi adorado hijo Santiago, quien honesto por ético prefirió no terminar Derecho.
A nuestra bella hija y hermana Valentina, in memoriam... de ella, no solo en su memoria.
A Marthica y María del Rosario mujeres íntegras y luchadoras la vida entera.
A Hernando, abogado defensor de mis causas [ya ni tanto, pero, bueno], unas menos graves que las de Higuí, Paola y María.
A un ilustre profesor amigo, que hasta ahí lo fue cuando pensó que yo también era marica y el listillo quiso ignorar que lo que soy es lesbiano.

NO APTO PARA CARDIACOS

Ayer me pasó una de las cosas más extrañas que haya tenido en la vida. Llegué corriendo adonde mi esposa y le solté, de una: '¡Mi amor, mi amor!, imagínate la que me acaba de pasar'. '¿Qué?', dijo ella, lacónica. Pues resulta que hace un momento en la calle, de pronto pasó Alvarito, mi hermano, por mi lado, y sin escuchar mi pito, en este caso no el de los gilipollas, pasó su carro, sin rozar siquiera a otro que, clarito, le impedía el paso y avanzó raudo por las peligrosas calles. Yo, entre dubitativo y resuelto, lo seguí a lo que daban las piernas, con lo que, de contera, recordé mis pasos de súper atleta, hasta que por allá como a las 15 o 25 cuadras lo alcancé: claro, no por fast sino por un trancón. De pronto, se bajó del carro y sin musitar palabra ni verme se abalanzó sobre un confuso grupo de gente, del cual eligió a un cabrón así de alto, lo cogió por la cabeza, se agarró como una garrapata de su pelo y lo zarandeó con el verbo: 'Tal por cual, hijo de la gran, mal no sé qué...', que yo sí sabía. Y, de pronto, ya no estábamos en una calle sino en una vereda, y no argentina. Entonces, sin solución de continuidad, como en los malos filmes, el #\$\$%&* , sacó no sé cómo su pistola y encañonó a mi hermano, quien más pálido que yo, que estaba tan pálido como él, se desmayó. Quizás porque se acordó de cuando fue operado a corazón abierto, el 9.mar.2015. Y ahora, también de repente, yo, me sobresalté y me pregunté por qué mierda me estaba pasando esto: entonces, reflexioné sobre la situación y llegué a concluir que todo no había podido ser más que un sueño... '¿Cómo así?', repitió lacónica Marthica. Y yo le dije pues, aunque todo es muy raro, muy *Queer*, como diría la crítica sobre Caicedo, si esto no fuera un sueño, mi hermano jamás hubiera pasado junto a ese carro sin chocarlo. 'Qué va', dijo la lacónico/escéptica Marthica: 'Te inventaste eso para pasar el susto, ¿no, mi amor...?' Y no pude parar de la risa al sentir que había descubierto mi truco para recobrar la inocencia, al tiempo que disfrutaba como nadie el placer de que todo no fuera más que un dulce sueño: porque la realidad no se da en dos escenarios a la vez ni necesariamente el que sueña es tan pálido como el soñado; en fin, por contraste, fue un sueño mal sí sé qué, jajaja.

LADRONES DE BICICLETAS

Un hombre mayor, despreocupado, entra a la bicicletería para comprarle un par de implementos a su vehículo, como él lo llama, para no diferenciarlo de los demás que transitan por las calles, pero que los que van en carro insisten en no ver. Sobre todo, los taxistas. Empieza a hacer fila y, a la vez, a desesperar. En ese momento, entra un tipo, de unos 25 años, deja su bicicleta a la entrada, en un bicicletero, y se encamina a comprar, él también, algo. El hombre mayor, con cara de profesor universitario, de pronto, nota que la bicicleta del joven está sin candado y le recuerda que es mejor ponérselo. Pero, aquél, como haría hoy casi cualquier joven, le dice que lo olvidó, que lo dejó en la casa. El hombre mayor le dice 'tranquilo', que él le ayudará a ver para que nadie se la vaya a llevar. Pasan algunos minutos y ni el hombre mayor ni el joven son atendidos. Entonces, aquél, se despide del tipo como dándole a entender que ya no le ayudará más a echar un vistazo a la bicicleta. El hombre mayor, ya de nuevo tranquilo, coge su bicicleta, la arrastra hasta el andén, se monta en ella y parte para su casa. Dos kilómetros más adelante, sin saber por qué, sin entender nada, siente un sudor frío cuando lo aborda un hombre en moto, vestido todo de colores, como quien celebra algo por anticipado. Le sonrío al, seguro, profesor, y cuando se dispone también a sonreírle al motociclista, éste le descerraja un par de tiros, a él, que tanto odia los números pares. El hombre cae sobre el andén. Nadie a la vista. Vuelve a estar solo, íngrimo, como cuando lo trajeron al mundo, lleno de miedo, sin esperanza, con renovado escepticismo, resignado por la contundencia de los disparos. Luego, despierta. 'Por fortuna', dice. Y se dispone a escribir este cuento. Alguien por la ventana vuelve a dispararle y él, acordándose de Lennon en *God*, cree que eso le pasa por no creer en nada, ni en dios, ni en buda, ni en el diablo, ni en Hitler, ni en Elvis, ni en Zimmerman: sólo en él mismo, tal como manda la causa individualista/nihilista de hoy. Y, aunque el lector pudiera no creerlo, el profesor vuelve a despertar. Sólo que esta vez su despertar tiene un hondo y conmovedor tinte oriental. Como cuando murió su adorable hija. A partir de ese momento, pese a quedar convertido, inicialmente, en un hombre semifeliz, su espalda se

enderezó y ya los golpes, ninguno de los golpes que han venido después, lo sacan de su ataraxia. Ahora es un atarácico puro. Un hombre feliz. Gracias a su otro hijo. Así, hoy, no hay rencor alguno en él, por nada, contra nada ni contra nadie... salvo contra Uribe. De pronto, en el instante en que pretende darle punto final a su cuento, ¡pum!, suenan *Las horas* en la versión minimalista de Philip Glass. Pero, esta vez, el hombre no sabe si está dormido o despierto. Y él, en ese interregno, piensa que muy despierto. Hasta el fin del tiempo. El criminal, mientras tanto, huye sin que nadie lo persiga. ¡Qué película!, exclama. Pese a todo, el tema de los ladrones de bicicletas parece no tener fin. ¡Qué filme!, expresa, como en sueños, porque el sueño no termina, el sueño es lo único que nunca termina: ni con la muerte pues cuando llega no nos afecta su invisible presencia porque ya no somos, ni estamos, ni nada.

NADIE ME QUITA LO QUIJOTEADO...

'Nadie me quita lo quijoteado', decía como entre sueños, como bailando, como drogado, pensando en el sueño de que tras terminarlo, hubiera un homenaje a su libro. El mejor libro, el más citado, pero nunca el menos leído. Que fueran siempre pocos los que jamás lo hubieran oído citar. ¿Quién podría abstraerse a su impacto, a su influjo, a su humor?, pensaba como entre sueños, mientras notaba que a su alrededor todo era censura, maltrato, violación, injusticia, privación de la libertad. Por todo esto, era poco lo que podía dormir. Y por eso el tiempo restante se le iba en soñar pues creía que sólo quien sueña plasma una realidad. Y su idea onírica era reflejar la invasión española a América. Lo que algunos llamarían 'encuentro de dos mundos'. Cuando Cervantes despertó, en la cárcel, todavía su libro estaba ahí. Además, casi nada, hacía 500 años que lo había terminado... Conmovido, descansó.

DECEPCIÓN/DEPRESIÓN

Había una vez un ser humano, bogotano, jejeje, que, tras sufrir una decepción amorosa, se empeñó en olvidar todos los pormenores de la misma. Y al lograrlo, enloqueció, por no poder volver a recordarlos. Quería ser dueño, al menos, de la causa de su locura, ya que no pudo ser dueño de la causa de su olvido. Pero, como nada resulta como se ha planeado, el personaje de este cuento, recobró su cordura para terminarlo y así aspirar al premio que le permitiría pagar un costoso tratamiento contra la depresión. Pero, faltaba algo: lo peor. Y es que ¡lo ganó! Aunque, faltaba algo más: pudo pagar el tratamiento, pero al cabo se deprimió más...Y no sigo porque van a creer que en vez de deprimido estaba contento y así provocaba envidia. Pero, ¿Qué víctima de la depresión va a provocar envidia, por más cara de alegría que finja, si a la larga su rostro tumefacto, con ojeras, arrugas, palidez, lo delata más que Caliche a Varito con el cuento, que no es tal, de que el genocida supremo es el papá de los paras y al terminar la sesión en el juicio, el *dotor* Granadas dice, humorista que es, *objeción, su señoría?* Ahí sí, ¿quién no sale de cualquier depresión, incluso de la más inesperada? Jajajajaja

SOBRECUPO

Tras largos periodos esperando con esperanza, esa puta que se parece a la desesperanza, que el futuro trajera nuevos amores bajo el brazo, decidí no volver a entregar mi corazón a nadie. La decisión no la tomé de un día para otro, ni de una mujer a otra, sino después de largas esperas, de una profunda meditación sobre los aciertos y los fracasos de mi vida emocional: en los que encontraba muchos más de los segundos que de los primeros. Así que, después de extraerlo sin angustia ni sobresalto alguno y sin sorpresa de nadie, envolví al corazón en papel de aluminio, para que no se dañara u oxidara y lo guardé en mi caja torácica: o sea, donde siempre había estado. En mayo pasado, aunque hice todo lo posible para impedirlo, una vez más me lo dejé robar sin poner ninguna condición. De nuevo, me volvían a engañar: contra la rebeldía del corazón no hay vigía que pueda... No obstante, me dijeron que lo cuidarían toda la vida y yo, *atiguibas*, creí, creyendo de antemano que no debería creer más: olvidaba que en asuntos del amor, como en los de la religión, la fe no es otra cosa que la creencia en una falta de evidencias o no querer saber la verdad y en mi caso, por contraste, absurdo contraste, había muchas evidencias y siempre he querido saber la verdad, con lo que, de paso, se pone de manifiesto que a veces los términos no son opuestos sino complementarios: como en los asuntos del Tao, del ying y del yang y demás sabiduría milenaria china. Todo esto como preámbulo a un asunto absolutamente vulgar y primario, como fue el hecho de adónde fue a parar ese órgano que para la mayoría de los humanos es el depósito de los irremplazables sentimientos: el corazón, *le sacré cœur*. Se lo comieron entero, para vomitármelo poco tiempo después, hecho una porquería. Tras la recuperación, decidí hacer realidad un viejo sueño (lo que sigue, dicho en modo *Les Luthiers*): *cortar el corazón en pedacitos* y servirlo así en bandeja a quien se fuera apareciendo, que el mío es (¿o era?) demasiado corazón para entregarlo de una vez... no vaya y sea que después se atraganten. Hasta ahora, no me he arrepentido de esa decisión y eso que yo he sido indeciso casi toda la vida: hoy, no sé. A algunas mujeres, por esas paradojas de la vida según

las cuales sólo acierta en amor quien se equivoca, les parece, sin embargo, que en cada pedacito sigo dando mucho y si a alguien le parece poco le digo que tenga paciencia, que ya le tocará otra ración en el próximo reparto. Pero, eso sí, cuando advierto que quien lo pide no lo quiere para disfrutarlo sino para escupirlo, a cambio doy un trocito de hígado, que tiene el mismo color y sabe igual, pero deja luego el sabor amargo de la hiel, es decir, idéntico al de la mierda. Este último año he repartido tantas porciones de mi rojo manjar que en vez de soledad tengo sobrecupo en mi fraccionado corazón. Como diría el cuasi/centenario Sábado (¿QEPD?): así se da la felicidad, en pedazos, por momentos...

TRES MÉTODOS LETALES, EN APARIENCIA DISTINTOS

Un estudiante de la U. de Los Andes le preguntó a Uribe: “¿Cuál de sus métodos ha matado más colombianos, la seguridad democrática o la Ley 100?” Ante el mutismo del genocida, la sorpresa de sus 300 *gorilas* y la hilaridad del público, el joven y sus otros dos amigos se fueron, bajo una escalera pararon, c/u se puso una máscara: la de Varito, la de Granadas, la de Lambona, con el fin de salvarse. Era probable que sus potenciales atacantes no fueran a matar a sus héroes o, al menos, eso creían los jóvenes. Sus posibles verdugos, en cambio, nada creían, ellos sólo actuaban. Y aquí actuar ya se sabe lo que significa. Hasta que les llegó el *vencimiento de términos*. Como a Varito, en su juicio nimio por soborno a testigos y fraude procesal, cuando de lo que se trata es de condenarlo por crímenes de lesa humanidad. Pero, ya se sabe que si esto no pasa es porque la Justicia está tan podrida que nadie lo puede juzgar. Así aparece el tercer método: la inoperancia del aparato judicial, tan letal como los otros dos.

SUICIDIO DELIBERADO

Un joven libio, indignado por el soborno de la policía que lo instigaba a suicidarse contra el régimen de Muamar al Kadhafi, se suicidó para no dar a entender que había sido sobornado por la policía y, sobre todo, para no dar a entender que estaba en contra del suicidio... pues ¿quién no ha pensado en irse de este mundo lleno de dinero? ¿Quién no ha pensado alguna vez en desmentir a Dios, si existiera, y acabar con la vida por su propia mano? Por desgracia, el dictamen de medicina legal, avalado por los medios masivos nacionales y, más allá, gringos, y, más allá, occidentales, señalaba que el joven en cuestión había muerto accidentalmente. Que todo era una patraña montada por el dictador libio. Que, en realidad, se trató de un suicidio deliberado...

EL PARAQUITO URBANO

No voy a dar mi nombre: de pronto me confunden con el autor, como suele pasar. Bien saben ustedes que los paracos pasaron del campo a la ciudad: basta ir a Ciudad Jardín, en Cali, donde está el para/policía con nombre de futbolista asesinado: listo a ser juzgado. Sobre un sujeto similar va este cuento basado en una historia real que ocurrió en el barrio donde uno se siente unido con los demás solo por el ruido ajeno, cercano a la U. N. en Bogotá. Estaba en casa, escribiendo en el pc. De pronto, alguien irrumpe en ella. Me asomo por la ventana y sin mediar palabra alguna de mi parte, comienza la diatriba del cabronazi, da unos golpes en la verja metálica del jardín y suelta: “Ah, con que usted es el que se las sabe todas, ¿no? Sepa que yo llevo 30 años aquí en el barrio y tengo por ahí unos amigos que lo podrían atender en caso de necesidad.” “Bueno, primero: no me las sé todas, pero me basta con las que sé bien; segundo, usted puede llevar 30 o 50 años en él, pero eso no le quita lo atarbán; además, ¿por qué hace alarde de tal cosa, acaso adquiere así mayor razón en lo que vocifera? Y, entre otras cosas, ¿a qué viene todo esto? ¿Ya lo informó misía Calumnia, la damisela que está ahí en el garaje o la policía o Jéctor o sus amigos del barrio, los que ahora se quieren quedar con él?”

“Pues a que usted le ha estado golpeando a mi mujer en el vidrio”. “¿En qué vidrio y de qué me habla, tontazo? No venga a dárselas de inteligente, porque, en ese caso, mire que su mujer está cabizbaja y tampoco ella sabe de qué le habla. En segundo lugar, en vez de fastidiarme la vida, se la jode es a ella, porque la está haciendo quedar como una golfa, ya que, si le coqueteé, como usted dice, y ella no dijo nada, su reputación queda por el piso, ¿no le parece, calumniador? Y antes de amenazarme con sus paracos piense bien lo que dice, porque puedo denunciarlo penalmente. Lo único que quizás lo salvaría es que la Justicia no opera en Fosa Común y que usted es el amigo de la policía, yo no. Ah, también Jéctor, el jíbaro de la sociedad del mamífero, y misía Very Calumnia, correveidiles del barrio sobre quién es quién: para ellos, claro, y para sus parceros, que van unas veces de

civil y otras de uniforme, pero que a la larga da lo mismo. Como se sabe desde el 28A cuando se inició el Paro Nacional”.

No obstante, cuando ya le había soltado todo esto al infame sentí que lo mejor habría sido decirle: “Váyase por donde vino y ya”, pero recuerde, querido lector, que cuando a uno le hacen entrar por la senda del disgusto, es probable que la razón demore un rato en volver. Y eso fue lo que pasó. Entonces, le dije: “Mire, pendejo, si me quedo a hablar con usted es para hacerle entender que no se puede dejar prosperar a la calumnia. La que ya instaló hace rato en este país el que presumo que es su ídolo, mejor dicho, del cual usted es fanático. Por eso es que viene a amenazar con ‘tiras’ de vereda, ¿cierto, paraquito urbano?” Al decirle esto, rebotó contra la reja del jardín, miraba para lado y lado a ver si hallaba algo sólido de qué cogerse, claro, sin saber que todo lo sólido se desvanece en el aire, como ya dijera Karl Marx antes de Marshall Berman. Al no encontrar una piedra ni un tomate ni un huevo, aunque en el garaje podía haber algo de eso y otras yerbas más, pero el cretino no lo pensó siquiera, me dijo, todo ‘enreverado’, como diría Fito Páez sin saber qué es eso, como tampoco Silvio sabe qué es el ‘delectador’ al que alude en *Testamento* ni ‘mansagadera’ al hablar de la idea de la muerte que entonces lo perseguía por lo de Angola, reitero, el tontín me dijo, como si estuviera haciéndole el ‘diktat’ a un esclavo de su casa: “Llámeme a Ramondá, que ya no quiero hablar más con usted”. Confieso que hacía rato no me reía tan bueno y eso que a toda hora río como un jilguero, aunque ya no tenga la esperma tan urgente: a cualquiera se le bajan las defensas con semejante déficit mental al frente. Como si Ramona, mi mujer, lo conociera y yo estuviera feliz de oírle sus bobadas..., las que ni a J. Balvin/Maluma/Don Omar se les ocurren en sus ‘hits’ que, dado como está el mundo de decadente, derivan en Grammys, de perico, que a nadie sorprenden, porque así de vacías y tristes están las cosas en este platanal.

Al día siguiente estaba en el tercer piso de la casa, adonde voy a leer. De pronto, pasó el dandynoso con su pastor... alemán, porque ¿qué pastor se aguantaría a un ‘perroquiano’ que le pasa lo que a Juan

Charrasqueado, que no lo recuerda con cariño ni su madre? Y el paraquito urbano se detuvo frente a la ventana abierta, justo cuando le decía: “La calumnia y su perro, la esquizofrenia y su perro, la mala fe y su perro”. Me miró y sin más me soltó: “¿Sabe qué? Usted es un psicópata”. Otra vez la risa brotó espontánea y le dije: “Vaya a un diccionario y averigüe qué es ‘psicópata’ porque se nota que no tiene ni idea. Si lo fuera hacía rato lo hubiera despachado a usted y a estos vecinitos de mierda de la esquina, paracos de vereda, como Su Bajeza lo es de la urbe, que igual han lumpenizado al barrio: de usted no estoy seguro, pero de ellos sí que son no lumpen-proletariado, sino lumpen-maricariado. Porque no llegan a homosexuales en un sentido justo: tipos cultos, que no se meten con nadie, salvo eso sí cuando tienen ganas. Aunque ya se sepa lo que dice Fassbinder, ¿lo conoce?, que los ‘maricones’ son iguales de cabrones que todo el mundo: es decir, igual que usted”. Já.

Meses más tarde, vino el yerno de mi esposa a guardar unos bultos de fertilizantes en casa, precisamente en mi sitio habitual de lectura. Estando abajo, con todo el personal que vino a ayudar a entrarlos, volteo a la izquierda, veo al sosías y sin cavilación previa se me vino el poema encima, diría José Asunción, y de sobremesa, recién almorzado: porque sí, uno no hace versos, los versos se hacen dentro de uno y salen, uno no los hace, apenas los escribe: “Miren, señores, les advierto que no se trata aquí de venganza alguna, como en el filme de Bier, en el que por la idiotez de los adultos, dos niños cometen un acto terrorista y, entonces, explotan una camioneta. Aquí se trata de algo más sencillo: pues miren, Tartica y Ricardor, este jovenzuelo que ven aquí, frente a la casa suya, fue el que el otro día vino a calumniarme, a decirme que yo le golpeaba en el vidrio a su esposa. Y ella miraba hacia abajo, como quien no sabía de qué le hablaba; sentí una honda pena, porque aparte de que jamás la había visto, tampoco había siquiera soñado con ella. Porque, además, uno no sueña con lo que quiere sino con lo que se le aparece y ella jamás se me... Y ahora que la veo, joven chivonazi, le cuento que ella podrá ser de su gusto, con seguridad no del mío. Así que asunto cerrado y coja oficio, no vaya y le pase lo de Varito que está a punto de ir a la cárcel por pifiarse con todo el mundo:

con los hijos de las Madres de Soacha de los que dijo que 'no estarían recogiendo café'; con las víctimas de las tres principales masacres en las que tiene probada participación directa: San Roque, La Granja y El Aro, y que ahora niega de forma rotunda; con las más de cinco mil víctimas de doce municipios aledaños a Hidroituango, donde hace más de treinta años comenzó a gestarse el mayor fracaso de la ingeniería detrás de Chernóbil y, ante todo, el mayor número de masacres a escala local. Para terminar, lo único que deseo es que este tipejo nos deje tranquilos y que jamás vuelva a aparecerse por la casa. Bueno, si tiene algo del 'glamour' que aparenta. Pero, como dice el vallenato que él escucha a todo volumen: "¿Qué cultura va a tener, si el único animal que conoce es el 'perico'? ¿Ese raro animal que nadie llama por un nombre concreto pero que todo el mundo huele hoy en Fosa Común y, por su cuenta, más allá de los confines? ¿Y que al que huele demasiado le hace sangrar la nariz y le pone la lengua pastosa y luego, como los vecinos de que le hablé salen a gritarle a uno, que es heterosexual: "Viejo tal por cual, ¿quiere que nos lo 'c...'?" Y yo me pongo colorado, pero no por lo que piensa el morbo ajeno, sino por la crudeza del lenguaje que me hace sentir vergüenza impropia, máxime cuando eso pasa a las dos y media de la madrugada y llamo a la policía y la policía ni se sonroja, me tira el teléfono y viene a la casa equivocada, es decir, a la nuestra y, de ñapa, me dice que por qué llamé 'a la totuta policía', óigase bien, con ese tono pueril. Me lo dice y enseguida la misma policía sale disparada de la casa, como un criminal: sin que nadie la persiga. Por eso, ya no creo en ella, la evito, le tengo miedo. Y eso que yo no le tenía miedo a nadie, porque si no, no podría amar tan libremente como lo hago.

Bueno, con limitaciones, desde que ya este mundo es solo bazofia. O esta cuadra con el lumpen-maricariado, el jíbaro del semáforo, misía Very Calumnia. Y añadí: "Ojalá pronto Ud. se vaya de aquí, si tiene una pizca de decencia, dignidad, honestidad consigo mismo, já." Así, el día que pasó por la casa, me vio leyendo y me llamó 'psicópata', le dije: "Mire, el problema de pelear con usted, es como el de pelear con un cerdo: uno termina hecho mierda y el cerdo cagado de risa. Lo que, no se haga ilusiones, aquí es lo contrario: yo soy el muerto de risa, pero

vivo, mientras usted es el cerdo, el mal cerdo (como el inepto subpte.), que cree que se ríe de mi esposa y de mí. Lo siento. Y ahora sí puede irse por donde vino, calumniador, antes de que llame a sus amigos policías. ¿Me oyó? Espero haber sido claro sobre quién es el marrano y quién el que puede seguir riendo como un jilguero, así no tenga ya la dentadura perfecta, pero sí la esperma urgente, aunque ya ni Heredia ni yo nos ufanemos de la idea. Y, para terminar, ¿ya buscó en el diccionario...? Solo le puedo asegurar que, si yo fuera psicópata, usted ya no estaría por aquí calumniando a sus vecinos que se la pasan leyendo”.

Hasta aquí, ‘todo bien’, diría El Pibe. De repente, recopilé, dada la conmoción. Todo daba vueltas en mi cabeza. El poema dicho al tontico, cuando juró que le golpeaba en el vidrio a su mujer, fue: “Mire, pendejo, devuélvase por donde vino y no venga con calumnias ni a sembrar cizaña ni a amenazar. Por querer dañar la relación con mi esposa, lo único que logró fue hacer quedar como una puta a su compañera. ¿No le da pena? ¿Acaso le consultó a ella lo que iba a decirme? Con esos 30 años que dice llevar por acá, ¿no es hora de madurar y no zaherir a quien le sirve? ¿No vio cómo *La Garza* miraba abajo y se hacía la gringa? Antes de creer en el chisme, infórmese bien, no con Jéctor jíbaro, misiá Very Calumnia, el vecino que le sacó machete a mi suegra de 80 años, ni con los paracos llegados al barrio, ni con la policía, hoy más degradada/peligrosa que J. Balvin/Maluma con sus ‘sones’. Por último, no crea que, porque tengo habilidad para engañar y evitar ser engañado, soy ‘psicópata’, como dijo, sin razón alguna. Ahora puedo decirle calumniador, con argumentos. Psico/sociópatas sobran en este reino del revés, en esta narcoparaco dictadura que, a cada foro internacional, vía Varito, el subpte. va y miente porque ‘así lo querí’: pronto le harán una llamada y no tendrá que fingir ser ‘constructor’ o lo que sea, para seguir siendo lo que es: un paraquito ciudadano, como el de Cali: que nada tiene que ver con el que por un autogol la mafia varitense le dijo *kaputt*”.

Cuando el debate se ha perdido, la calumnia es el arma del perdedor.

SÓCRATES

SOÑANDO CON EL PADRE

Venía pensando en eso hacía tiempo, se lo había encontrado un par de veces en el 'supermarket', y ahora lo veía pasar frente a su casa, trotando. Cómo no aprovechar la ocasión, pensó, y de una salió a la calle a tratar de alcanzarlo. Al ver que trotaba con la cabeza hacia atrás, él, atleta consumado de otros tiempos, pensó en sugerirle hacerlo hacia adelante para disminuir la tensión y, de paso, el estrés, que muy seguramente tendría el personaje.

Pero, de pronto reculó y se dijo, 'más bien vamos al grano', o forúnculo, que es lo que era, y le soltó, de una: 'Perdón, no quiero dañarle su rutina, pero quisiera invitarlo a mi casa, para charlar un rato sobre una cosa muy seria y sobre la que usted tiene la respuesta'. El hombre hizo un gesto de nerviosismo, aunque contra toda eventualidad, aceptó. Seguimos a la casa, lo hice pasar a la sala, cuidándome eso sí de no sentarme en una posición de ventaja sobre él o de desventaja con respecto a mí, como ya le había pasado hacía poco tiempo en otro lado. Le advertí: "Mire, téngalo por seguro que aquí no le va a pasar nada. No somos 'gente de bien', sino dos personas decentes, bueno... tres, pero eso no viene al caso aquí. Ahora, si lo desea podemos llamar a la policía, aunque de antemano sé que no serviría de nada".

"No hay, tampoco, problema alguno de mi parte", dijo, como quien ignora lo que yo le iba a plantear. Sin más preámbulos, le dije: "Esto no es un reclamo personal, sino a nombre de un ex país dolido, acongojado, hecho cisco, llamado antes Colombia y ahora, por mí, Fosa Común, aunque sé que no pocos se suman al designio y que otros tantos reniegan de él".

El semblante comenzó a cambiarle. Cosa que, la verdad, a mí, aunque me dejaba cierto sinsabor, no me preocupaba dado lo que vendría. "Esto, le reitero, no es personal, sino relativo a un pueblo. Un pueblo mancillado por los violentos, ultrajado por los medios, saqueado por élites, empresarios y políticos. En un pueblo de esas características, sumado a lo que acaba de pasar con los miembros del ejército que se

disfrazaron de guerrilleros y asesinaron a más de 11 personas en la vereda El Remanso, de Puerto Leguízamo, ¿cómo es posible que usted haya dicho, recientemente, ‘Uribe sí desmontó [al] paramilitarismo’ (1) si él mismo es paramilitar, así nadie lo haya juzgado hasta hoy como es debido? ¿Cómo es posible que con todo lo que se sabe de sus nexos con Los Doce Apóstoles, de su participación en las masacres de La Granja y El Aro, en Hidroituango y las más de cinco mil víctimas que ha dejado ese fracaso de obra en doce municipios y a lo largo de más de 35 años, usted desmienta de forma tan olímpica a un pueblo frente a un criminal de lesa humanidad?”

Creo que, en ese momento, el hombre se sintió como en El Acérrimo, pero por otros motivos, porque evidentemente en esta casa ningún peligro correría... pese a la tercera persona que antes nombré y por la cual, seguro, hasta el lector sentiría pánico por el padrecito. Aunque, en verdad, se trata de una viejita de 91 años, a la que estos dos guardespaldas cuidamos. Entonces, aproveché su descuido, su ensimismamiento, para preguntarle lo esencial, es decir, con lo que me gustaría haber comenzado: “Dígame una cosa, padre, o dos, con toda sinceridad... (cosa difícil tratándose de un miembro más de la histórica auxiliadora de la violencia, la Iglesia): ¿Usted fue amenazado en El Acérrimo cuando fue a entrevistar al jefe supremo de las autodefensas o fue intimidado en su bolsillo, en otras palabras, sobornado?”

El padrecito no sabía qué hacer, miraba hacia el cielo, sobre todo, y luego descansaba, largo rato, mirando hacia abajo, pero nunca al frente y ya no más hacia arriba como cuando estaba trotando. Lo extraño era que nunca me daba una respuesta audible. Bueno, quizás estaba seguro de su complicidad con los de arriba, con el gobierno de turno, el peor de la Historia y de la histeria, valga decir, y solo atinó a abrir la boca, para señalar: “Me gustaría probar un vino, el que me ofreció hace un rato”.

“Claro, padre, ni más faltaba”. De pronto, sin querer, se me atravesó un meme: Cristo, por el desierto, seguido de sus ‘doce apóstoles’ (y

temblé con la sola mención), dice: “¡A veces sospecho que estos tipos solo me siguen porque convierto al agua en vino!” Y no pude contener la risa; el padrecito, tampoco. Ya entrados en gastos de humor, no obstante, volvimos a lo serio. Entonces, le serví el vino, solo faltaba que se disgustara por mis malos detalles, aunque, eso sí, nada que ver con los detalles del padre con el pueblo, ¿verdad? Pero, por alguna extraña razón, ni se inmutó. Entonces, quise sacar partido del instante y le recordé, ya en confianza, que Varito había sido imputado por la Corte bajo los cargos de ‘presunto fraude procesal y soborno’, pero por ninguna parte se citaba una sola víctima, es decir, un solo asesinato a sangre fría. No ese eufemismo del falso positivo o ese otro que, para Petro, el candidato-presidente, es el correcto (aunque sea otro eufemismo): ‘crimen extrajudicial’, cuando dicho término solo se aplica donde haya pena de muerte... de lo contrario, sí sería correcto ya que estaría cometándose fuera de la ley. Aunque, bueno, en Fosa Común, aclaro, sí hay pena de muerte: otra cosa es que se aplique por fuera de la ley y nadie haga nada.

Lo único sabroso de la velada fue el vino. Estaba tan rico que cuando terminamos, fui el único en advertir que ya nos habíamos tomado dos de Gato Negro. Ya no recuerdo si acompañé al padre a la puerta para despedirlo o si fue mi mujer quien lo hizo. Apenas ella volvió a entrar y se sentó conmigo en la sala, o en el comedor, no sé, me soltó de una: “¿Y quién era ese señor de civil...? Como si supiera quién era en realidad o sospechara algo sobre tanto que le había dicho que venía soñando con el padre. Por lo que quizás ella pudo confundirse y pensar que yo venía soñando con el mío, con mi querido padre.

“El padrecito Derrú... o algo así, como francés, aunque sea bien criollo, valluno, ¿oís?”, le respondí. Ella no agregó nada, como si de pronto también hubiera desaparecido del entorno.

La verdad, nada de lo anterior había ocurrido. Todo no había sido más que imaginación mía. Lo que sí es indudable e innegable es que el padrecito Derrú, mientras tanto, seguía corriendo por las calles del barrio, como quien huye no se sabe de qué fantasma. O de qué

fenómeno innombrable. O de qué hijosdeputa... y esto último no es, propiamente, una exclamación.

EL MAESTRO ENAMORADO

Se habían tomado ya dos botellas de vino. De pronto, lo 'vino'... perdón, lo vio venir. El veterano profesor se le lanzó a su colega no tan veterano y sin prolegómenos le soltó: "Dame un beso". "¡Como así, Cesitar!", le contesté, "si acaso un abrazo, porque si no yo también me desbordo". Y la negra linda que ayudaba en casa, empezó a pasearse de acá para allá y del mismo modo en sentido contrario. En vista de eso, yo ya no sabía si salir del clóset o meterme en él: lo que quería, si hubiera uno a la vista. Aunque la cosa no estaba para disquisiciones logísticas, porque el 'César' estaba arrecho y a gusto, como dicen los del iay, Socorro! "Es que me enamoré de ti". Ante eso, con la mayor calma posible, en medio de la tempestad ajena, le dije: "Uy, Viejo, si yo fuera gay, le agradecería a Dios... lo grave es que ni a uno ni a otro apuesto". Y la negrita linda, atravesó muerta de risa como si adivinara lo que yo esperaba. Entonces, el maestro enamorado, tomó una determinación (in)esperada, ante la eventualidad de que su querida esposa se enterara del asunto: "Querido [dirigiéndose a mí, cómo les parece], en vista de tan delicada situación, te concedo el derecho de pernada". El que los gilipollas se tomaban con campesinas, negras e indias. Y esa fue la ocasión propicia para meterme a la cama, con la negrita. Lo único malo: tendría que venirme... eso, salir muy rápido de allí. Entretanto, todo hay que decirlo, me cayó *Pisingaña* encima con el recuerdo vago de la 'sirvienta' violada por el patrón (aquí por otro siervo más que no pide permiso para gozar el sexo desenfrenado) y el desprecio de la sociedad dada su condición de desplazada. Por mi rechazo tácito al maestro, pudiera parecer que estoy en contra de los gays, pero para nada pues no soy homófobo. En todo caso, según como van las cosas y se percibe en el virus/ambiente, pronto seremos los heterosexuales los que tengamos que salir del clóset.

*A Santiago, hijo adorado, de quien tanto he aprendido a medir las palabras y, más que nada,
los actos.
A mis queridos amigos Germán Pinzón (1934-2010), guionista, y Leopoldo Pinzón,
director de Pisingaña.*

ESCUELA DE SICARIOS, NO DE SIRENAS

Voy a decirte algo: los pensamientos nunca son honestos. Las emociones, sí.
ALBERT CAMUS

Cansado del desempleo, aburrido, consternado, decidió crear una escuela no de sirenas sino de sicarios. Pero, no en moto, porque están muy caras. Más bien, en bicicleta. Claro, ya siendo más barata la cosa, muchos amigos se le sumaron a la causa. E hicieron aportes significativos: una ecuación: 50 amigos, 100 bicicletas, como para que el gerente sicarial fuera viendo con quiénes contaba. De pronto, llegó a pensar que no habría tantos sicarios. Además, faltaban las armas. Entonces, dijo, ah, qué carajo, empecemos. Otra 'vaca': para las AK-47. Que ya no vendían los rusos, sino los gringos: es bien sabido que estos acaparan en asuntos de guerra.

Ah, eso sí, tocaba ir hasta Buenaventura a recogerlas y el gerente estaba en su finca, allá en El Acérrimo. O como se llame. Los 50 socios esta vez hicieron un aporte triple en AK-47. Y sin más, comenzaron a quebrar gente por toda parte, aunque mejor sería decir matando gente por todo lado. Sólo en ciudades: la razón no era otra que porque estaban cansados de matar en el campo. Razón no les faltaba. El método consistía en que cada sicario en cada cicla, seguía a su víctima que, por lo común, iba en carro. Imagínense si fuera a pie... entonces, al cometer el crimen sólo tenía que huir en sentido contrario al del occiso y asunto resuelto.

Todo acabó cuando un alcalde quiso joder al dueño de la finca y ordenó hacer las vías en un solo sentido. Hoy, lo único que sobrevive es la plaga de demandas en la Fiscalía, reclamando rápida justicia como en el caso de ese peluquero testaferro de la mafia cuyo caso se resolvió en un día. El Fiscal, ufano por la 'hazaña', decía que, si a él le hubiera tocado 'cubrir', más de lo que ya otros de bolsillo, el caso de Garzón, él ya lo habría resuelto. Ya habría mandado al pote al paraco no oficial que exporta carne por montones, tanto que se lleva 25 mil reses en cada barco. La carga va mezclada: carne de res y de cristiano

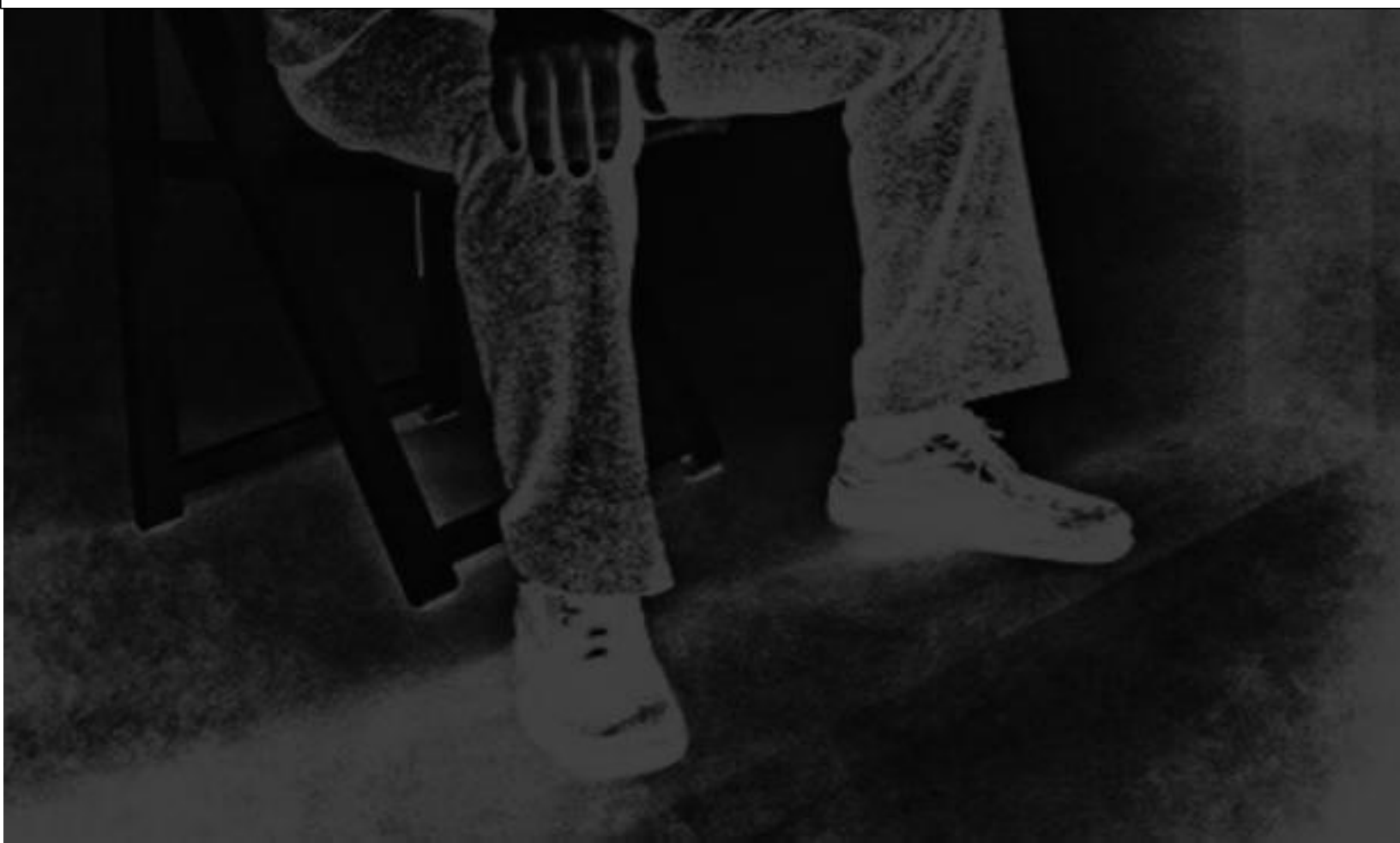
(no, Ronaldo, tranquilos hinchas) y dentro de ella mucho del único animalito que se come por la nariz: le dicen perico. Y no sé por qué pues yo soy muy ignorante en la materia: nunca pude con esos menesteres.

Debido a esto y a otras cuestiones muy delicadas, el gerente de la escuela está en absoluta decadencia. Ahora, se para en los semáforos a buscar votos y lo acaban de acusar de dejar sin empleo a mucha gente. Qué ironía: a la misma gente a la que él en persona tanto empleo dio en épocas de gloria. Y de Claudia (no 'de Colombia', sino de Fosa Común), Judith y las mil más que él mismo dice que lo aman, así el resto lo madree, le eche piedra, huevos, tomates y demás, en cada corregimiento, pueblo o municipio al que hoy va. Cómo no... O eso al menos él cree, ahora que le dio por hablar con las estatuas, cada vez que piensa, por la soledad del poder, tomarse un aguardientico, así el chisme diga que no es en copitas sino por garrafas.

Pero, como el chisme siempre va más allá, ahora dicen que su consternación y aburrimento por el desempleo obedece al regaño que le pegó otro alcalde, el de Santa Rosa que ya no se sabe si es de Cabal o de María Fernanda, regaño por el cual, a propósito, por disimular hoy lleva mochila arhuaca al hombro porque así cree que es más fácil meter gato por liebre y no pasar como el gerente de una escuela de sicarios, la más grande que ha tenido Fosa Común, aunque no se haya puesto en práctica con motos sino con pinches bicicletas y todas hayan terminado arrumadas en una pesebrera de El Acérrimo: o bueno, como se llame esa 'quema de archivos': como decían en la Dictadura Brasileña, cuando no querían que se supiera nada.



Sobre el autor





LUIS CARLOS MUÑOZ SARMIENTO (Bogotá, Colombia, 1957). Padre de Santiago & Valentina. Escritor, periodista, crítico literario, de cine y jazz, catedrático, corrector de estilo, traductor y, sobre todo, lector. Fundador y director del Cine-Club Andrés Caicedo, desde 1984. Colaborador de El Magazín EE,

2012; columnista, 2018. Su libro *Ocho minutos y otros cuentos*, Col. 50 libros de Cuento Colombiano Contemporáneo, lo lanzó la XXX FILBO (Pijao, 2017). Mención de Honor por *MLK: Todo cambio personal/interior hace progresar al mundo*, XV Premio Int. de Ensayo Pensar a Contracorriente, La Habana (2018). *Siete ensayos sobre los imperialismos – Literatura y biopolítica*, coautoría con Luís E. Soares, se publicó en UFES, Vitória (Edufes, 2020). El libro *El estatuto (contra)colonial de la Humanidad*, producto del III Congreso Int. *Literatura y Revolución*, con su ensayo MZO y su novela *Changó, el gran putas*, lo lanzó UFES, 20.feb.21. Invitado por Pijao al Encuentro Nal. de Narrativa vista desde las Regiones (Ibagué, 1-4 nov.23) Invitado por la UFES al Congreso Literatura, Soberanía Nacional y Multipolaridad (Vitória, 25.nov.23). El 14.abr.2025 salió en Brasil *La Fábrica de Sueños – Ensayos sobre Cine*. Autor en ARC, Rebelión, Magazín de EE, Las2Orillas y traductor/coautor, con Luis E. Soares, en dichos medios. Director del Cine-Club Al Filo del Tiempo, que se emite desde la bóveda interdisciplinaria de La Fábrica de Sueños. E-mail: lucasmusar@yahoo.com



Ocho minutos y otros cuento, Luis Carlos Muñoz Sarmiento,
se terminó de ensamblar en abril de 2026. En su composición
se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro:
10, 12, 14, 18, 24, 30.





Colección Libros Imposibles